

# **Medidas ordinarias de atención a la diversidad en la comprensión lectora de relatos de terror**

Ana Martín Labairu. Trabajo fin de máster

Director del trabajo: Pedro Jimeno Capilla

Codirector: Patricio Hernández Pérez

Máster de formación del profesorado de secundaria. Lengua castellana y Literatura

UPNA, junio de 2013

**Palabras clave**

Atención a la diversidad / Comprensión lectora / Relatos de terror / Secuencia didáctica / Formación integral

**Resumen**

La heterogeneidad de las aulas –en las que cada alumno posee capacidades, motivaciones y condiciones socioculturales distintas– implica que los centros educativos realicen determinadas concreciones del currículo oficial. En la secuencia didáctica sobre relatos de terror propuesta figuran tres medidas ordinarias de atención a la diversidad: la adaptación curricular, con unas actividades sobre contenidos básicos y con otras voluntarias de profundización; la opcionalidad, ya que el trabajo podría llevarse a cabo en la optativa de cuarto de ESO Literatura Universal; y la acción tutorial, pues el docente, a lo largo del curso y mediante la participación del alumno, irá conociendo a este para ayudarle en su aprendizaje. Los ejercicios son variados: activan no solo la capacidad cognitiva, sino también la emocional o la de relación interpersonal; se refieren a aspectos que van más allá de la Literatura; y algunos forman parte de los intereses de los adolescentes.

**Abstract**

Students have different abilities, interests and social situations. As a result, secondary schools must pay attention to each teenager. The exercises of this project, based on some horror tales, try to achieve this objective in three ways: there are activities with basic topics that the whole class has to do and others that will deepen the students' knowledge if they are interested in doing them; the project will be made in Universal Literature, a subject that pupils choose in the last course of their compulsory studies only if they want to; and the teacher will get to know the students every time they talk so they can improve. There are different kinds of exercises: students have to develop not only their intellect but also their emotional ability or their relationship with their classmates; the activities talk about Literature and about others topics too; and some of them are related to teenagers' interests.

## Índice

Consideraciones previas sobre atención a la diversidad.....	4
La diversidad del alumnado reclama una enseñanza personalizada.....	4
Medidas de atención a la diversidad.....	4
Puesta en práctica del trabajo de aula.....	6
 Secuencia didáctica sobre relatos de terror del siglo XIX.....	8
Referencia al currículo de la asignatura .....	8
Indicaciones para la puesta en práctica de la secuencia .....	10
Cuestiones para antes de leer los relatos .....	10
Actividades sobre <i>El retrato oval</i> (1842) .....	11
Actividades sobre <i>El manuscrito de un loco</i> (1836).....	18
Actividades sobre <i>Al otro lado de la pared</i> (1909) .....	26
Actividades sobre <i>La leyenda de Sleepy Hollow</i> (1820) .....	30
Actividades sobre <i>Maese Pérez el organista</i> (1861) .....	40
Actividades sobre <i>La mano</i> (1883).....	49
Actividades sobre <i>El ladrón de cadáveres</i> (1884).....	56
Cuestiones para después de comentar los relatos .....	63
Duración total de la secuencia. Reflexión sobre el tiempo escolar .....	65
 Anexos. Textos seleccionados para la secuencia de actividades.....	67
<i>El retrato oval</i> , Edgar Allan Poe .....	67
<i>El manuscrito de un loco</i> , Charles Dickens.....	68
<i>Al otro lado de la pared</i> , Ambrose Bierce .....	73
<i>La leyenda de Sleepy Hollow</i> , Washington Irving .....	78
<i>Maese Pérez el organista</i> , Gustavo Adolfo Bécquer .....	95
<i>La mano</i> , Guy de Maupassant .....	103
<i>El ladrón de cadáveres</i> , Robert Louis Stevenson.....	107
 Bibliografía.....	119

## Consideraciones previas sobre atención a la diversidad

### La diversidad del alumnado reclama una enseñanza personalizada

El currículo oficial de Educación Secundaria Obligatoria establece diversos objetivos, contenidos y criterios de evaluación, dirigidos a un supuesto alumno medio que no suele existir. El resultado es que quedan sin atender las necesidades tanto de los estudiantes con más dificultades para comprender lo que se explica como las de aquellos capaces de avanzar rápidamente y profundizar en la materia.

La realidad es que en las aulas hay **grupos heterogéneos**, formados por estudiantes con distintos intereses, motivaciones<sup>1</sup> y capacidades. Cada alumno cuenta con unas condiciones familiares y socioculturales y con una historia escolar, de mayores o menores logros, que le sitúan en un punto de partida diferente al de sus compañeros.

Esto supone que los centros educativos deben llevar a cabo diversas **concreciones del currículo** general. Hay que conjugar una enseñanza comprensiva (que ofrezca a todos una formación básica para asegurar la igualdad de oportunidades) con una personalizada (en la que el currículo se adapte a las necesidades de cada estudiante). La expresión “enseñanza adaptativa” se refiere a los ajustes que deben introducirse en la programación para que todos los integrantes del aula progresen en su proceso de aprendizaje y alcancen los objetivos de su etapa. La heterogeneidad de los grupos es un elemento enriquecedor del clima escolar y la atención a la diversidad no se considerará un esfuerzo añadido, sino algo inherente a los institutos.

### Medidas de atención a la diversidad

Los centros cuentan con varias posibilidades para tener en cuenta a todos los alumnos. Las medidas de atención a la diversidad pueden ser **curriculares** u organizativas. Las primeras conciben el currículo como un documento flexible y abierto, e incluyen las adaptaciones curriculares, la opcionalidad y la acción tutorial. Las **organizativas** engloban los refuerzos y apoyos educativos, los agrupamientos específicos y la permanencia de un año más en un curso determinado. Ambos grupos de medidas están relacionados, lo que se ve claramente en el caso de alumnos con necesidades educativas especiales (que presentan una discapacidad o altas capacidades intelectuales), ante los

---

<sup>1</sup> Los intereses se refieren a las preferencias relacionadas con los itinerarios académicos y profesionales, mientras que las motivaciones reflejan las afinidades personales.

que puede que sean necesarios un cambio en el currículo y, por ejemplo, una atención por parte de un profesor de pedagogía terapéutica.

Algunas de estas medidas suponen una mayor segregación de los estudiantes con respecto a las actividades ordinarias del centro. Por ejemplo, entre los refuerzos y apoyos educativos, se encuentran los grupos de **desdoble**, cuyos integrantes muestran dificultades puntuales en el proceso de aprendizaje, por lo que requieren algún tipo de ayuda (un trabajo más pautado, más tiempo para solucionar los ejercicios, etc.), para la cual en algunas clases son separados de sus compañeros.

Otro agrupamiento específico lo constituyen los miembros de **Diversificación Curricular**, que muestran mayores dificultades para progresar en el aprendizaje. Están interesados en obtener el título, por lo que el centro modifica los contenidos y los criterios de evaluación, propone un trabajo por ámbitos de conocimientos amplios (lingüístico y social, etc.) y dedica al alumno un acompañamiento más individualizado.

Junto a los desdobles y a la Diversificación Curricular, otra medida de carácter extraordinario es la **repetición** de curso, que impide que los adolescentes continúen con los compañeros habituales y que puede generarles un autoconcepto negativo, al comunicarles que no han sido capaces de alcanzar los objetivos de su nivel. A pesar de que lo habitual es repetir el curso entero puesto que es el procedimiento más sencillo para un centro, ha habido propuestas para que esta medida no suponga una mera repetición de contenidos (que solo vuelvan a cursarse algunas asignaturas, etc.).

También son medidas extraordinarias las Unidades de Currículo Específico, dirigidas a estudiantes con deficiencias físicas o psíquicas.

Otras medidas son más normalizadoras y pretenden evitar que los alumnos se descuelguen del proceso de enseñanza-aprendizaje. En la secuencia didáctica que propongo en este trabajo, me centro en la opcionalidad, en una determinada adaptación curricular y en la acción tutorial (a la que me referiré en el siguiente apartado). Una modalidad de las **adaptaciones curriculares**, que no supone una modificación especial del currículo, es la **distinción de niveles de profundidad** en la programación, según las peculiaridades de cada alumno. La secuencia incluye unas actividades destinadas a todos los estudiantes, referidas a contenidos más básicos (niveles mínimos que deben alcanzar); y otras voluntarias, para que aquellos con más capacidad e interés amplíen algunos temas y profundicen en ellos.

La **optatividad** busca conseguir los objetivos generales de una etapa siguiendo distintos itinerarios de contenidos. Sirve para reforzar aprendizajes básicos (algunos de

los cuales se estudian en las asignaturas obligatorias) y para ampliar la formación. Esta secuencia podría desarrollarse en **Literatura Universal**, optativa de la rama humanística en cuarto de ESO. Que una materia pueda elegirse aporta al docente –y a los estudiantes– una serie de ventajas: el alumno la escoge porque le interesa y porque es posible que en el futuro se especialice en contenidos relacionados con ella; suelen matricularse menos adolescentes que en una obligatoria, lo que permite una atención más personalizada; y no hay tanta presión como en las asignaturas comunes para que dé tiempo a explicar todo el programa, lo que posibilita detenerse en los aspectos más importantes o en los que susciten más interés.

### **Puesta en práctica del trabajo de aula**

Las concreciones del currículo no solo se llevan a cabo en el centro educativo en general, sino también en las programaciones del aula en particular. Al ponerla en marcha en las sesiones, el docente irá modificando la planificación realizada previamente. La programación en el aula se concreta a través de las **unidades didácticas**. En la secuencia que incluyo, el trabajo girará en torno a la lectura de siete relatos de terror del siglo XIX.

La **acción tutorial** es una medida que cobra especial importancia en el día a día del curso, ya que el tutor (y cualquier docente) debe conocer las peculiaridades de cada alumno (su historia académica, sus conocimientos previos, su estilo de aprendizaje, sus avances y sus dificultades, sus motivaciones hacia determinados tipos de tareas, etc.) para ayudarle a que progrese durante el proceso de enseñanza-aprendizaje. Esa es la función pedagógica de la evaluación. La adquisición de este tipo de información se lleva a cabo mediante la observación de los alumnos y el establecimiento de distintas metodologías a lo largo del curso.

La dinámica tradicional dentro de las aulas ha consistido en una comunicación unidireccional, en la que únicamente el profesor transmite su saber y después comprueba, casi siempre mediante un examen escrito, que los alumnos son capaces de reproducir esos conocimientos. Estas sesiones no permiten al docente conocer si los estudiantes van comprendiendo las explicaciones. La única manera de descubrir si lo han hecho es calificar el examen, y entonces ya no hay vuelta atrás. Frente a esta concepción, se encuentra la que propongo en la secuencia, protagonizada por el diálogo entre el profesor y los alumnos, el aprendizaje significativo y la evaluación continua. El

**diálogo entre el docente y los estudiantes** se reflejará en la propia distribución de la clase: las mesas se dispondrán en círculo, de modo que los alumnos se dirijan unos a otros durante la discusión literaria y que el profesor se sitúe al mismo nivel que ellos. El docente guiará el comentario oral y matizará o corregirá algunas intervenciones de los adolescentes, a los que no considerará ignorantes (percepción que puede estar detrás de la dinámica en la que solo el docente es el transmisor del saber) y de los que también aprenderá (por ejemplo, interpretaciones de los relatos que él no se había planteado). La ayuda del profesor tendrá lugar sobre todo al principio de la secuencia y, conforme se avance, el alumno será más autónomo e incluso podrá sentirse experto en algún tema, por ejemplo cuando exponga ante sus compañeros la información recabada en alguna actividad. Se trata de una **concepción constructivista** del aprendizaje, en la que el alumno va generando su propio saber a partir de situaciones que el docente plantea.

La comunicación en clase favorece también la **interacción entre los compañeros**, que unos aprendan de otros, que se integren socialmente, que respeten las opiniones de los demás y que relativicen el punto de vista propio. Una actividad diseñada para desarrollar estos aspectos es el debate. En otros casos, se propondrá el trabajo en pequeños grupos, lo que permitirá al profesor disponer de tiempo para atender a quienes les resulte más difícil la resolución de un ejercicio.

En cuanto a la **participación**, el problema que puede surgir de la dinámica de la discusión literaria oral es que algunos estudiantes (porque no están seguros de la respuesta, por timidez, etc.) no tomen la palabra. Por esta razón, y para comprobar que todos alcanzan los objetivos prioritarios, el docente animará a los más callados a contestar a las preguntas que se van repitiendo en los cuentos (sobre el narrador, los personajes, etc.), reiteración que aportará a los estudiantes modelos de respuesta. Será conveniente también que algunos ejercicios se resuelvan de forma individual y escrita.

El **aprendizaje significativo** consiste en relacionar nuevos saberes con ideas que ya se poseen. Para lograrlo, el docente comprobará los **conocimientos previos** del alumnado, a los que adecuará los contenidos programados. Tras unas actividades que muestren lo que los estudiantes saben, se propondrán otras de adquisición de nuevos aprendizajes, de refuerzo y de recapitulación.

La **variedad de las actividades** permitirá poner en práctica las distintas capacidades. Tradicionalmente, se ha concedido más peso a las cognitivas, pero no deben olvidarse otras (de relación interpersonal, etc.) para lograr una educación que abarque las distintas dimensiones de la persona (intelectual, emocional, social, moral,

etc.). Proponer únicamente el desarrollo de las capacidades intelectuales no beneficiaría a los que son competentes en otros ámbitos, por lo que en la secuencia se ofrece la posibilidad de dibujar mapas, de documentarse navegando por Internet, etc.

Despertará la atención de los estudiantes que los temas tratados conecten con sus vivencias cotidianas. Una posibilidad de las materias optativas, al no existir tanta presión como en las obligatorias por estudiar todo el temario, es introducir cuestiones transversales y relacionar contenidos de diversas áreas. La coordinación entre los profesores que imparten clase a un mismo grupo de alumnos permitirá la **interdisciplinariedad**, con la que se fomentará la capacidad de los estudiantes de relacionar varios ámbitos de conocimiento.

La voluntad del docente por que el alumno progrese implica una **evaluación continua**. Además de la inicial para detectar los conocimientos previos y los intereses de los adolescentes y de la que se lleva a cabo durante todo el proceso de aprendizaje, al final habrá una evaluación sumativa. Tradicionalmente, esta ha consistido en un examen escrito. En el caso de la secuencia que propongo, no considero necesario que se realice. La nota final se obtendrá, además de las actividades de ampliación y profundización (en las que se tendrá más en cuenta el esfuerzo que el resultado), de dos cuestiones propuestas para después del comentario de los relatos (la recapitulación de los rasgos de los cuentos de terror y la escritura de un relato similar a los analizados). El aprendizaje no será memorístico, sino dotado de sentido: se plantearán cuestiones del interés del alumno y que traspasen los límites de la materia estudiada en clase.

## **Secuencia didáctica sobre relatos de terror del siglo XIX**

### **Referencia al currículo de la asignatura**

La secuencia de actividades incluida a continuación podría desarrollarse en **Literatura Universal**, optativa de **cuarto de ESO**. El adjetivo del nombre de la asignatura invita a que el estudio de los movimientos literarios traspase las fronteras nacionales y a que se aprecien las influencias entre diversos países. Los textos seleccionados para este trabajo pertenecen a autores de orígenes geográficos distintos.



Las actividades propuestas contribuyen, como señala el currículo oficial, a la adquisición de varias **competencias** básicas: la comunicación lingüística, debido a que los alumnos practicarán la expresión oral y la escrita; la artística y cultural, al relacionar manifestaciones literarias con otras disciplinas como la pintura o el cine; la social y ciudadana, al promover la cooperación entre los estudiantes y perseguir que muestren actitudes respetuosas ante las valoraciones de sus compañeros; el tratamiento de la información y la competencia digital, cuando se invita a investigar sobre ciertos aspectos, lo que implica buscar información y seleccionar la relevante; la autonomía e iniciativa personal, puesto que los adolescentes, de forma individual, realizan las lecturas y prestan atención a las cuestiones dignas de comentario; y la competencia de aprender a aprender, por ejemplo, cuando aceptan los errores como instrumento de mejora.

Enumero a continuación los **objetivos** de la secuencia, extraídos de los oficiales:

1. Conocer textos de distintos países, apreciando la intencionalidad con que fueron escritos y su valor permanente a través del tiempo.
2. Valorar la lectura como fuente de enriquecimiento cultural y de placer personal.
3. Apreciar las obras literarias escritas en lenguas distintas de la propia.
4. Utilizar la biblioteca escolar y las tecnologías de la información y la comunicación para fundamentar trabajos y como instrumentos para aprender y compartir conocimientos.
5. Adoptar posturas personales críticas y creativas en la interpretación de los textos.
6. Reflexionar sobre los procedimientos lingüísticos que convierten un texto en una obra maestra de la expresión de los sentimientos.
7. Utilizar la lengua como medio privilegiado de expresión personal.

Los **contenidos** que van a tratarse son los siguientes:

1. Relatos de terror del siglo XIX. Rasgos propios de la Literatura del Romanticismo.
2. Relación de los textos leídos con otros de literatura que traten temas análogos.

En último lugar, detallo los **criterios de evaluación**:

1. Identificar las ideas esenciales de los textos.
2. Identificar el género al que pertenecen unos textos literarios leídos en su totalidad y reconocer sus elementos básicos y los tipos de recursos lingüísticos empleados.
3. Reconocer en las obras estudiadas la tradición cultural común o las manifestaciones semejantes de la condición humana.

4. Aplicar y desarrollar posturas personales críticas y creativas en la interpretación de los textos, según los criterios establecidos de racionalidad y sentido común.
5. Realizar un trabajo de investigación sobre las obras estudiadas, con corrección y respetando las normas establecidas, utilizando las fuentes de la información clásicas (libros, enciclopedias, etc.) y las de las nuevas tecnologías (enciclopedias digitales, bibliotecas en la red, etc.).
6. Reconocer algunas de las obras más representativas de la Literatura Universal.

### **Indicaciones para la puesta en práctica de la secuencia**

La siguiente secuencia persigue que los alumnos comprendan los textos seleccionados. Casi todas las actividades se comentarán de forma oral y conjunta. El docente irá proponiendo cada cuestión cuando se haya respondido a la anterior. El trabajo individual será necesario para subrayar fragmentos del texto (que después se pondrán en común), en algunos ejercicios propuestos después del comentario de los relatos y en algunas tareas voluntarias. Estas son las recogidas en el epígrafe “Actividades de ampliación y profundización”; podrán realizarse todas, algunas o ninguna, y se llevarán a cabo en horario extraescolar.

Es recomendable que los alumnos tomen apuntes mientras van comentando los relatos, pues sus notas les serán útiles en las actividades de recapitulación.

Los materiales necesarios son los habituales en el entorno escolar (bolígrafo y papel), que llevará cada estudiante; así como fotocopias de los relatos y, para algunos ejercicios, ordenador con acceso a Internet, proyector y pantalla. El centro se encargará de facilitar estos últimos.

### **Cuestiones para antes de leer los relatos**

#### **-¿Alguna vez has jugado con tus amigos a contar historias de miedo?**

Se comenzará la secuencia despertando el interés de los alumnos, a los que se preguntará por sus experiencias propias. Es habitual, en grupos de adolescentes que se reúnen, por ejemplo, en una fiesta de cumpleaños, escuchar historias de miedo. Este tipo de relatos, a pesar de que asusta y suele alterar el sueño de los más pequeños, también atrae.

#### **-¿Qué elementos suelen aparecer en los relatos de terror (lugares, tiempo, personajes, etc.)?**

Los alumnos citarán espacios como cementerios o edificios abandonados; la noche como el momento principal en el que sitúan estas historias; y personajes como fantasmas, monstruos o asesinos.

La respuesta a esta pregunta servirá para comprobar los conocimientos previos de los estudiantes. Desde el principio de la secuencia, irán determinando los elementos típicos de este género, para que al final escriban ellos mismos una historia.

**-¿Has leído algún libro o has visto alguna película de miedo?**

Es posible que citen a autores como Stephen King, películas como *El exorcista*, etc.

### **Actividades sobre *El retrato oval* (1842)**

#### **Edgar Allan Poe (1809-1849), escritor estadounidense**

El primer relato que se leerá es *El retrato oval*, de Edgar Allan Poe. Su extensión, breve, permitirá que en la propia clase pueda realizarse la lectura, que llevará a cabo en voz alta el profesor, que podrá ambientar el aula –apagando las luces, poniendo una música adecuada, etc.– para captar la atención de los estudiantes.

El tiempo previsto para el comentario de este relato es de dos sesiones (de una hora cada una). El profesor anunciará en clase los ejercicios voluntarios.

#### **1. Señala todos aquellos elementos o expresiones del relato que crean un ambiente tenebroso.**

Algunas palabras o expresiones que podrán señalarse son “lobreguez”, “decoraciones [...] ajadas y viejas” o “la vaga pero profunda sombra que formaba el fondo del retrato”. También contribuyen a generar una atmósfera terrorífica el hecho de que el narrador y su criado entren en un castillo abandonado y que la acción ocurra de noche, circunstancia que les obliga a emplear un candelabro<sup>2</sup>.

#### **2. Responde a las siguientes preguntas sobre los PERSONAJES:**

**-¿Quiénes son los dos personajes que aparecen al principio del relato?**

El hombre que narra la historia y su criado.

**-¿Cuál de los dos es más importante en el desarrollo del cuento y cómo consigue Poe otorgarle más protagonismo, así como quitárselo al otro?**

---

<sup>2</sup> Apunto las soluciones de casi todas las actividades con el fin de que, si un docente las pusiera en práctica, tuviese claro qué deben responder los alumnos y pudiese modificar el enunciado del ejercicio si a estos les resulta ambiguo.

Cobra más protagonismo el narrador, porque desvela al lector la historia de la obra pictórica. Por su parte, el criado se queda dormido, lo que impide que pueda influir en la narración.

Se trata de reflexionar sobre que no todos los personajes de una obra poseen el mismo grado de protagonismo, sino que pueden distinguirse los denominados “redondos” –que experimentan una evolución a lo largo del texto– de los “planos” –a los que no les afecta lo que ocurre–. Es posible que los estudiantes empleen los términos entrecomillados; si no lo hacen, el profesor podrá introducirlos después. Ahora bien, lo importante no es memorizar tecnicismos, sino comprender el texto.

### **-¿Aparecen más personajes secundarios?**

Sí: las personas que contemplaron parte del proceso de elaboración del retrato.

El único propósito de esta pregunta es que los alumnos busquen información explícita en el texto, proceso que no exige demasiado esfuerzo, pero que obliga a estar atento a la lectura.

### **-¿Qué otros dos personajes aparecen en el relato y qué sabemos de ellos?**

El pintor y su esposa, a la que retrató en aquel castillo. Ella era joven, virgen, hermosa, con el cabello brillante, alegre y simpática; aunque no le gustaba el arte, se prestó como modelo porque era dócil y obediente. Su marido, en cambio, era callado y estaba más entregado a la pintura que a su propia esposa.

### **-Señala los adjetivos presentes en el relato. ¿Para qué los emplea el escritor?**

Algunos de los adjetivos que deben señalar los alumnos son “pequeños”, “suntuosos”, “apartada”, “ricas”, “modernas”, “extraña”, “orladas” o “pesadas”, además de aquellos en los que se han fijado para contestar a la pregunta anterior (“radiante”, “encantadora”, “apasionado”, “estudioso”, “austero”, “traviesa”, “humilde”, “violento”, “taciturno”, “fervoroso”, etc.). Poe los emplea para describir tanto el castillo como a los personajes.

Con esta actividad, se pretende que los adolescentes sean conscientes de que la narración incluye diversas descripciones. Al proponer la identificación de adjetivos en un relato, están tratándose al mismo tiempo contenidos lingüísticos y literarios. El profesor podrá explicar –o recordar– que la descripción de los rasgos físicos recibe el nombre de “prosopografía”, y que la de la personalidad se llama “etopeya”.

### **-¿Qué le ocurre a la mujer? Señala alguna frase del relato en la que se explique por qué muere.**

La muchacha muere porque ha permanecido quieta, sin alimentarse, sin hablar y expuesta a un único rayo de luz que entraba por la ventana durante todos los días en los

que el artista realizaba su obra. Podrán señalarse oraciones como “Esa luz que entraba lívida, en la torre solitaria, marchitaba la salud y la vivacidad de su esposa, que se consumía” o “Los tintes que esparcía en la tela eran extraídos de las mejillas de aquella mujer sentada a su lado”.

En esta pregunta debe llevarse a cabo tanto una búsqueda de información en el texto como una interpretación de la historia. Se valorará la capacidad de Poe para condensar la esencia del relato en oraciones cortas.

**-¿Hay algún fantasma en el cuento?**

Sí, aunque no es un ser malvado. Se trata de la mujer, que aparece retratada de manera que el cuadro se asemeja mucho a la realidad, y es esto lo que hechiza al hombre que entra en el castillo.

Con esta actividad, se pretende que los estudiantes sean conscientes de que, en la literatura, los fantasmas pueden aparecer de diversas formas.

**3. Responde a las siguientes preguntas, referidas a la NARRACIÓN y al TIEMPO:**

**-¿Por qué está herido el narrador? ¿Cómo se llama este tipo de comienzo de las historias?**

Al comienzo del relato se dice que el narrador está herido, y esta es la razón por la que él y su criado acceden al castillo, para no pasar la noche a la intemperie. Ahora bien, el lector no sabe qué ha ocurrido antes de que ambos personajes entren en escena ni cuál es la causa de su malestar. Este tipo de comienzo de las historias se denomina “*in medias res*”.

Es posible que los alumnos no conozcan la expresión entrecomillada; en este caso, la introducirá el profesor, una vez que los estudiantes hayan descrito con sus palabras el tipo de comienzo del cuento.

**-¿En cuántos tiempos diferentes se sitúa el relato?**

En dos: el presente del narrador, que es la noche en la que se aloja con su criado en el castillo; y otro anterior, el momento en que el pintor retrató a su mujer.

El concepto técnico que introducirá el docente, si no lo han indicado los estudiantes, es “*flash-back*”. También podrá referirse a la “narración enmarcada”, presente en la historia del retrato, que es introducida por el descubrimiento que el narrador hace de la pintura y por la lectura que lleva a cabo sobre la obra.

**-¿Por qué es posible pasar de un tiempo a otro, es decir, qué es lo que le hace al narrador fijarse en el retrato?**

El hecho de que el narrador cambie de posición el candelabro para que no le moleste la luz le hace descubrir el retrato de la joven.

Esta pregunta implica una búsqueda de información explícita en el relato. Además, pretende que se reflexione sobre el hecho de que, a partir de un objeto o de un movimiento sin importancia, un escritor puede desarrollar toda una historia.

**-¿Qué técnicas consiguen que la historia del pintor y la modelo sea creíble?**

Tanto que el narrador, al principio del relato, cuente la historia en primera persona como el recurso del libro encontrado.

En esta ocasión, podrán apuntarse los términos de “verosimilitud” y de “narrador testigo” que, gracias al libro que describe las pinturas, se convierte en “omnisciente”.

**4. Comenta las siguientes cuestiones, que se refieren a la FORMA:**

**-Localiza en el relato expresiones que reflejan que el texto no ha sido escrito en la época actual.**

Llaman la atención las formas de los verbos (“hallábase”, “habíase exaltado”, “púsose”, etc.) y vocablos y expresiones como “empero”, “aciaga”, “sin igual hermosura”, “mas”.

Aunque algunos de estos términos siguen empleándose en el registro culto, se pretende que los estudiantes reflexionen sobre el hecho de que ciertas palabras van usándose cada vez menos, es decir, sobre la evolución y el cambio de las lenguas.

**-¿Por qué el narrador señala en dos ocasiones que la mujer retratada era joven? Para que puedas entenderlo mejor, localiza los fragmentos en los que se repite esta información.**

Los fragmentos son “Era el retrato de una joven que empezaba ya a ser mujer”, que aparece cuando el narrador descubre el cuadro; y “el retrato representaba a una mujer joven”, seguido de “Como ya he dicho”, conector empleado para retomar la información después de un paréntesis. Este incluye la sensación, de incredulidad al principio y de creciente seguridad después, que el narrador experimenta cuando ve por primera vez la pintura, y además genera una intriga en el lector sobre cuál es su historia, que no se desvela hasta el final del relato.

El término para hablar de la interrupción del discurso es “digresión”.

**-Hemos comentado ya que el criado se queda dormido, algo habitual durante la noche. En cambio, el narrador permanece despierto. Señala palabras o expresiones que tengan que ver, por un lado, con el descanso y, por otro, con el insomnio.**

Algunas de las palabras o expresiones relacionadas con el descanso son “sueño”, “amodorrado”, “profunda sombra”, “soñolienta modorra que pesaba sobre mis sentidos”, “semisueño”, “cerré los ojos”, “mis párpados continuaban cerrados” o “ensueños”. Entre las relativas al insomnio, destacan “devolviéndome al punto a la vigilia”, “sobresaltándome” o “agitación”.

Mediante esta búsqueda de información explícita, los alumnos reflexionarán sobre la variedad de expresiones existente para referirse a un mismo concepto. El término que puede apuntarse es “campo semántico”.

**-Además de en la actuación de los personajes, se observan contrastes en el lenguaje que emplea Poe: en algunos fragmentos utiliza expresiones poéticas, mientras que en otros recurre a frases más frías y objetivas. Señala ejemplos.**

Una expresión del segundo tipo es “Solo abarcaba la cabeza y los hombros, pintados de la manera que técnicamente se denomina *vignette*, y que se parece mucho al estilo de las cabezas favoritas de Sully”, y otra poética es la comparación que realiza del estado de la modelo: “El espíritu de la dama osciló, vacilante como la llama en el tubo de la lámpara”.

**-¿Por qué el último párrafo del cuento aparece entre comillas?**

Porque es la cita del libro que desvela al hombre herido la historia de la pintura.

Esta es una pregunta sencilla. Su objetivo es que los estudiantes tengan en cuenta la utilidad de las comillas para introducir citas ajenas, un uso que algunos suelen olvidar. Les resultará útil en un futuro próximo, por ejemplo cuando tengan que realizar trabajos de investigación.

**-¿Se te ocurre algún dicho popular que refleje la consecuencia (la muerte de la mujer) de los sentimientos del pintor hacia su esposa?**

Es posible que los estudiantes piensen en la expresión “Hay amores que matan”.

Se persigue que reflexionen sobre la función de los dichos populares, que recogen una sabiduría que puede emplearse en muy diversas circunstancias.

## **5. Actividades de AMPLIACIÓN y PROFUNDIZACIÓN:**

**-¿Hay algún elemento en el relato que no comprendas? Investiga sobre él y, en la próxima sesión, cuenta a tus compañeros lo que has averiguado.**

Es posible que los alumnos no sepan quiénes son “Mrs. Radcliffe” ni Sully. Será suficiente que descubran que Ann Radcliffe (1764-1823) fue una escritora conocida por

su novela gótica de terror, y que Thomas Sully (1783-1872) fue un pintor famoso por sus retratos.

Se trata de que los estudiantes reflexionen sobre el hecho de que un texto se comprende mejor cuando se entienden todas sus referencias. Lo más probable es que busquen la información en Internet, por lo que se llevará a cabo un uso didáctico de las nuevas tecnologías.

**-Dibuja el cuadro del cuento, intentando que se asemeje a la descripción de Poe.**

Con este ejercicio se concede una oportunidad a los alumnos que dibujan bien y a los que les gusta hacerlo. Obliga al estudiante a conocer el significado del adjetivo “oval” y a estar atento a los detalles que el texto aporta sobre el retrato (en el fondo hay una sombra, el marco es dorado y de estilo morisco, etc.). Cuando lo haya terminado, podrá mostrárselo a sus compañeros para que opinen si habían imaginado la pintura de esa forma.

**-Escribe un comentario del relato. Puedes empezar contextualizándolo (en qué año se escribió, quién es su autor), apuntar a continuación sobre qué trata y señalar, por último, los aspectos que hemos analizado (ambiente, personajes, descripciones, tipo de narrador, tiempo, etc.).**

Los alumnos ordenarán los aspectos analizados en clase, lo que servirá de entrenamiento para los comentarios de texto de Bachillerato. En el propio enunciado del ejercicio, se apunta un posible esquema para que la escritura no resulte demasiado complicada. La tarea se entregará al profesor para que pueda señalar si está bien o si algunos aspectos son mejorables.

**-Observa el cortometraje (<http://www.youtube.com/watch?v=G7R2ULluMjs>) basado en el relato, y realiza un breve comentario escrito sobre sus elementos más importantes y sobre las semejanzas y diferencias con respecto al cuento de Poe.**

Se comentarán aspectos como la música, el ambiente, la voz en *off*, la inexistencia de diálogos –al igual que en la obra original–, la técnica para introducir el *flash-back* –en la obra de Poe se consigue con la cita del libro; en el cortometraje, con una animación mediante la cual la propia pintura cobra movimiento–, etc.

El vídeo, que dura cinco minutos, se proyectará en clase. Se conseguirá captar la atención de los alumnos, hoy en día más atraídos, en general, por el lenguaje audiovisual que por el escrito. El comentario se entregará al profesor, que indicará al estudiante los comentarios pertinentes.



**-¿Te ha recordado el relato a alguna otra obra literaria? Cuenta a tus compañeros a cuál, quién la escribió y sobre qué trata. Si desconoces algún dato, puedes realizar una breve investigación.**

La obra en la que probablemente piensen algunos estudiantes es *El retrato de Dorian Gray* (1890), de Oscar Wilde, en la que también están relacionados un cuadro y la apariencia física, en este caso propia de la edad, del retratado.

Si algún alumno conoce la obra, podrá hablar de ella en el mismo momento en que el docente plantee la actividad. El ejercicio está diseñado, por un lado, para que los adolescentes reflexionen sobre el hecho de que unas obras influyen en otras y, por otro, para despertar su interés por la lectura.

**-Dibuja un mapa del mundo y sitúa en él el lugar en el que transcurre este relato.**

El castillo se encuentra en los montes Apeninos.

Esta actividad persigue valorar distintas capacidades y motivar a los alumnos a los que les gusta pintar. El mapa se aprovechará para señalar en él los espacios que aparecen en los demás relatos seleccionados para la secuencia, de forma que los estudiantes los sitúen fácilmente. El ejercicio pone en marcha la interdisciplinariedad, ya que se tratan al mismo tiempo Literatura y Geografía. De entre los trabajos que se elaboren, se colgará en la pared de la clase el que mejor quede.

**-Apunta los términos técnicos, propios de la Lengua y la Literatura, que aparezcan durante el comentario de los relatos de esta secuencia. Explica al lado, de forma breve, qué significan.**

Los términos técnicos que han aparecido en el comentario de este relato son “personajes planos”, “personajes redondos”, “prosopografía”, “etopeya”, “*in medias res*”, “*flash-back*”, “narración enmarcada”, “verosimilitud”, “narrador testigo”, “narrador omnisciente”, “digresión” y “campo semántico”. De los otros textos, señalaremos “manuscrito”, “objetividad”, “subjetividad”, “plano del contenido”, “plano de la expresión”, “coherencia”, “cohesión” y “lenguaje políticamente correcto”, a propósito de *El manuscrito de un loco*; “caricatura” y “polifonía”, en *La leyenda de Sleepy Hollow*; “deíctico”, “personaje tipo” y “registro”, en *Maese Pérez el organista*; “estilo directo”, “estilo indirecto” y “metalenguaje”, en *La mano*; y “modalización”, en *El ladrón de cadáveres*. Se incluirán también los recursos retóricos mencionados a lo largo de la secuencia (comparación, metáfora, ironía, hipérbole y personalización).

En el caso de que quieran realizar esta actividad varios alumnos, podrán repartirse los términos que explicará cada uno. El objetivo es que, al finalizar la

secuencia, se fotocopie para cada estudiante una ficha de términos, que podrá servir como material de consulta en un momento determinado, incluso en estudios posteriores.

### **Actividades sobre *El manuscrito de un loco* (1836)**

#### **Charles Dickens (1812-1870), escritor inglés**

El segundo relato con el que se trabajará es *El manuscrito de un loco*, de Charles Dickens. Dado que es más extenso que el texto de Poe, la lectura se realizará en horario extraescolar. Se dedicarán tres sesiones y media al comentario.

#### **1. Señala las distintas partes en las que se divide *El manuscrito de un loco*.**

Al principio, el texto establece un contraste entre los sentimientos del narrador hacia la locura: antes trataba de escapar de ella, pero después pasó a alegrarse de estar loco y de que los demás no se dieran cuenta. A continuación, el protagonista habla sobre la herencia que recibió, y sabe que a ella se debía que el padre y los hermanos de su futura esposa se acercaran a él. Estos son episodios pasados del narrador; en el momento en que escribe se encuentra en un manicomio, en el que ve el fantasma de su esposa. Retoma el *flash-back* para narrar que, un año después de la boda, descubrió por qué ella era infeliz: su familia había acordado el matrimonio sin tener en cuenta que amaba a otro hombre. La piedad que sentía hacia su mujer y el temor a tener un hijo loco le llevaron a matarla. Cuando intentó hacerlo, ella quedó herida durante varias semanas antes de morir. Más tarde, uno de sus hermanos visitó al asesino y este lo mató, por lo que los testigos descubrieron que estaba loco; él trató de escapar, pero se quedó inconsciente, momento en el que fue ingresado en la celda en la que pasa sus días.

Esta actividad es individual y se realizará, al mismo tiempo que la lectura, antes de comenzar el comentario en clase. El texto mezcla distintos tiempos, por lo que es importante, para su comprensión, que los lectores distingan las diferentes partes. Al comenzar el comentario, se pondrá en común la estructura.

#### **2. Contesta a las siguientes preguntas sobre los PERSONAJES:**

**-¿Cuál es el destino del protagonista? ¿Por qué sabe que no puede hacer nada contra él? Señala fragmentos del texto referidos a esta cuestión.**

Su destino es la locura, que está presente en los genes de su familia: su padre se libró de ella, pero el abuelo paterno estaba loco. Algunos fragmentos que pueden señalarse son

“Rezaba para que se me perdonara la maldición de mi raza” o “Sabía que la locura estaba mezclada con mi misma sangre y con la médula de mis huesos. Que había pasado una generación sin que apareciera la pestilencia y que era yo el primero en quien reviviría”.

**-¿Cómo aparece reflejado el abuelo del protagonista en el relato? ¿Te recuerda a algún otro personaje propio de las historias de terror, al que sometan a la misma situación?**

Debido a su locura, el abuelo es encadenado: “Había vivido durante años con las manos unidas al suelo por grilletes para impedir que se despedazara a sí mismo con ellas”. Es la imagen de una persona atada, la misma que la del protagonista encerrado en el manicomio: “Escuchando la música de mi cadena de hierro”. Otros personajes de historias de miedo que suelen aparecer atados para no atacar a nadie son los hombres lobo.

Citar a otros seres propios de los relatos de terror será útil para escribir un cuento de este género al final de la secuencia. Es posible que los estudiantes piensen en los hombres lobo, ya que aparecen en una serie, atractiva para los adolescentes, emitida hasta hace poco en televisión, *Luna. El misterio de Calenda*. Uno de sus protagonistas es un buen muchacho que en las noches de luna llena se convierte en una bestia, se encierra y se ata a sí mismo con cadenas de hierro para no herir a los vecinos. Resultará interesante para los alumnos comentar en clase series que ven en su tiempo libre.

**-¿Qué signos de la locura del protagonista aparecen en el texto? Cita ejemplos.**

El protagonista se siente observado –“Veía a los hombres susurrar, señalarme y volver los ojos hacia mí”– y oye voces y ve personas que la gente cuerda no percibe –“En las esquinas de la habitación permanecían acuclilladas formas grandes y oscuras de rostros insidiosos y burlones, que luego se inclinaban sobre mi cama por la noche, tentándome a la locura”, “Los viejos espíritus que antes habían estado conmigo tan a menudo me susurraron al oído que había llegado el momento y pusieron la navaja abierta en mi mano”, etc.–. Además, experimenta momentos de alegría desmesurada: “No podía ocultar la alegría y el regocijo salvaje que hervían en mi interior y que cuando estaba a solas, en casa, me hacía dar saltos y batir palmas, dando vueltas y más vueltas en un baile frenético”, etc. Otra de las manifestaciones es la perversidad, las ganas de causar daño de forma intencionada: “Habría gritado de éxtasis cuando cenaba a solas con algún estruendoso buen amigo pensando en lo pálido que se pondría, y lo rápido que escaparía, al saber que el querido amigo que se sentaba cerca de él, afilando un cuchillo

brillante y reluciente, era un loco con toda la capacidad, y la mitad de la voluntad, de hundirlo en su corazón”, “¡El placer de afilar la navaja un día tras otro, sintiendo su borde afilado y pensando en la abertura que podía causar un golpe de su borde delgado y brillante!”, “Con un pequeño esfuerzo habría podido lanzarlo [al médico que le comunica que su mujer está loca] abajo, a la calle. Habría sido divertido hacerlo”, etc.

Este ejercicio propone una búsqueda de información explícita y pretende hacer a los alumnos conscientes de los detalles con los que Dickens caracteriza a un personaje.

**-¿Cuál es la diferencia, respecto a lo que el loco siente hacia sus víctimas, entre el asesinato de su mujer y el del hermano de esta?**

A su mujer la mata porque siente compasión hacia ella, debido a que la familia de esta le ha empujado a casarse por las riquezas del marido, sin tener en cuenta que ella ama a otro hombre. Esta es la razón por la que el loco siente odio –y no piedad– hacia el hermano de su esposa.

Se pretende que los alumnos no se fijen únicamente en la actuación de cada personaje, sino en las relaciones que se establecen entre ellos.

**-Organizad un debate en clase en torno al asesinato de la mujer. Formad dos grupos: uno defenderá a la esposa y el otro asumirá el papel de abogado defensor del protagonista. Disponéis de diez minutos para organizar los argumentos que emplearéis; durante los quince minutos siguientes, se llevará a cabo el debate.**

El grupo defensor de la esposa sostendrá que esta es una víctima de la violencia machista y que el crimen fue premeditado (“Era una visión hermosa la de la gran mansión en llamas, y la esposa del loco convirtiéndose en cenizas”), por lo que el marido debe ser castigado. Los defensores del protagonista señalarán que no es responsable de sus actos porque es un enfermo mental, y que su intención no es mala puesto que pretende liberar a su esposa de un matrimonio forzado. Además, cuando se dispone a matarla se acobarda.

Esta actividad resulta interesante porque el debate es un género oral que no se practica de forma habitual en el aula. La tarea es más sencilla para el grupo que defiende a la mujer; el otro, deberá ponerse en el lugar del protagonista. Esto servirá para que los alumnos sean conscientes de que, en los juicios reales, incluso los criminales tienen derecho a un abogado defensor. Si en un futuro próximo forman parte, por ejemplo, de un grupo universitario de debate, no siempre podrán defender aquello en lo que creen. El ejercicio también servirá para que reflexionen sobre la violencia machista, que hoy en día aparece en los medios de comunicación de forma constante.

**-¿Qué podemos decir respecto al aspecto físico de la esposa del protagonista –tanto antes de su muerte como después–, en comparación con la mujer del relato de Poe?**

En el cuento anterior, se describe a la muchacha como una joven que destaca por su hermosura. Después de muerta, su imagen, presente en el retrato, sigue siendo bella. En este texto, en cambio, la esposa del protagonista también era guapa cuando vivía, pero la descripción que Dickens hace del fantasma responde a una imagen que genera temor y repugnancia, en lugar de admiración: “Una figura ligera y desgastada de largos cabellos negros que le caen por el rostro, agitados por un viento que no es de esta tierra”, “El rostro está muy pálido y los ojos tienen un brillo vidrioso”, “Ha salido fresca de la tumba, y por eso resulta realmente mortal”.

Nos fijaremos en las descripciones insertas en la narración, y la comparación entre textos dará lugar a un comentario más rico y profundo.

**-Siguiendo con la comparación entre las mujeres de los dos relatos, ¿qué siente cada una de ellas hacia su marido?**

La joven del cuento de Poe ama al hombre con el que se casa y cumple sus deseos, mientras que la muchacha del de Dickens nunca ha estado enamorada de su marido y se limita a llorar recordando al hombre al que quería.

**-¿Qué otros personajes, secundarios, aparecen en el relato? ¿Cómo califica el narrador a muchos de ellos, comparándolos con él mismo?**

Los personajes secundarios son los vecinos del protagonista, quienes le entregan su herencia, sus criados y los médicos que atienden a su esposa. El loco se cree mucho más astuto que ellos. Por ejemplo, se ríe de la gente de su alrededor cuando no se da cuenta de que está loco. Respecto de la Administración, encargada de otorgarle la fortuna familiar, comenta: “La ley, la propia ley de ojos de águila, había sido engañada, y había entregado en las manos de un loco miles de discutidas libras” o “¿Dónde estaba el ingenio de los hombres listos de mente sana? ¿Dónde la habilidad de los abogados, ansiosos por descubrir un fallo?”. De los médicos también se ríe cuando le comunican a él, un loco, que su esposa sufre un trastorno mental.

La pregunta obliga a que los alumnos estén atentos a la lectura y sirve para comentar el rasgo de la astucia del protagonista.

**3. Responde a las siguientes preguntas, referidas al TIEMPO y a la NARRACIÓN:**

**-¿Qué tipo de narrador, en cuanto a la persona gramatical, aparece en este relato? Compáralo con el del texto de Poe.**

Toda la historia está contada en primera persona, debido a que se trata de las vivencias de un personaje que escribe sobre él mismo. El cuento de Poe también comienza con un narrador en primera persona, pero el recurso al libro encontrado hace recurrir a una narración en tercera persona.

**-¿Qué tiempos diferentes aparecen en el relato?**

El momento en el que el protagonista está ingresado en el manicomio y ciertos acontecimientos pasados de su vida (el temor que sentía de volverse loco, la herencia que recibió, su matrimonio y los crímenes que cometió).

Esta pregunta se responderá de forma breve, a modo de recapitulación, puesto que ya se ha hecho referencia a la cuestión del tiempo al analizar la estructura. Se recordará el concepto de “*flash-back*”.

**-Hemos señalado que, en *El retrato oval*, la cita del libro sobre pintura genera verosimilitud. ¿Ocurre lo mismo en el cuento de Dickens con el manuscrito? ¿Podemos confiar en todo lo que dice el loco? Fíjate, sobre todo, en cómo describe el proceso de su locura.**

En este caso, el recurso al manuscrito no logra que el relato resulte creíble. El hecho de que nos la esté contando un loco hace que desconfiemos de la historia. En el proceso que describe de su enfermedad, primero se refiere a su temor a volverse loco y luego a cuando le afecta el mal. Ahora bien, sus actuaciones en ese tiempo en el que, según él, era cuerdo (se escondía, oía voces, se despertaba sobresaltado, etc.) demuestran que ya estaba loco cuando no se creía tal. Dichos comportamientos podrían ser, más bien, los primeros signos de su mal; la situación siguiente –que le lleva a cometer los crímenes–, un estado más avanzado de la locura.

Los alumnos reflexionarán sobre el hecho de que el cuento, contado desde un punto de vista determinado, podría variar si el narrador fuese otra persona. Los términos técnicos que pueden apuntarse en la lista que se comenzó en el comentario del primer relato son “manuscrito”, “subjetividad” y “objetividad”.

**4. Analiza la FORMA del relato atendiendo a los siguientes aspectos:**

**-Además de en el título, ¿en qué parte del texto vemos que se trata de un manuscrito?**

Cuando el protagonista describe el aspecto en que ve a su difunta mujer en la celda del manicomio: “La sangre se me congela en el corazón cuando escribo esto”.

**-Dickens consigue que, en lo que atañe a la locura, exista una correspondencia entre el contenido y la forma del relato. Señala el modo en el que la propia escritura refleja las exaltaciones del protagonista y pon ejemplos.**

El escritor logra este efecto al poner en boca del personaje numerosas exclamaciones: “¡Un loco! ¡Cómo sobrecogía mi corazón esa palabra hace años! ¡Cómo habría despertado el terror que solía sobrevenirme a veces!”, “¡Ja, ja! ¡Es algo grande estar loco!”, “¡Un hurra por el manicomio! ¡Ay, es un lugar excelente!”, “¡Cómo me alababan! ¡Cómo se humillaban ante mí aquellos tres hermanos orgullosos y despóticos!”, “¡Sonreír!”, “Me dijo que mi esposa estaba loca... ¡a mí, al loco!”, “¡Sangre, sangre!”, etc.

La actividad sirve para que los estudiantes sean conscientes de que, gracias a la forma, el contenido cobra mayor fuerza. Los términos que pueden incluirse en la lista mencionada arriba son “plano del contenido” y “plano de la expresión”.

**-Como en el relato de Poe, en este aparece alguna digresión. Señálala y cita cómo el narrador retoma los acontecimientos que estaba relatando.**

El ejemplo más claro ocurre en el momento en que el protagonista se dispone a contar cómo se descubrió que estaba loco. La digresión aparece cuando, antes de narrar estos hechos, reflexiona sobre una posible fuga del manicomio: “Miren cómo se curva esta barra de hierro con mis furiosos tirones. Podría romperla como si fuera una ramita, pero sé que detrás hay largas galerías con muchas puertas; no creo que pudiera encontrar el camino entre ellas; y aunque pudiera, sé que allá abajo hay puertas de hierro que están bien cerradas con barras”. La fórmula que emplea para regresar a lo que estaba contando es “Veamos, sí, había sido descubierto”.

El profesor puede introducir los términos de “cohesión” y “coherencia”, aspectos presentes en el hecho de retomar una información que se ha interrumpido.

**-Al igual que Poe, Dickens emplea comparaciones en su relato. Señala ejemplos.**

“Muéstrenme al monarca cuyo ceño colérico haya sido temido alguna vez más que el brillo de la mirada de un loco... cuyas cuerdas y hachas fueran la mitad de seguras que el apretón de un loco”, “Ser contemplado como un león salvaje a través de los barrotes de hierro... rechinar los dientes y aullar”.

**-En el relato se recogen las palabras que el protagonista dirige al hermano de su esposa. En una de sus intervenciones, quiere dar a entender lo contrario de lo que dice. Señala el fragmento. ¿Sabes cómo se denomina este recurso retórico?**

“-Quería usted mucho a su hermana cuando ella vivía -le dije-”. El recurso, que el protagonista emplea para censurar la actuación de su cuñado, es la ironía.

**-En numerosas ocasiones, nos hemos referido al protagonista del relato como “el loco”. Si fuera una persona real, ¿le resultaría insultante este término? ¿Qué otra palabra, menos ofensiva, podríamos emplear?**

En el comentario del texto, el término no resulta insultante porque no nos estamos refiriendo a nadie real, sino a un personaje literario. Simplemente estamos empleando la palabra que eligió Dickens. Además, si el protagonista fuese una persona real, posiblemente no se sentiría ofendido por referirnos a él así, pues él mismo se llama “loco”. Ahora bien, en la vida real, por ejemplo para las familias en las que un miembro padece la misma enfermedad, pueden resultar ofensivos vocablos como “loco”, “pirado” o “chalado”. Demostraría más educación decir “discapacitado psíquico” o “enfermo mental”.

Este ejercicio persigue que los estudiantes reflexionen, con el fin de evitar emplearlas, sobre que ciertas palabras hieren a las personas. Podríamos incorporar a la lista de términos el de “lenguaje políticamente correcto”.

**5. ¿Por qué crees que en este relato la historia no se sitúa en ningún LUGAR geográfico, tal y como sí sucede en el texto de Poe?**

Porque a Dickens no le preocupa situar su relato en un lugar concreto, sino fijarse en el manicomio –espacio que podría encontrarse en cualquier país– y en la condición de la locura del protagonista. Narra una historia universal, que el ser humano puede vivir en cualquier parte del mundo.

**6. Escribe, en no más de una cara de folio, una versión diferente del relato de Dickens. Trabaja con los mismos personajes, pero varía los acontecimientos. Puedes emplear alguna de las siguientes sugerencias:**

- . El loco es pobre y nunca ha heredado ninguna fortuna.**
- . Antes de matar a su esposa, ha nacido un hijo dentro del matrimonio.**
- . Después de matar al hermano de su mujer, el loco huye y no consiguen atraparlo.**

Este taller creativo servirá de entrenamiento para el relato que los alumnos crearán al final de la secuencia. Será interesante que, terminado el ejercicio, lean la obra de sus compañeros.



## **7. Actividades de AMPLIACIÓN y PROFUNDIZACIÓN:**

**-Investiga la responsabilidad que puede corresponder a los asesinos, según las circunstancias en las que cometen el crimen.**

Se averiguarán qué condiciones libran al asesino de responsabilidad criminal: la minoría de cierta edad, la legítima defensa o la alteración psíquica –este último es el caso del protagonista del relato, que es ingresado en el manicomio y no en la cárcel–.

A partir del relato, se dirigirá la atención de los alumnos hacia un tema que va más allá de la Literatura y que forma parte de la vida real. Se trata de un asunto que puede resultar interesante a algunos adolescentes, en especial a aquellos que estén planteándose estudiar Derecho. El profesor indicará que la búsqueda de información podrá llevarse a cabo en diferentes fuentes (el Código Penal, algún conocido que forme parte del mundo de las leyes, etc.). Quienes realicen esta tarea podrán exponer después a sus compañeros la información obtenida.

**-Elabora un árbol genealógico en el que figuren los personajes del relato. Nombra las distintas relaciones familiares que se establecen entre ellos.**

Aparecerán el abuelo, el padre del protagonista y este, al que se unirá mediante un símbolo de alianzas con la mujer. También aparecerán el padre y los hermanos de esta. Deberán apuntarse términos como “abuelo”, “padre”, “hijo”, “nieta”, “marido”, “mujer”, “hermana”, “cuñado”, “suegro”, “yerno” o “nuera”.

El ejercicio motivará a los alumnos a los que les entretenga realizar este tipo de cuadro descriptivo. Es posible que no todos tengan claros los términos referidos a los parentescos: a veces puede escucharse “\*nuero”, etc.

**-Lee el relato de Roald Dahl *Cordero asado* y señala en qué se parece al texto de Dickens.**

Se indicarán aspectos como que en la historia de Dahl también se produce un asesinato dentro de un matrimonio –aunque en este caso es la mujer la que mata al marido– o que quien comete el crimen se construye una coartada, al igual que hace el loco de Dickens: “Dejé la cuchilla en el cajón habitual, abrí la puerta y grité en voz alta pidiendo ayuda”.

Esta actividad sirve para que el profesor recomiende una lectura más a los alumnos, para que estos disfruten con ella y para que establezcan comparaciones entre obras distintas.

**Actividades sobre *Al otro lado de la pared* (1909)**  
**Ambrose Bierce (1842-1913), escritor estadounidense**

El tercer relato propuesto para esta secuencia es *Al otro lado de la pared*, de Ambrose Bierce. Al igual que en los anteriores, en este aparece una historia sentimental entre un hombre y una mujer, de la que al final solo queda su espectro.

Los alumnos leerán el texto en horario extraescolar. Se dedicará una clase y media a comentarlo.

**1. Señala los elementos del relato que generan un ambiente propio de las historias de terror.**

La atmósfera tenebrosa aparece cuando el personaje que empieza a narrar la historia visita a su amigo Dampier. Lo hace una noche en la que el temporal –tormenta y ráfagas fuertes de viento– provoca que los árboles generen un estruendo. Además, el amigo vive en una zona poco poblada, en la que las calles están desiertas. El propio texto describe el entorno como “tétrico”. La casa es grande y la única parte iluminada es la torre en la que se reúnen ambos.

**2. Responde a las siguientes preguntas, que tratan sobre los PERSONAJES:**

**-¿Qué personaje presenta un aspecto físico que, al igual que el ambiente, genera terror en el lector? Señala las sensaciones que produce en otros personajes.**

Se trata de Mohum Dampier, en el que su amigo nota un enorme cambio: “A pesar de ser de mediana edad, tenía canas y andaba bastante encorvado. Lo encontré muy delgado; sus facciones eran angulosas y su piel, arrugada y pálida como la muerte, no tenía un solo toque de color. Sus ojos, excepcionalmente grandes, centelleaban de un modo misterioso”. El relato explicita las sensaciones que tanto Dampier como el ambiente producen en el hombre de negocios: “La apariencia del lugar me produjo cierto estremecimiento”, “Me sentí dominado por una profunda tristeza al ver el gran cambio que había sufrido”, “Me miró a los ojos con una seriedad que me produjo angustia”, “La situación era desconcertante”, “No tengo necesidad alguna de espectros para sentirme cómodo y tranquilo”.

Este ejercicio pretende dar a los estudiantes pistas para cuando tengan que escribir: quienes aparecen en los relatos de terror son feos, deformes, etc. Además, busca que se den cuenta de que los personajes pueden describirse no solo por su aspecto físico, sino también por cómo se sienten.

**-¿Cuál es el nivel sociocultural de los dos amigos?**

Pertenecen a una clase económica privilegiada: el que está de viaje es un hombre de negocios, que en Hong Kong ha conseguido una fortuna que le permite contar con un conductor particular; Dampier pertenece a una familia aristocrática, de la que ha heredado gran cantidad de bienes. Aparecen como cultos y conocedores de latín; Dampier estudia temas relacionados con el ocultismo.

**-¿Cuáles son las actitudes de estos dos personajes respecto al ocultismo? Señala las referencias a este tema que aparecen en el relato.**

El hombre de negocios, al principio, parece que no cree en el ocultismo, por considerarlo algo opuesto a la ciencia: “Afortunadamente gozaba [se refiere a su amigo] de una buena salud mental que lo protegía contra creencias extravagantes y peligrosas. Sus incursiones en el campo de lo sobrenatural se mantenían dentro de la región conocida y considerada como certeza”. Ahora bien, a medida que avanza el relato, se muestra que no quiere creer por temor, pero él mismo ha sido testigo de sucesos sobrenaturales: “Creo que la mayoría de nosotros ha tenido más experiencias de este tipo de comunicación [los golpes que oye en la pared de casa de su amigo] de las que nos gustaría contar”, “El incidente no resultaba en sí especialmente misterioso; había una docena de explicaciones posibles (ninguna de las cuales se me ha ocurrido todavía)”. Por su parte, Dampier, que se dedica a estudiar estos temas, se los toma en serio; de hecho, es consciente de su destino, de que el alma de la muchacha se le aparece como indicio de castigo por la actitud que mostró hacia ella. Podrán señalarse otras referencias al tema del ocultismo: “Existe un lenguaje mejor en el lugar al que me dirijo. ¿Tendrías algún inconveniente en recibir un mensaje en dicha lengua?”, “Mientras estaba concentrado en algunos de mis estudios sobre el infierno”, “A media noche hubo algo, un poder maligno empeñado en acabar con mi paz para siempre”, “El Enemigo de la Paz intervino de nuevo en mis asuntos con una pícara sugerencia de venganza”, “¿Se pueden decir misas por el descanso de almas que, en noches como esta, están lejos, «por espíritus que son llevados de acá para allá por vientos caprichosos», y que aparecen en la tormenta y la oscuridad con signos y presagios que sugieren recuerdos y augurios de condenación?”, “Esta noche se completa la «tríada fatal»”, “Aquella noche, en la soledad de su tristeza y remordimiento, entró en el reino de lo Desconocido”.

**-¿Qué concepción tiene Mohum Dampier del amor?**

Se enamora de la joven a primera vista, pero se propone no declararle su amor debido a la diferencia de clase que existe entre ambos: “La unión con aquella familia habría significado llevar su forma de vida, alejarme de mis libros y estudios y, en el aspecto social, descender al nivel de la gente de la calle”. Además, le parece que el amor es más puro si no se convierte en algo físico: “Encontraba un encanto exquisito en una relación impersonal y espiritual que el conocimiento podría convertir en vulgar”. Para no ir en contra de estos principios, decide dejar de verla.

**-Además del amor, ¿qué otros sentimientos experimenta Dampier hacia la joven?**

Cuando ella, tras varios días sin responder a los golpes de Dampier, restablece la comunicación, él siente un deseo de venganza: “Como ella me había ignorado cruelmente durante mucho tiempo, yo le pagaría con la misma moneda”. Finalmente, cuando se entera de que ha muerto y de que él no ha respondido a la última voluntad de una enferma, experimenta arrepentimiento, que le perseguirá hasta el fin de sus días: “¡Qué tontería! ¡Que Dios sepa perdonármela!”, “¿Cómo podía reparar mi error?”.

Con esta pregunta y con la anterior, los alumnos analizarán los sentimientos de los personajes e identificarán las relaciones que se establecen entre ellos.

**-Compara cómo Bierce caracteriza a los personajes masculinos y cómo describe a los femeninos.**

Ya nos hemos referido a que los hombres son ricos y cultos. Casi todas las características que el escritor otorga a los personajes femeninos, por el contrario, son negativas: se describe a la tía de la joven como “una gruesa señora de edad, inaguantable”; y a la casera de Dampier, como cotilla. Las únicas virtudes que se destacan de la chica de la que él se enamora son las referidas al aspecto físico —es “sumamente bella”, lleva un “ligero vestido”—; por lo demás, pertenece a una clase social más baja que la de él, y aparece debilitada y enferma. Además, el relato se cuenta únicamente desde el punto de vista de los personajes masculinos.

**3. Analiza la NARRACIÓN y el TIEMPO atendiendo a las siguientes preguntas:**

**-Describe la técnica narrativa presente en este relato, comparándola con la de *El retrato oval*.**

Como en el relato de Poe, al principio aparece un narrador en primera persona que, al contrario que en *El retrato oval* —en el que después se pasa a la tercera persona—, se mantiene a lo largo de toda la historia. En el texto de Bierce, los hechos primero están contados por el hombre de negocios y, a continuación, por Dampier, que pasa a ser el

narrador en primera persona y descubre al lector los acontecimientos relativos a la muchacha enferma. La visita del hombre de negocios es el marco de la historia sobre la relación entre Dampier y la joven, al igual que en el relato de Poe lo que sucede entre el pintor y la esposa está introducido por la llegada al castillo de los dos personajes a los que se presenta primero.

**¿Cuántos tiempos diferentes aparecen en *Al otro lado de la pared*?**

Al igual que el cuento de Poe, este comienza con un tiempo en pasado (cuando el hombre de negocios regresa a su país), a partir del cual se cuenta una historia que ocurrió antes (diez años atrás). El recurso al *flash-back* se explica por el hecho de que la narración principal (la historia entre Dampier y la joven) esté enmarcada.

**4. Actividades de AMPLIACIÓN y PROFUNDIZACIÓN:**

**-Al principio del cuento, el narrador reflexiona sobre la correspondencia que mantuvo con Dampier con las siguientes palabras: “La escasa disposición a redactar una sencilla carta de tono social está en razón del cuadrado de la distancia entre el destinatario y el remitente”. Escribe un breve ensayo atendiendo a las siguientes cuestiones: ¿A qué tipo de cartas se refiere Bierce? ¿Qué formas de comunicación a distancia existen en la actualidad? ¿Crees que permiten establecer relaciones duraderas?**

El autor se refiere a las cartas manuscritas, que en la actualidad apenas se escriben debido a que las nuevas tecnologías han provocado un cambio en las formas de comunicación. Entre otras cuestiones, podrá mencionarse que hoy en día las personas mantienen relaciones a distancia a través de las conversaciones telefónicas, de los correos electrónicos –el más claro sustituto de las cartas en papel– o del WhatsApp. Es difícil que estas formas de comunicación desaparezcan –a no ser que sean sustituidas por otras todavía más modernas–, debido a que tanto el acto de ponerlas en práctica –el lenguaje suele ser más informal que el de una carta escrita– como el de recibirlas –los mensajes llegan a cualquier parte del mundo de manera inmediata– suponen menor esfuerzo y espera.

El ensayo se entregará al profesor. El hecho de que los alumnos empleen a diario las formas modernas de comunicación citadas los hace conocedores de la materia, y reflexionar sobre algo que ellos mismos ponen en práctica puede resultarles interesante.

**-Nos hemos referido ya a que Bierce no caracteriza de la misma forma a los personajes masculinos que a los femeninos. En la actualidad diversos sectores –en**

**especial, los feministas– analizan qué imagen de los hombres y de las mujeres ofrecen, por ejemplo, los medios de comunicación. En la época de Bierce, estas recibían un trato discriminatorio mayor que hoy en día; sin embargo, en la actualidad ambos sexos siguen sin contar con las mismas oportunidades. Documentate y muestra ejemplos de derechos que no siempre se han concedido de igual forma a hombres que a mujeres, y de tratos discriminatorios que sufren hoy en día estas.**

Los estudiantes podrán referirse al voto en las elecciones políticas o a la asistencia a la universidad, derechos de los que antes carecían las mujeres. En lo que respecta al momento actual, es probable que se traten temas como el sexismo en la publicidad, las diferentes condiciones laborales entre ambos sexos, etc.

Los alumnos que deseen llevar a cabo esta tarea se lo comunicarán al docente, para que este les informe sobre las distintas posibilidades de realizarla: escribir un ensayo, elaborar una pequeña exposición oral para sus compañeros, etc.

**-Escribe un breve texto sobre las semejanzas y las diferencias entre Dampier y el loco del relato de Dickens.**

Los dos creen en el destino: el protagonista del cuento de Dickens es consciente de que va a heredar la locura de su abuelo, y Dampier sabe que morirá condenado por no haber contestado a las llamadas de la muchacha enferma. Además, ambos reflexionan sobre el matrimonio: mientras que el loco se casa con una joven sin muchos recursos, Dampier no está dispuesto a contraer matrimonio con alguien que pertenece a una clase social inferior a la suya.

El escrito se entregará al profesor para que este comente lo que considere necesario.

**-Señala en el mapa que has realizado al principio de esta secuencia los lugares citados en el relato de Bierce.**

Se localizarán Hong Kong, donde el hombre de negocios trabaja; Nueva York, la ciudad de la que procede; y San Francisco, donde pasa una semana para visitar a Dampier.

### **Actividades sobre *La leyenda de Sleepy Hollow* (1820) Washington Irving (1783-1859), escritor estadounidense**

El siguiente relato que se comentará es *La leyenda de Sleepy Hollow*, de Washington Irving. Para comprobar los conocimientos previos de los alumnos, antes de proponerles

la lectura, el docente les preguntará si han visto la versión cinematográfica de Tim Burton; si alguno lo ha hecho, podrá contar a sus compañeros de qué trata, para que vayan familiarizándose con el contenido y con su protagonista (el jinete sin cabeza).

Dado que es un texto más largo que los anteriores, el profesor encargará a los alumnos con varios días de antelación que lo lean atentamente. Deberán subrayar todas aquellas cuestiones que hemos comentado en relación con los cuentos anteriores (espacio, narración, tiempo, etc.) y cualquiera que llame su atención, con el fin de tenerlas localizadas en la medida de lo posible durante el comentario. Será conveniente que busquen el significado de las palabras que no entienden (entre las que pueden encontrarse “parvas”, “zahúrdas”, “ronzal”, “cincha”, “jamelgo”, “plañidero”, etc.).

Además, el profesor de Literatura Universal podrá comentar al de Historia que van a analizar un relato ambientado en la Guerra de Independencia de Estados Unidos. Sería interesante explicar a los alumnos este periodo histórico al mismo tiempo, para que puedan relacionar contenidos de diversas áreas. Tanto esta coordinación entre docentes como la propuesta de búsqueda del significado de las palabras desconocidas persiguen solucionar la previsión de dificultades que ha llevado a cabo el profesor.

La duración prevista para el comentario es de tres sesiones.

### **1. Comenta y señala las diferentes maneras en las que aparece la naturaleza en este relato.**

Por un lado, se describe en su forma más bella en fragmentos como: “Un vallecito situado entre altas colinas, que es uno de los más tranquilos lugares del mundo. Corre por él un riachuelo, cuyo murmullo es suficiente para adormecer al que lo escucha; el canto de los pájaros es casi el único sonido que rompe aquella tranquilidad uniforme”, “Era una bella tarde de otoño: el cielo estaba claro y sereno y la naturaleza llevaba aquel ropaje rico y áureo que siempre asociamos con la idea de la abundancia. El bosque tenía un color amarillo y pardo”. La vivienda de Baltus Van Tassel también responde a esta descripción idílica: “Daba sombra a la casa un árbol de gran tamaño, al pie del cual brotaba una fuente de la más límpida agua que, formando un estanque, se deslizaba después entre los pastos, corriendo hasta un arroyuelo cercano”. Por otro lado, la naturaleza contribuye a crear un clima propio de los relatos de terror: “¡Qué terribles formas y sombras se cruzaban en su camino, a la claridad débil y espectral de una noche de nevada! ¡Con qué ansiosa mirada observaba el más débil rayo de luz que provenía de alguna ventana distante! ¡Cuántas veces le asustó un arbusto cubierto de nieve! [...]”

¡Cuántas veces se sentía próximo a desmayarse por confundir el movimiento de los árboles, causado por una ráfaga de viento, con el jinete sin cabeza!”, “Un puente de madera; tanto el camino que conducía a él como este mismo estaban sumergidos en la profunda sombra que daban los árboles que lo rodeaban, aun en pleno día, y que de noche producía una terrible obscuridad”.

## **2. Responde a las siguientes preguntas, referidas a los PERSONAJES:**

**-¿Qué tipo de descripción se emplea para referirse al aspecto físico de Ichabod Crane? Señala fragmentos del texto que ejemplifiquen tu comentario.**

Se trata de una caricatura, descripción satírica en la que son frecuentes las exageraciones: “Era alto, excesivamente flaco, de hombros estrechos, largo de brazos y piernas y manos que parecían estar a una legua de distancia de las mangas. Su cabeza era pequeña, plana vista desde arriba, provista de enormes orejas, grandes ojos vidriosos y verduscos y una nariz grande, prominente, por lo que parecía un gallo de metal de una veleta, que indica el lado del cual sopla el viento. Al verle caminar en un día tormentoso, flotando el traje alrededor de su cuerpo esmirriado, se le podía haber tomado por el genio del hombre que descendía sobre la tierra”. El narrador también se burla de la imagen de Crane cuando se dirige a la fiesta en casa de Katrina con un caballo prestado: “El animal que montaba era un caballo de arar, medio deshecho, que había sobrevivido a todo, excepto a sus propias malas intenciones. Era flaco y su pelo nunca había sido cuidado; tenía el cuello de un borrego y una cabeza como un martillo; sus crines formaban toda clase de nudos; uno de sus ojos había perdido la pupila, por lo que parecía incoloro y espectral, pero el otro brillaba como el de un verdadero demonio”, “Crane era una figura digna de tal cabalgadura. Montaba con estribos cortos; sacaba los codos hacia afuera como un saltamontes”.

El término “caricatura” podrá incluirse en la lista de términos relacionados con Lengua y Literatura.

**-¿Qué contrastes se establecen en el carácter de Crane?**

Su actitud en la escuela, donde se muestra autoritario, contrasta con la que presenta en otras situaciones. En las casas de quienes le alojan, por ejemplo, se comporta de forma amable: “Para que esta carga no fuera muy onerosa para la bolsa de sus rústicos protectores, que se inclinaban a considerar la escuela como un gasto superfluo y que tenían a los maestros por simples zánganos, Crane se valía de diferentes procedimientos para hacerse útil y agradable”. El contraste se explicita en el siguiente fragmento:



“Dejaba de un lado toda aquella dignidad e imperio absoluto con los que dominaba su pequeño reino escolar”. También aparece como un cobarde, cuando regresa a casa y recuerda las leyendas que ha escuchado en la fiesta. Si sus alumnos lo respetan, Brom Van Brunt lo ridiculiza en diversas ocasiones y Crane no se da cuenta (por ejemplo, cuando le destroza la escuela, el maestro cree que han sido las brujas).

**-Compara la clase social a la que pertenece Crane con la de los protagonistas de *El manuscrito de un loco* y *Al otro lado de la pared*. ¿Qué tiene que ver la comida con el poder económico del maestro?**

Crane no es rico, mientras que los personajes principales de los relatos de Dickens y de Bierce sí. El protagonista de la obra de Irving tiene un empleo como profesor que no le aporta un sueldo suficiente para vivir, por lo que se aloja en las casas de las familias de sus alumnos y realiza otros trabajos, como enseñar el canto de los salmos. Pretende seducir a Katrina no solo por su belleza, sino también por la riqueza del padre de la muchacha. La comida despierta el apetito de Crane, que aparece caricaturizado pensando en todos los alimentos de los que disponen las personas con las que vive: “Su mente, continuamente torturada por el hambre, le hacía imaginarse todo lechón sabrosamente metido en un pastel y con una manzana en la boca; [...] los gansos nadaban en su propia grasa, y los patos por pares, como marido y mujer, envueltos en salsa de cebolla”, “Veía por todas partes una gran cosecha de manzanas: algunas colgaban opulentas de los árboles; otras se encontraban ya en cestos, prontas para ser enviadas al mercado; otras se amontonaban para la prensa de sidra. Más allá veía extensos campos de maíz cuyas doradas panojas sobresalían entre el follaje, y que prometían dorados pasteles y maíz tostado”.

Esta pregunta y las anteriores servirán para atender al hecho de que se describe a Crane en sus numerosas facetas (profesión, gustos, etc.).

**-Comenta la forma en la que aparecen caracterizadas las mujeres en este relato. ¿Es un trato discriminatorio?**

Sí es un trato discriminatorio, puesto que se destacan sobre todo sus cualidades físicas o su condición de amas de casa: “Acompañaba a sus casas a los [alumnos] menores que se distinguían por tener hermanas bonitas o por ser sus madres muy reputadas por la excelencia de su cocina”, “Induciendo a veces al ama de casa a sacar a relucir la tetera de plata”, “Las viejas mujeres holandesas, mientras hilaban al lado del fuego, donde se asaban las manzanas”, “Era [Katrina Van Tassel] una bellísima niña de dieciocho años, bien metida en carnes, madura de tez y sonrosada [...] Era algo coquetuela, como se

veía en su vestido, que era una mezcla [...] muy apropiada para hacer resaltar sus encantos. Llevaba [...] una falda provocadoramente corta”, “Crane tenía corazón blando y veleidoso, que se parecía por el bello sexo [Katrina]. No es de extrañar que muy pronto se decidiera por un bocado tan tentador”, “Su mujer [la de Van Tassel] estaba demasiado ocupada con la casa y el cuidado del gallinero [...] o trabajaba en la rueca”. Su físico hermoso lleva a los hombres a considerarlas meros objetos (“Elegió a Katrina como objeto de sus galanterías”), trato al que ellas pueden corresponder o no (“Algunas parecen tener solo un punto vulnerable o puerta de entrada, mientras que otras parecen tener millares de avenidas, por lo que pueden ser conquistadas de mil maneras distintas”). La inteligencia aparece descrita como un don exclusivo de los varones: “El maestro de escuela es un hombre de cierta importancia en los círculos femeninos de una región rural”; las mujeres se limitan a contar relatos fantásticos “acerca de aparecidos, de espíritus, casas, arroyos, puentes y campos encantados, y en particular del jinete sin cabeza”. Cuando se destaca el nombre de alguna, siempre se hace referencia al hombre del que depende: “Katrina Van Tassel, hija única de un rico labrador holandés”. Además, se dice que las mujeres complican la vida de los hombres: “Hubiera sido un hombre feliz [...] si no se hubiera cruzado en su camino un ser que causa más preocupaciones a los hombres mortales que los aparecidos, los espíritus y todas las brujas juntas: una mujer”. Los prototipos del hombre como cabeza de familia y de la mujer como objeto también se reflejan en los animales: “Las palomas [...] cortejaban a sus damas”, “El valiente gallo, ese modelo de esposo, de soldado y de caballero [...] llamando entonces generosamente a su siempre hambrienta familia para que compartiera el riquísimo bocado que acababa de descubrir”.

### **3. Contesta a las siguientes cuestiones sobre la NARRACIÓN y el TIEMPO:**

#### **-¿Qué sabemos del narrador de *La leyenda de Sleepy Hollow*?**

Es un narrador en primera persona. Se dice que es adulto y que, en el pasado, se dedicó a la caza en el lugar en el que sitúa la historia que cuenta. Al final, descubrimos que se apellida Knickerbocker, y que los hechos que cuenta se los había relatado un señor en Manhattan.

Es posible que los estudiantes comenten que la nota incluida al final puede hacer considerar el relato una narración enmarcada, en la que la reunión que Knickerbocker mantuvo en Manhattan introduce la historia de Sleepy Hollow.

#### **-¿Qué tiempos aparecen en el texto?**

El narrador relata una historia que ocurrió hace “muchos años”, cuando él visitó el lugar. Los hechos a los que se refiere se sitúan en la vida de Ichabod Crane, “en un remoto período de la historia americana”.

**-¿Es creíble la historia que se cuenta en este relato? Señala las partes del texto referidas a la cuestión de la verosimilitud.**

El relato no transmite la sensación de que los sucesos ocurrieron como se cuenta. Se emplean expresiones propias de los rumores (“Se dice que es el espíritu de un soldado de las tropas del gran duque de Hesse al que una bala de cañón le arrancó la cabeza”), se escriben varias versiones de los hechos (“Algunos dicen que un doctor alemán embrujó el lugar, en los primeros días de la colonia; otros afirman que un viejo jefe indio celebraba aquí sus peculiares ceremonias”; a propósito de la desaparición de Crane, puede que lo atacara el jinete sin cabeza, que se trasladase de lugar, o que desapareciese de forma sobrenatural) y, respecto a las hazañas relatadas sobre la guerra, el narrador escribe que la transmisión oral, a lo largo del tiempo, deforma el modo de contar los hechos. Quien relata la historia afirma que no está seguro de si lo que cuenta realmente sucedió de ese modo, y recurre constantemente a lo que dijeron otros: “Yo no aseguro este hecho, sino que simplemente me limito a hacerlo constar para ser exacto y veraz”, “Algunos de los más fidedignos historiadores de estas regiones, que han coleccionado y examinado cuidadosamente las versiones acerca de este espectro, afirman que el cuerpo del soldado fue enterrado en la iglesia, que su espíritu vuelve a caballo al escenario de la batalla en busca de su cabeza”, “Esta es la opinión general acerca de esta superstición legendaria”, “Yo mismo no creo ni la mitad”.

En la lista de términos lingüísticos y literarios, se incluirá la voz “polifonía”.

#### **4. Analiza la FORMA del relato atendiendo a las siguientes cuestiones:**

**-Señala los recursos literarios que emplea Irving en esta obra.**

Aparecen comparaciones referidas al ambiente de la escuela (“El murmullo de las voces de los alumnos recitando sus lecciones parecía [...] algo así como el runrún de una colmena”), a las distintas actitudes que Crane muestra como profesor y como huésped (“Se congraciaba a los ojos de las madres, acariciando a los chiquillos, particularmente a los más pequeños; como el león que de puro magnánimo se hizo amigo de la oveja”), a elementos de la naturaleza (“Un arbusto cubierto de nieve, que parecía un espectro revestido de una sábana”), al aspecto de Katrina (“Sonrosada como una de las peras de la huerta de su padre”), a la dificultad de seducir a Katrina (“Dificultades mayores que

las de los caballeros andantes del año de Maricastaña”), al trato que Brom Van Brunt ofrece a Katrina (“Sus escarceos amorosos se parecían a las gentiles caricias de un oso”) o a la apariencia de Crane (“Provisto de caballería, salió, como un caballero errante, en busca de entuertos que deshacer”). También hay metáforas, empleadas para referirse al hecho de que Crane no posea un alojamiento fijo (“Esta vida errante le convertía en una especie de gaceta ambulante”), a los pretendientes de Katrina (“Que guardaban celosamente todas las puertas que conducían a su corazón”) o al aspecto y al carácter de Brom Van Brunt (“Sus rivales, que no sentían ninguna inclinación por entrometerse en los amores de un león”).

Esta actividad pretende que los alumnos aprecien la belleza del lenguaje de Irving y sean conscientes de que los recursos literarios no solo se emplean en poesía.

**-¿Qué nombres propios recogidos en este relato resultan transparentes? Justifica tu respuesta.**

El fragmento “Tarry Town. Se dice que le dieron este nombre las buenas mujeres de las regiones adyacentes por la inveterada propensión de sus maridos a pasar el tiempo en la taberna de la villa” se comprende íntegramente si el lector sabe que “tarry” significa ‘tardar, demorar’. La traducción de “Sleepy Hollow”, ‘valle de las ensoñaciones’, tiene que ver con la tranquilidad del escenario y con el hecho de que sus habitantes crean en historias fantásticas. A Brom Van Brunt se le llama Brom Bones, seguramente porque es duro como los huesos (en inglés, “bones”).

La causa de que el lugar se llame Sleepy Hollow queda explicada en el relato, pero no ocurre lo mismo con los otros dos casos. Es probable que los estudiantes conozcan el significado de “bones”. Será conveniente disponer en clase de un ordenador con acceso a Internet para buscar qué quiere decir, si nadie lo sabe, “tarry”. En esta actividad, se va más allá de la Lengua castellana y se repasa vocabulario en inglés. Además, el docente podrá comentar que, si los estudiantes trabajasen como editores, podrían incluir notas a pie de página con los significados de “tarry” y de “bones” para que los lectores comprendan perfectamente el texto.

**-¿Consigue el lector evadirse completamente al leer el cuento? Justifica tu respuesta.**

No, puesto que el narrador, en diversas ocasiones, se refiere al hecho de que está contando una historia y apela al lector, lo que impide que este viaje con su mente hasta el ambiente narrado: “No quisiera que el lector se imagine que Crane era [...]”, “Conforme al verdadero espíritu de una historia romántica, debo describir algunos

detalles de mi héroe y su cabalgadura”, “Como ya lo he hecho notar”, “Me gustaría detenerme sobre el conjunto de encantos que se presentó a la entusiasmada mirada de mi héroe”, “Casi en el mismo orden que lo he enumerado”, “Debo tomar aliento y tiempo para detallar este banquete como se merece, y tengo los mejores deseos de proseguir rápidamente con mi historia. Felizmente, Crane no tenía tanta prisa como su cronista”, “En la época a que me refiero”, “Un viejo caballero, cuyo nombre no daremos por ser un *mynheer* demasiado rico para que lo mencionemos a la ligera”, “No pretendo decir lo que pasó en aquel coloquio, pues realmente no lo sé”.

Los alumnos reflexionarán sobre el hecho de que el escritor no siempre persigue que el lector se introduzca en la historia narrada.

### **5. Actividades de AMPLIACIÓN y PROFUNDIZACIÓN:**

**-Señala las referencias a personajes (mitológicos, santos, etc.) que aparecen en el relato, e investiga sobre ellos para comprender por qué el autor las introduce.**

Se mencionan santos como san Nicolás, al que invocan los marinos; y san Vito, patrón de los bailarines. Hay referencias a la obra que ha leído Crane, *Historia de la brujería en Nueva Inglaterra*, que refleja las creencias del maestro. Conviene saber que Maricastaña vivió en el siglo XIV para comprender que la expresión “del año de Maricastaña” se refiere a un momento pasado. Entre los personajes mitológicos, se cita a Aquiles para comparar su condición de amante con la de Crane; a Hércules en el adjetivo “hercúleo”, con el que se describe el cuerpo fornido de Brom Van Brunt; y a Mercurio y su casco alado, que se emplean para reflejar la rapidez del jinete que derrota al protagonista.

Esta actividad demuestra que la cantidad de conocimientos que posee un lector contribuye a que comprenda en mayor o menor medida un texto.

**-Otro título con el que suele hacerse referencia a este relato es *La leyenda del jinete sin cabeza*. ¿Crees que resulta más acertado? Justifica tu respuesta apoyándote en la estructura del texto.**

*La leyenda del jinete sin cabeza* no es un título más acertado, puesto que el personaje al que se refiere aparece menos que Crane, verdadero protagonista de la historia. El relato es bastante extenso, y el narrador incluye en cada parte descripciones detalladas: primero del valle, a continuación entra en escena Crane y se explica cómo es la escuela, después se habla de la familia y de la casa de Katrina, más tarde de Brom Van Brunt y, por último, de la fiesta y de las historias que en ella se cuentan así como de la

desaparición de Crane. El jinete sin cabeza, que se menciona en diversas ocasiones, no entra en acción hasta el final –suponiendo que quien lanza el melón al maestro no es Brom Van Brunt–.

Los estudiantes escribirán su respuesta y podrán proponer otro título para el relato, en el que se resalte la figura de Ichabod Crane. Entregarán la tarea al profesor.

**-¿Cómo es el modelo educativo que aparece en el cuento, en lo que respecta al grado de autoridad de los docentes? Investiga la evolución que se ha producido en los últimos años. Puedes preguntar a tus padres o a tus abuelos, así como localizar alguna noticia reciente en los medios de comunicación.**

Se trata de un modelo en el que el docente representa el poder: “La voz autoritaria del maestro, en tono de amenaza o de orden, o quizás por el sonido de la vara, que hacía marchar por el florido sendero del conocimiento a alguno de sus discípulos. Ciertamente era un hombre concienzudo que siempre recordaba aquella máxima de oro: «Ahorra la vara y echa a perder al niño»”, “Tenía en la mano la palmeta, símbolo de su despótico poder. La vara con que se administraba justicia reposaba detrás del trono, desde donde era perfectamente visible como perpetua advertencia para los malos. Sobre la mesa se veían numerosos artículos de contrabando y armas prohibidas, secuestradas a los chiquillos [...] Hacía poco que se había administrado algún terrible acto de justicia, pues todos los escolares estudiaban sus libros con extraordinario ahínco”. Respecto a cómo ha evolucionado esta cuestión, los estudiantes podrán preguntar a sus padres o a sus abuelos si ellos presenciaron malos tratos cuando iban al colegio. Para reflejar el cambio que se ha producido, se recogerán noticias recientes que narren, por ejemplo, que un docente ha sido denunciado por los servicios sociales o por las familias de los alumnos por llevar a cabo un abuso de su autoridad.

Los alumnos entregarán al profesor el trabajo escrito.

**-Comenta el cuadro de John Quidor *Ichabod Crane perseguido por el jinete sin cabeza* (1858), describiendo el ambiente que en él aparece y narrando los hechos del relato de Irving que refleja la obra pictórica.**



En el cuadro se describe la escena en la que Crane, montado en el caballo que le han prestado, intenta escapar del jinete que le persigue después de la fiesta. El hombre sin cabeza alza una calabaza —en la traducción del cuento que incluyo en el anexo, se habla de un melón—, con la que se dispone a derrotar al maestro. Este está asustado, al igual que su animal, al que se le ha desprendido la montura. El otro caballo refleja furia. La escena se sitúa en un bosque poblado de troncos arrancados por el viento.

Los estudiantes analizarán, brevemente y por escrito, la relación que se establece en este caso entre disciplinas artísticas distintas.

**-Compara la obra de Irving con la película de Tim Burton *Sleepy Hollow* (1999), basada en este relato.**

Los estudiantes podrán comentar, entre otras semejanzas, la ambientación de la historia —una colonia holandesa establecida en Nueva York a finales del siglo XVIII— y la naturaleza turbulenta, que se agita sobre todo cuando aparece en escena el jinete sin cabeza. Las principales diferencias atañen a los hechos y a la caracterización de los personajes. En la película, Ichabod Crane no es un maestro, sino un policía que se traslada al lugar para investigar los crímenes del jinete sin cabeza —que aparece como alguien más real que un personaje legendario—. Burton respeta la caricatura que Irving

realizó de Crane, que en el film se asusta cuando ve un insecto y se marea cuando presencia asesinatos. En la adaptación cinematográfica, no es pobre; y quien se mueve por un afán de riqueza es la madrastra de Katrina –en el relato, la muchacha vive con su madre–, que dirige los actos del jinete malvado –aspecto que no se menciona en la obra escrita–. Por otra parte, la joven cobra más protagonismo en la película, en la que, además de bella, es tierna y cariñosa. Varían también el orden de los acontecimientos y algunos detalles. Respecto al momento en que Crane cae del caballo, por ejemplo, en el relato no queda claro si quien le ataca es el soldado sin cabeza o Brom Van Brunt, mientras que en la película –en la que la escena aparece mucho antes– es Van Brunt. Este, además, en la película muere a manos del jinete malvado, y Crane se salva, circunstancias que en el relato ocurren al revés. En la obra de Irving, también se menciona como elemento de una leyenda que se cuenta un árbol, que en el film cobra más protagonismo ya que, bajo él, el jinete entierra las cabezas que corta.

Los estudiantes verán la película –para lo cual podrán reunirse en el instituto en horario extraescolar–, entretenida para el público adolescente, y escribirán el comentario en un papel que entregarán al profesor. Analizarán la libertad que se ha tomado Burton y comprobarán que el del relato y el de la película son lenguajes diferentes.

**-Señala en el mapa que dibujaste al principio de la secuencia los lugares citados en el texto.**

Se señalarán el río Hudson, Sleepy Hollow, Connecticut (donde nació Crane), Saardam (lugar, al norte de Ámsterdam, del que Katrina tiene joyas), Kentucky y Tennessee (que el maestro imagina que visitará si se casa) o Manhattan (donde al narrador le contaron la historia).

### **Actividades sobre *Maese Pérez el organista* (1861) Gustavo Adolfo Bécquer (1836-1870), escritor español**

Antes de leer *Maese Pérez el organista*, de Gustavo Adolfo Bécquer, el docente planteará en clase la siguiente cuestión:

**-¿Qué caracteriza a una chismosa?**

Las chismosas suelen ser personas que hablan con sus vecinas sobre la vida privada de los demás habitantes del barrio. Cuando bajan a la calle, por ejemplo, a hacer la compra, dedican bastante tiempo a este tipo de conversaciones. Con esta pregunta, los alumnos adelantarán cómo es uno de los personajes del texto.



La lectura se realizará de forma individual y en horario extraescolar. Es conveniente, una vez más, que los estudiantes se fijen en los aspectos a los que estamos atendiendo (personajes, figuras retóricas, etc.) para ponerlos en común después.

Las dificultades que preverá el docente tienen que ver con el léxico y con el contexto histórico del relato. En cuanto a la primera, es recomendable que los adolescentes, por su cuenta, busquen en el diccionario el significado de palabras que desconocen (entre las que pueden encontrarse “frondas”, “jifero”, “gorguera”, “justillo”, “broqueles” o “solio”). Respecto a las referencias históricas, lo ideal será que el profesor de Literatura Universal se coordine con el de Historia, para que este pueda explicar, al mismo tiempo que se analiza el cuento, aspectos como que el “rey don Felipe” es Felipe II de Austria, y que la leyenda se sitúa por tanto en el siglo XVI; que los “caballeros veinticuatro” eran un cargo, similar al de concejal, de las corporaciones municipales de algunas ciudades andaluzas en aquella época; o que se llamaba “señores de la cruz verde” a los inquisidores. La interdisciplinariedad contribuirá a que los estudiantes relacionen conceptos de distintas áreas.

El tiempo estimado para realizar el comentario es de dos sesiones y media.

**1. Señala el fragmento en el que aparece un ambiente propio de los relatos de terror. ¿Qué podemos decir sobre la atmósfera de este cuento, en comparación con la de los que hemos analizado hasta ahora?**

El ambiente de terror aparece cuando la hija de maese Pérez se dispone a ensayar antes de tocar el órgano en misa. Siente miedo, dado que la iglesia está vacía y a oscuras, llena de sombras, y se oyen sollozos en el sonido que emite el instrumento. La muchacha es consciente de que se trata de algo sobrenatural, pues es el alma de su padre la que produce la música. Ahora bien, esta escena es solo una parte pequeña del relato, que, a diferencia de los textos anteriores, no contiene numerosos momentos tenebrosos, sino que abundan los pasajes costumbristas (cuando se describe a las gentes del lugar) y los humorísticos (protagonizados por la chismosa).

**2. Contesta a las siguientes preguntas sobre algunos PERSONAJES del relato:**

**-¿Qué piensa el organista que sustituye a maese Pérez sobre el instrumento del fallecido?**

La primera vez que el organista que sustituye a maese Pérez toca el instrumento dice que es viejo y malo. Ahora bien, ha dejado a los asistentes a la iglesia boquiabiertos

puesto que le consideraban un mal músico y la melodía ha sonado muy bien. Al final del relato, cuando se desvela que es el alma del difunto la que acciona el órgano, se comprende que ese comentario del nuevo organista era envidia, al igual que este otro: “Ni maese Pérez es el primer organista del mundo [...]”.

Esta pregunta persigue que los alumnos reflexionen sobre cómo Bécquer ha dibujado a un personaje a través de sus palabras y de sus sentimientos.

**-¿Cuál de los dos sexos aparece mejor descrito en este texto?**

Como en los relatos anteriores, se muestra a los hombres más favorecidos que a las mujeres. El protagonista es un afamado músico. En cuanto a los personajes femeninos principales, destacan la chismosa y la hija del organista. Esta, a pesar de que tiene un empleo (se dice que es profesora), no es independiente económicamente por lo que, cuando muere su padre, ingresa como religiosa en un convento.

**-¿Es igualitaria la sociedad descrita en el texto? Señala algún fragmento que justifique tu respuesta.**

No es una sociedad igualitaria, pues se compone de diferentes clases, que no pueden ocupar los mismos sitios. Se aprecia muy bien en la disposición de los fieles dentro de la iglesia: “[...] Los ricos joyeles de las damas, que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices; la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves [...]”.

Esta actividad propone una búsqueda de información explícita en el texto, y pretende que los estudiantes aprecien la riqueza de detalles con la que el escritor describe a los miembros de cada clase.

**3. Responde a las siguientes cuestiones, referidas al TIEMPO y a la NARRACIÓN:**

- ¿En cuántas partes se divide esta leyenda? ¿Cuántos tiempos diferentes incluye?**  
**¿Qué relación existe entre los acontecimientos narrados en cada parte?**

El relato se divide en cinco partes, que se distinguen a simple vista. En primer lugar, se adelanta que un organista, después de muerto, seguía tocando su instrumento. Luego se introduce un largo monólogo de la chismosa. A continuación, se relata cómo un maese Pérez enfermo se empeñó en realizar su labor por última vez. Después, otro organista accedió a ocupar el puesto del famoso músico. Por último, la hija de maese Pérez, cuando se disponía a dar vida al órgano, descubrió que el alma de su padre estaba presente.

Respecto al tiempo, maese Pérez fallece tocando una Nochebuena; el organista sustituto entra en la iglesia la Nochebuena siguiente; en la misma fecha, un año después, toca la muchacha. La introducción del relato se sitúa en un momento posterior a estos acontecimientos, cuando el convento dispone de un órgano nuevo, por lo que podemos retomar el concepto de “*flash-back*” para referirnos a la narración sobre la vida de maese Pérez.

El texto presenta una estructura cíclica, puesto que se sitúa, a lo largo de tres años, en la misma fiesta navideña. Además, cada Nochebuena, se relatan los mismos acontecimientos: la entrada de los fieles a la iglesia, la repartición de la hostia durante la misa a la vez que suena el órgano y el grito de la hija de maese Pérez (el primer año, cuando muere su padre; y, el tercero, cuando se presenta el alma de este).

### **-¿Qué narradores aparecen?**

Al principio del texto, encontramos un narrador en primera persona, al que le relataron la historia de maese Pérez: “Oí esta tradición a una demandadera del convento”. Es frecuente que Bécquer, en sus leyendas, introduzca a un personaje al que le cuentan los hechos acaecidos en un lugar. Además, uno de los personajes, la chismosa, cumple una función muy importante como narradora. Después de sus monólogos, aparece una narración en tercera persona.

### **-¿Es el primer monólogo de la chismosa una información superflua?**

En la vida real, las personas chismosas cuentan historias ya conocidas y dedican su tiempo a repetirlas a cualquiera con quien se encuentran. En este relato, sin embargo, la información que introduce este personaje es necesaria para que el lector conozca a las gentes que acuden a la iglesia y al protagonista de la historia, maese Pérez. Gracias a ella, sabemos que este es un anciano pobre y humilde, ciego, que tiene una hija, que comenzó a tocar el órgano siguiendo el camino de su padre y que con su música llena el templo de fieles.

### **-Analiza, a partir de sus comentarios, las características de la chismosa.**

El comienzo de su primera intervención es muy típica de las personas chismosas, ya que está hablando de la gente que observa –abundan los deícticos–, de sus riquezas y asuntos amorosos, y trata de disimular cuando se aproximan: “¿Veis ese de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de Indias; aquel que baja en este momento de su litera para dar la mano a esa otra señora, que después de dejar la suya se adelanta hacia aquí, precedida de cuatro pajes con hachas? Pues ese es el marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama había pedido en matrimonio a la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de quien se murmura que es un poco avaro... Pero, ¡calle!, en hablando del ruin de Roma, cátele aquí que asoma”. Critica el comportamiento de los vecinos que acuden a misa (“Este no viene a la iglesia más que a oír música”), pero ella tampoco va únicamente por devoción (“Presumo que vamos a tener jarana; yo me refugio en la iglesia pues, por lo que veo, aquí van a andar más de sobra los cintarazos que los paternóster”). Habla también de los problemas de los demás, como la ceguera de maese Pérez: “Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!”. Va extendiendo la información que le aportan otros (“Lo que tiene que, si es verdad lo que me han dicho las gentes del barrio, le preparan una buena al intruso”) y quiere presenciar lo que ocurre para poder proclamarlo después (“Vamos, que me parece que esta noche va a darnos que contar para muchos días”). Pese a todo, no se considera cotilla: “Nosotras nos parecemos en eso: de nuestra casita a la iglesia y de la iglesia a nuestra casita, sin cuidarnos de lo que se dice o déjase de decir... Solo que yo, así..., al vuelo..., una palabra de acá, otra de acullá..., sin ganas de enterarme siquiera, suelo estar al corriente de algunas novedades”. Habla incluso de lo que ocurre más allá de su alrededor: “De las otras comunidades puedo decir que le han hecho a maese Pérez proposiciones magníficas”. Algunos de sus comentarios (“¡Si nadie sabe lo que yo debo a esta Señora! [la Virgen] ¡Con cuánta usura me paga la candelilla que le enciendo los sábados!”) y su manera de entrar a la iglesia (“Codazo en este, empujón en aquel, se internó en el templo”) producen risa en el lector.

Mediante esta actividad, se comprobará si lo que los alumnos han expresado antes de la lectura sobre el personaje de la chismosa coincide con lo que aparece en el relato. En la lista de términos lingüísticos y literarios, podrán añadirse “deíctico” y “personaje tipo”.

#### **4. Analiza la FORMA del relato atendiendo a las siguientes cuestiones:**

##### **-Identifica y señala algunos recursos retóricos empleados en esta leyenda.**

Aparecen varias comparaciones y metáforas referidas a la música de maese Pérez (“Las voces de su órgano son voces de ángeles”, “A este primer acorde [...] respondió otro lejano y suave que fue creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía”, “Una nota brillante como un hilo de luz” o “Sonando como solo los arcángeles podrían imitarlo en sus raptos de místico alborozo”) y a la del organista que le sustituye (“Haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca”). Otras comparaciones y metáforas incluidas en el texto son: “Es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo”, “Todas esas bandadas [...] callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano”, “Desde que murió maese Pérez parece que me echan una losa sobre el corazón cuando entro en Santa Inés”, “Las campanillas repicaron, semejando su repique una lluvia de notas de cristal”, “Ha bajado las escaleras a trompicones, como si le ladrase un perro en la meseta”. Se encuentran también exageraciones convertidas en expresiones fijas: “Vamos a la iglesia antes [...], que algunas noches como esta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo”, “Cuando pone maese Pérez las manos en el órgano [...] no se siente una mosca”, “Lo he oído mil veces en San Bartolomé [...] y era cosa de taparse los oídos con algodones”. Hay también un ejemplo de ironía: “¿Seréis tan cruel como maese Pérez, que nunca quiso excusarme el viaje, tocando la Nochebuena en la misa de la catedral?” –la referencia a la crueldad del músico, que no es tal, enfatiza su profesionalidad ante el órgano–.

##### **-Localiza en el texto la metáfora procedente del nombre de un personaje de la antigüedad romana.**

Se trata del calificativo “cicerone”, aplicado a la chismosa cuando habla a su vecina sobre los asistentes a la iglesia. Es una expresión fijada en el lenguaje. Hace referencia a la persona que explica la historia y las curiosidades de una construcción, edificio, etc., como si fuera guía turístico. El término procede de Cicerón, famoso por la facilidad que poseía para hablar.

Este ejercicio se realizará si el término no se ha señalado en la actividad anterior. Si los estudiantes no conocen el significado, podrá consultarse en el Diccionario de la Real Academia Española (DRAE). Averiguar el origen de una palabra ayudará a recordarla.

##### **-¿Qué tipo de lenguaje emplea la chismosa? Ejemplifica tu respuesta.**

Se trata de un registro informal, con varios sufijos y expresiones coloquiales, que resulta adecuado dado que la chismosa se dirige a su vecina en la calle: “hermosote”, “hipocritones”, “populacho”, “lagrimones”, “perdulariote”, “Buena ganga tienen las monjas con su organista”, “¿Dónde va Vicente? Donde va la gente”, “A muertos y a idos no hay amigos”, “Cada loco con su tema”.

Podrá añadirse a la lista de términos lingüísticos “registro”.

#### **-¿Es “busilis” una palabra incorrecta?**

Se trata de un término coloquial, que aparece varias veces en boca de la chismosa. No es incorrecto, y la Real Academia Española lo admite en su diccionario. Ahora bien, la institución señala que su origen se debió a la equivocación de un hablante: “Del lat. *in diēbus illis* 'en aquellos días', mal separado por un ignorante que dijo no entender qué significaba el *busillis*”. En la actualidad hace referencia al ‘punto en que se estriba la dificultad del asunto de que se trata’.

Este ejercicio servirá a los alumnos para aprender una palabra nueva –si no la habían escuchado antes– y para reflexionar sobre el hecho de que los hablantes, a lo largo de la historia, modifican el significado de algunas palabras. Los adolescentes podrán responder a esta cuestión accediendo al DRAE desde el ordenador con acceso a Internet que el docente ha introducido en clase.

#### **-¿Puede el lector evadirse y creer que está viviendo la historia en primera persona?**

No. El lector se siente como tal, puesto que el narrador apela a él continuamente y es consciente de que está contando una historia que ya ha sucedido y a la que no se puede regresar, excepto a través de las palabras: “Si a alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta después de leer esta historia [...]”, “Esto diciendo la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus exabruptos de locuacidad”, “Creemos inútil decir a nuestros lectores quién era una de ellas”, “Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo sería cosa imposible”.

#### **-¿Por qué las intervenciones de la chismosa son tan largas? ¿Qué otro autor del que hemos hablado consigue un efecto parecido?**

La manera más eficaz para retratar a un personaje de estas características es mostrando lo que hace habitualmente, que es hablar durante mucho rato. Existe, por tanto, una correlación entre el contenido y la forma. Lo mismo ocurre en el relato de Dickens, en el que se pinta al loco a través de expresiones exclamativas, que reflejan su estado agitado.

Retomar el comentario realizado a propósito de un relato anterior sirve para reforzar los aprendizajes que están llevando a cabo los alumnos.

**-¿Por qué en el relato la palabra “Aquel” comienza con mayúscula si no aparece detrás de un punto o en el comienzo de un texto? ¿Qué significado tiene la repartición de la hostia en misa?**

Aparece con mayúscula porque se refiere a Dios. La hostia simboliza el cuerpo de Cristo: “El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquel que levantaba en ellas [...] era su Dios”.

Este ejercicio sirve, por un lado, para reflexionar sobre el uso de las mayúsculas y, por otro, para hablar de tradiciones religiosas, que aportan nociones de cultura general a los alumnos. Es probable que algún estudiante conozca el significado de la hostia; en cualquier caso, la respuesta está explícita en el relato.

**5. Comenta lo referente al LUGAR en esta leyenda, en comparación con lo que analizamos a propósito de *El manuscrito de un loco*.**

Dickens no muestra interés por concretar el sitio en el que sucede la acción, lo que contribuye a dotar a la historia de universalidad. En el texto de Bécquer, ocurre lo contrario: está repleto de referencias espaciales (el convento de Santa Inés, la puerta de la Carne, la calle de Culebras, la plaza de San Pedro, el callejón de las Dueñas, la capilla de la Primada, la calle de Chicarreros, las parroquias de San Román y de San Bartolomé, etc.) porque se centra en lo que ocurrió en un punto concreto de Sevilla.

Este ejercicio refleja distintas técnicas de los escritores, que son a su vez diversas posibilidades con las que los alumnos contarán a la hora de escribir un relato.

**6. Actividades de AMPLIACIÓN y PROFUNDIZACIÓN:**

**-Hemos hablado de la repartición de la hostia. Señala más referencias católicas en el relato. Documentate sobre ellas y compáralas con las de otras religiones.**

Se mencionan un lugar religioso, el convento; un libro sagrado, el Evangelio; y algunas oraciones (padrenuestro, avemaría) que, como es costumbre cuando se ha pecado, la superiora impone que rece a la hija de maese Pérez por sus supuestas imaginaciones. La historia se sitúa durante la misa del gallo, celebrada a las doce de la noche la víspera de Navidad, momento cuya elección se explica en el texto: “Cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo”. Además de las partes de la misa, se mencionan otras costumbres religiosas como el sonido de las campanas para anunciar el comienzo de la

eucaristía o coger agua bendita en la entrada de la iglesia. También aparecen referencias a santos (como san Pacomio, “abogado contra las tentaciones”), invocaciones (“¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista!”) o expresiones del campo semántico de la religión (“ceremonia”, “prodigio”, “demandadera”, “retablo”, “ministriles”, “presbiterio”, “sacristía”, “persignarse”, “serafines”, “esquilón”, “escapulario”, “novicia”, “profanación”, “las calderas de Pedro Botero”, etc.). Respecto a la comparación con las costumbres de otras religiones, podrán comentarse sus lugares sagrados (sinagogas, mezquitas, etc.), sus libros (el Corán, etc.), y sus fiestas (el ramadán, etc.).

Será interesante que los alumnos expongan ante sus compañeros aquellos aspectos que les han resultado más interesantes de lo que han averiguado. Es probable que haya en el aula adolescentes de otras religiones, por lo que resultará enriquecedor aprovechar esta circunstancia y trabajar en parejas formadas por miembros de distintas confesiones, para que los estudiantes se informen mutuamente sobre sus costumbres.

**-Investiga a qué se refiere la chismosa cuando invoca a “Nuestro Señor del Gran Poder” y a la “Virgen Santísima del Amparo”.**

La primera exclamación apunta a la escultura de Juan de Mesa *Cristo del Gran Poder* (1620), que se encuentra en la iglesia de San Lorenzo de Sevilla; la segunda referencia, a la obra *Virgen del Amparo*, del siglo XVI, que puede verse en la iglesia de la Magdalena. Como vemos, Bécquer no detalla solo los lugares en los que sitúa su relato, sino también las imágenes del pueblo sevillano.

Este ejercicio demuestra que un texto se comprende mejor en la medida en que se entienden todos sus elementos. No es sencillo averiguar a qué se refiere el escritor puesto que no indica que las obras son objetos de arte, sino que simplemente toma sus nombres para que los personajes invoquen a Dios y a la Virgen. Como la respuesta no aparece en los primeros resultados de la búsqueda en Google, el docente indicará a los alumnos interesados en la solución que pueden hallarla acudiendo a una biblioteca y manejando una edición de las leyendas de Bécquer con notas a pie de página. Es una operación que podrá serles útil en estudios posteriores.

**-Las leyendas de Bécquer se sitúan en determinados puntos de España, como Fitero (Navarra). El escritor refleja que cada historia pertenece a una localidad determinada. Cuenta a tus compañeros una leyenda típica de tu pueblo.**



Es posible que se narren historias propias de zonas navarras (la de las brujas de Zugarramurdi, la de los agotes de Arizkun, etc.) o de otros lugares, según la procedencia de los estudiantes.

Si los alumnos no conocen ninguna, podrán preguntar, por ejemplo, a sus abuelos. El docente también les recomendará algún libro sobre leyendas locales.

**-Incluye en el mapa el lugar en el que se sitúa este relato.**

Se señalará Sevilla.

### **Actividades sobre *La mano* (1883)**

#### **Guy de Maupassant (1850-1893), escritor francés**

El siguiente relato seleccionado para la secuencia es *La mano*, de Guy de Maupassant. Es un texto corto, que los alumnos leerán en horario extraescolar, y al mismo tiempo señalarán los aspectos que más llaman su atención en relación con las cuestiones que estamos tratando. El vocabulario, en este caso, no es complicado; si los estudiantes desconocen el significado de alguna expresión (“a horcajadas”, “remachada”, “argolla”, etc.) lo buscarán por su cuenta.

Se dedicarán, aproximadamente, dos sesiones para el comentario de este cuento.

#### **1. Señala las partes del texto que hacen de este un relato tenebroso.**

Se trata de la descripción de la mano que el inglés tiene en su casa (“Una mano negra reseca, con uñas amarillas, los músculos al descubierto y rastros de sangre vieja, sangre semejante a roña, sobre los huesos cortados de un golpe, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo”, “Los dedos, desmesuradamente largos, estaban atados por enormes tendones que sujetaban tiras de piel a trozos”) y de la de este hombre, cuando aparece asesinado (“El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga arrancada [...] ¡Había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable [...] y su cuello, perforado con cinco agujeros que parecían haber sido hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre”).

Este ejercicio implica una búsqueda de información explícita en el texto y pretende retomar los elementos (lugares, objetos, aspecto físico de las personas, etc.) que generan terror en una historia. Las descripciones, en especial la de la mano, son muy visuales, por lo que el docente invitará a los estudiantes a imaginar estos elementos

en una película de miedo. Incluso podrán dibujarlos, con lo que se pondrán en práctica ciertas capacidades e intereses de algunos.

## **2. Responde a las siguientes preguntas sobre los PERSONAJES:**

### **-¿Qué sabemos de sir John Rowell?**

Es un inglés que alquila un chalé en la zona en la que trabaja el juez. Es solitario y únicamente sale para cazar y pescar, por lo que los vecinos rumorean sobre su pasado. Al magistrado, ante el que se muestra amable, le cuenta que ha viajado por África, las Indias y América, y que la mano que posee en su salón era de un enemigo suyo. En cuanto a su aspecto físico, es pelirrojo, alto y ancho –una “especie de Hércules”, referencia ya comentada en *La leyenda de Sleepy Hollow*–.

### **-¿Por qué son caracterizados los personajes masculinos? ¿Qué permite que puedan aparecer en un momento de la historia?**

Los hombres son nombrados por sus profesiones, que cobran más importancia que sus nombres. Entran en escena cuando su trabajo lo requiere. El que relata la historia sobre el inglés es el juez de instrucción, que está tratando de resolver un caso; tanto este como sir John Rowell cuentan con un servicio de criados, que toman la palabra cuando tienen que dar noticias a sus señores o informar sobre lo que les ha ocurrido a estos; aparecen también un médico, policías y otros cargos públicos cuando el inglés aparece asesinado.

### **-El relato incluye fragmentos sobre sir John Rowell como “No tenía nada de la rigidez llamada británica” o “La meticulosa cortesía inglesa”, que son tópicos referidos al carácter de las gentes de un lugar. ¿Conoces clichés sobre los habitantes de otras zonas?**

Podrán citarse estereotipos como que los alemanes son disciplinados, mientras que los españoles son poco trabajadores o, dentro de estos, que los catalanes son tacaños; los navarros, toscos, etc.

La idea es que los estudiantes reflexionen sobre que las excepciones hacen que no sea conveniente generalizar sin conocer a las personas.

### **-Además de los personajes, ¿qué otro elemento de la historia tiene vida propia? ¿En qué relato anterior hemos visto que sucede algo parecido?**

Se trata del elemento que da título al cuento, la mano, que está separada del cuerpo al que pertenecía. Según sir John Rowell, quiere escaparse y por eso la guarda encadenada. Además, parece ser que es la que asesina al inglés, dado que desaparece cuando le encuentran muerto y en la casa no hay signos de que haya entrado nadie. Este hecho,

sobre el que el juez cree que el propietario de la mano fue a buscarla, recuerda a *La leyenda de Sleepy Hollow*, en la que un jinete quiere recuperar su cabeza.

### **3. Contesta a las siguientes preguntas, referidas a la NARRACIÓN y al TIEMPO:**

**-Describe la técnica narrativa que Guy de Maupassant ha elegido para este relato. ¿Por qué surge una narración enmarcada?<sup>3</sup> ¿En qué textos de los que hemos analizado se emplea también?**

Al principio del cuento, aparece un narrador en tercera persona, que cuenta que el señor Bermutier, juez de instrucción, está reflexionando sobre un suceso delante de un grupo de mujeres. Enseguida, la voz pasa a una primera persona, la del magistrado, que relata ante ellas un crimen del que tuvo que ocuparse anteriormente –este hecho cobra más protagonismo que el caso sobre el que habla al principio, del que no se explica nada–. Finalmente, se retoman la tercera persona y la conversación entre las señoras y el investigador. La vida del inglés es, por tanto, una narración enmarcada en la conversación. El motivo por el que el investigador relata la historia de la mano es que quiere demostrar que el caso del que se ocupa ahora no es algo sobrenatural –como afirman ellas–, pero sí lo parecía el sucedido en torno al inglés. La narración enmarcada se emplea también en *El retrato oval* y en *Al otro lado de la pared*.

**-¿Cuántos tiempos aparecen en el relato?**

Uno de los tiempos es el que se sitúa alrededor del suceso sobre el que reflexiona el magistrado al principio del texto, ocurrido hace un mes. Cuando comienza la narración enmarcada, se produce un *flash-back*, ya que el juez relata un crimen de “antaño” –se apunta también que transcurre más de un año desde que el investigador conoce al inglés hasta que este es asesinado–.

**-¿En qué parte del relato hay un ejemplo de polifonía? Modifica el fragmento, concediendo al criado una voz en primera persona<sup>4</sup>. ¿Qué cambio de estilo se ha producido?**

Se trata de lo que dice el sirviente de sir John Rowell sobre el comportamiento de este en sus últimos días: “Esta es, en pocas palabras, la declaración del criado: Desde hacía un mes su amo parecía estar agitado [...] A menudo, preso de una ira que parecía

---

<sup>3</sup> La pregunta sobre la causa del empleo de la técnica narrativa se formulará una vez que los alumnos hayan señalado que se trata de una narración enmarcada, para que el enunciado no responda lo que deben aportar ellos.

<sup>4</sup> El segundo apartado de esta actividad se propondrá una vez que los estudiantes señalen que la polifonía está presente en la intervención del criado, para que el enunciado no responda lo que deben aportar ellos.

demencia, cogiendo una fusta, había golpeado con furor aquella mano reseca [...] Aquella noche daba la casualidad de que no había hecho ningún ruido, y hasta que no fue a abrir las ventanas el criado no había encontrado a sir John asesinado. No sospechaba de nadie”. No extraña la recurrencia al recurso de la polifonía, ya que es habitual que, en torno a los crímenes, testifiquen diversas personas. En cuanto a la forma, el fragmento introduce las palabras del sirviente, pero mantiene una tercera persona. Si reflejamos directamente su voz, el fragmento queda así: “Esta es, en pocas palabras, la declaración del criado: «Desde hacía un mes mi amo parecía estar agitado [...] A menudo, preso de una ira que parecía demencia, cogiendo una fusta, había golpeado con furor aquella mano reseca [...] Aquella noche daba la casualidad de que no había hecho ningún ruido, y hasta que no fui a abrir las ventanas no encontré a sir John asesinado. No sospecho de nadie»”. Se ha pasado de un estilo indirecto (el del relato original) a otro directo.

En este ejercicio se recordará el término “polifonía”, señalado en el comentario de *La leyenda de Sleepy Hollow*. La transformación del texto se realizará de forma escrita, por parejas –para que, si un alumno no tiene claro lo que debe hacer, su compañero le ayude–, y servirá para repasar los conceptos lingüísticos “estilo directo” y “estilo indirecto”, que se añadirán a la lista de términos.

**-¿En qué parte del relato hay una referencia a la verosimilitud? ¿A qué texto de los comentados recuerda?**

La referencia aparece al final, cuando las mujeres no se explican la muerte del inglés. Esto lleva al magistrado a exponerles su opinión: que el propietario de la mano no había muerto y fue a buscarla. Esta causa tampoco es creíble para las señoras, posiblemente porque en la casa de sir John Rowell no apareció ninguna puerta forzada. El comentario final del juez es: “Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría”. Este tipo de cierre se asemeja al de la *Leyenda de Sleepy Hollow*, en la que también unos hombres discuten sobre la conclusión que puede extraerse de la historia relatada.

**4. Analiza la FORMA del cuento atendiendo a las siguientes cuestiones:**

**-Localiza en el texto una digresión, y señala cómo el escritor retoma el relato principal.**

La narración sobre el inglés se desvía de la historia principal al comienzo, cuando el juez se refiere a qué se dedicaba entonces: “Los sucesos de los que me ocupaba eran sobre todo los de *vendettas* [...] no oía hablar más que del precio de la sangre, del

terrible prejuicio corso que obliga a vengar cualquier injuria en la propia carne de la persona que la ha hecho, de sus descendientes y de sus allegados”. La expresión con la que retoma el caso en el que va a centrarse es “ahora bien”, que indica que el suceso que va a relatar no tiene que ver con luchas entre familias o grupos rivales.

**-Señala frases en las que se caractericen como extraños los sucesos narrados, y otras que reflejen las sensaciones que tales hechos provocan en los personajes.**

Los hechos se califican con adjetivos referidos a la falta de explicaciones naturales: “El misterioso suceso de Saint-Cloud”, “Aquel inexplicable crimen”, “Una cosa extraña atrajo mi mirada”. Algunos fragmentos que plasman las sensaciones que tales objetos y sucesos generan en los personajes son: “[El crimen] conmovía a París”, “Se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ansiosa e insaciable necesidad de espanto que atormentaba su alma”, “Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas, temblaban” –muchas de las intervenciones de las señoras constituyen exclamaciones (“¡Oh! Cuéntenoslo!”)–, “Un escalofrío me recorrió la espalda”, “Las circunstancias del crimen anterior turbaron al juez”. También es propio de este estilo el hecho de que el magistrado tenga una pesadilla relacionada con el caso que investiga.

Esta actividad pretende que los alumnos reconozcan algunos rasgos de la Literatura del Romanticismo, repleta de exclamaciones e intervenciones que rozan el patetismo.

**-¿En qué parte del relato hay una correspondencia entre el contenido y la forma?**

Cuando las palabras del inglés se introducen de forma directa. Habla francés, pero por su léxico y sus construcciones gramaticales se sabe que es extranjero: “Tuve mochas aventuras”, “Eso ser una tela japonesa”, “Era mejor enemigo de mí”, “Ese cadena”, etc.

**-¿En qué parte del texto se incluye una reflexión sobre la lengua? ¿Qué elementos predominan en los cuentos que estamos leyendo: los inexplicables o los sobrenaturales?<sup>5</sup> En una película actual de terror, ¿cuál de los dos genera más miedo en el espectador?**

La reflexión sobre la lengua aparece cuando el juez, ante el calificativo de “sobrenatural” que una mujer concede al suceso de Saint-Cloud, comenta: “En cuanto a la palabra «sobrenatural» que acaba de emplear, no tiene nada que ver con esto. Estamos ante un crimen muy hábilmente concebido”, “Sería mucho más adecuado si en vez de emplear la palabra «sobrenatural» para expresar lo que no conocemos,

---

<sup>5</sup> La segunda pregunta de esta actividad no se planteará hasta que los alumnos contesten a la primera, con el fin de que el enunciado no responda lo que tienen que aportar ellos.

utilizáramos simplemente la palabra «inexplicable»”. Los elementos que aparecen en los relatos que estamos analizando tienen que ver con lo sobrenatural (fantasmas, hombres que continúan moviéndose después de haber perdido la cabeza, etc.); ahora bien, también podrían entenderse dentro de los límites de la realidad observable (la mujer del texto de Poe no es un fantasma, sino que simplemente su retrato se parece mucho a la realidad; al protagonista de *El manuscrito de un loco* no le visita su difunta esposa, sino que es una visión provocada por su estado mental; el jinete sin cabeza de *Sleepy Hollow* es solo fruto de la imaginación de sus habitantes, etc.). Respecto a la pregunta sobre el cine, muchas películas actuales de terror no consiguen un efecto de miedo en el espectador porque resultan demasiado inverosímiles, al mostrar seres (monstruos, etc.) que no existen en la realidad; en muchos casos, obtienen más aplausos en este sentido aquellas basadas en historias reales (asesinatos, etc.).

Se añadirá a la lista de términos “metalenguaje” o “función metalingüística del lenguaje”. La pregunta sobre si en los relatos de la secuencia predomina lo sobrenatural o lo inexplicable podrá convertirse en un breve debate, ya que es posible que los alumnos lleven a cabo interpretaciones diferentes. La cuestión de las películas de terror les permitirá expresar su opinión sobre un ámbito que tal vez forme parte de sus intereses.

## **5. Actividades de AMPLIACIÓN y PROFUNDIZACIÓN:**

**-¿Conoces alguna otra historia en la que una mano tenga vida propia? Habla brevemente sobre ella a tus compañeros.**

Se trata de *Cosa*, un miembro más de la serie televisiva *La familia Addams*, protagonizada también por los padres, los hijos, el sirviente, etc. El aspecto físico de todos ellos es monstruoso, pero las situaciones que viven se relatan con un tono cómico.

La serie se creó en 1964, por lo que a los alumnos no les resultará tan cercana como *Luna. El misterio de Calenda*, mencionada a propósito de *El manuscrito de un loco*. Ahora bien, si alguno la conoce o la descubre buscando información en Internet, reflexionará sobre la influencia que unas obras tienen sobre otras. Incluso podrá mostrar a sus compañeros algún vídeo de la serie, para que comprueben que su intención no es generar miedo, como sí pretenden los relatos que estamos analizando.

**-Las mujeres que aparecen en el relato sienten curiosidad por los crímenes de los que se ha ocupado el juez. ¿Crees que, en la vida real, las personas también tenemos interés en conocer los detalles de este tipo de sucesos? Analiza la**

**información que aportan sobre ellos los medios de comunicación, e investiga si existe o ha existido algún periódico español dedicado en exclusiva a estas noticias.**

Se trata de reflexionar sobre el morbo que poseen muchas personas. Los alumnos podrán recopilar noticias que demuestren el seguimiento excesivo que en ocasiones llevan a cabo los medios sobre asesinatos, secuestros, etc.: se persigue a los acusados hasta la puerta del juzgado, se detalla cómo fue hallada la víctima, los padres de esta a veces convierten la noticia en un culebrón, etc. Si preguntan a sus abuelos, es posible que les hablen de *El caso*, un periódico español especializado en noticias sobre crímenes, que circuló entre los años cincuenta y los ochenta. Los estudiantes podrán exponer en clase la información recopilada.

**-El magistrado del cuento se refiere a la *vendetta*, o venganza derivada de las enemistades entre clanes. Investiga qué grupos suelen llevar a cabo este tipo de acciones y céntrate en algún aspecto que llame tu atención. Explícaselo después a tus compañeros.**

Podrán referirse, por ejemplo, a las diferentes mafias italianas (La Cosa Nostra, La Camorra, etc.) o a la película *El padrino*.

**-Lee el relato de Guy de Maupassant *La mano disecada* (1875) y compáralo con el que estamos comentando.**

Se trata de dos cuentos similares, puesto que en ellos se habla de una mano de aspecto tenebroso y con vida propia. En *La mano disecada*, esta parte del cuerpo aparece desde el principio del relato, mientras que en *La mano* no se cita hasta la mitad. La actitud que muestran quienes la guardan es distinta: mientras que sir John Rowell posee armas cargadas –temeroso de que el dueño de la mano vaya a atacarle–, el personaje de *La mano disecada* se burla de ella. El final es parecido, pues se hace referencia a la locura y a la muerte de los protagonistas, y la acción se traslada hasta el cementerio. Coinciden además la descripción del aspecto horrible que muestran estos tras haber sido atacados, la sensación de terror en quienes perciben la tragedia y la desaparición de la mano. En *La mano disecada*, hay también un narrador en primera persona y un recurso a la polifonía, al incluir la noticia de un periódico sobre el suceso.

**-Incluye en el mapa los lugares en los que transcurre la acción en *La mano*.**

Se marcarán París y Saint-Cloud –ciudades citadas al principio–; y Córcega y su capital, Ajaccio –donde trabajaba el juez cuando conoció a sir John Rowell–. También podrá señalarse Marsella, de donde procede el criado del inglés.

**Actividades sobre *El ladrón de cadáveres* (1884)**  
**Robert Louis Stevenson (1850-1894), escritor escocés**

Antes de la lectura del relato de Robert Louis Stevenson *El ladrón de cadáveres*, con el fin de comprobar la capacidad de los estudiantes para predecir argumentos y de tantear sus conocimientos previos sobre el autor, responderán a las siguientes cuestiones:

**-¿Sobre qué puede tratar este texto? ¿Qué tipo de elementos crees que predominará en él, teniendo en cuenta la reflexión que el juez de *La mano* lleva a cabo sobre lo sobrenatural y lo que no lo es? ¿Cuál puede ser el objetivo de robar cuerpos sin vida?**

El título permite predecir que la historia trata sobre alguien dedicado al robo de cadáveres. No parece que vaya a predominar, por tanto, el elemento sobrenatural (fantasmas, etc.), sino más bien una acción profanadora que realiza el ser humano. Es posible que los alumnos expresen diversas finalidades del robo de cuerpos sin vida (que un enfermo mental se dedique a coleccionarlos, etc.) e incluso que adivinen la que aparece en esta historia: que los aprendices de Medicina los diseccionen.

**-¿Habías escuchado el nombre de Robert Louis Stevenson? ¿Conoces otra obra suya, parte de cuyo título se emplea en una expresión para referirse a trastornos de la personalidad?**

Se trata de *El extraño caso del Dr. Jekyll y Mr. Hyde*, que es probable que algunos adolescentes hayan leído.

Como en casi todos los casos anteriores, la lectura será individual y se llevará a cabo en horario extraescolar. El relato no presenta dificultades que el docente deba resolver de antemano; los estudiantes averiguarán el significado de las palabras que desconozcan (entre las que pueden figurar “conspicua”, “camelote”, “calesín”, “chante”, etc.), bien buscándolo en el diccionario o bien extrayéndolo del contexto.

La duración prevista para el comentario es de dos sesiones.

**1. Responde a las siguientes preguntas, que versan sobre algunos PERSONAJES:**

**-Compara la apariencia de Fettes con la del doctor Macfarlane, apoyándote en el propio texto.**

Al principio, en el encuentro entre estos dos personajes tras muchos años de separación, se destaca la diferencia entre el aspecto físico de ambos: “No hay duda de que [Macfarlane] lograba dar dignidad a sus años envuelto en aquella atmósfera de riqueza y



respetabilidad; y no dejaba de ser todo un contraste sorprendente ver a nuestro borrachín [Fettes] -calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su vieja capa azul de camelote-”.

**-¿Conocemos del todo a Fettes desde el comienzo del cuento?**

No. Al principio, es presentado como un escocés dado a la bebida, asentado hace años en Debenham, calvo, culto y con ciertos conocimientos de Medicina, acomodado ya que vive sin trabajar y algo escéptico respecto a la religión. Los otros tres personajes que se reúnen con él todas las noches no saben mucho sobre sus antecedentes. Estos, referidos al robo de cadáveres, se introducen después de la primera cuarta parte del relato.

**-¿Cuál es la actitud del profesor K. y de Macfarlane hacia el robo de cadáveres? Ejemplifica tu respuesta con fragmentos del texto.**

Carecen de conciencia, puesto que atienden al fin (conseguir cadáveres para que los futuros médicos dispongan de material) sin dar importancia a los medios (asesinatos, exhumación, etc.): “La norma de Mr. K. era no hacer preguntas en el trato con los de la profesión. Ellos consiguen el cuerpo y nosotros pagamos el precio [...] les repetía a sus asistentes que no hicieran preguntas por razones de conciencia”. De Macfarlane se dice que es falto de escrúpulos y su única preocupación es que, si se descubren sus acciones, no saldrá bien librado. Se comporta con frialdad cuando afirma: “Mr. Gray es la continuación de Miss Galbraith. No es posible empezar y pararse luego”. La labor de un profanador de tumbas se describe con las siguientes palabras: “No se sentía coartado por ninguno de los aspectos de la piedad tradicional. Parte integrante de su trabajo era despreciar y profanar los pergaminos y las trompetas de las antiguas tumbas, los caminos trillados por pies devotos y afligidos, y las ofrendas e inscripciones que testimonian el afecto de los que aún siguen vivos”, “En lugar de sentirse repelido por natural respeto, agradece la facilidad y ausencia de riesgo con que puede llevar a cabo su tarea”.

**-Respecto a su conciencia, ¿por qué podemos afirmar que Fettes es un personaje redondo? Ejemplifica tu respuesta con fragmentos del texto.**

Es un personaje redondo, puesto que sus sentimientos hacia la labor del robo de cadáveres evolucionan a lo largo del relato. En su comienzo como ayudante de K., se dice: “Su mente estaba impermeabilizada [...] Era incapaz de sentir interés por el destino y los reveses de fortuna de cualquier persona, esclavo total de sus propios deseos y ambiciones. Frío, superficial y egoísta”. Siente que recibir los cadáveres se compensa con ser un buen estudiante: “Para indemnizarse de sus días de trabajo, se entregaba por las noches a trabajos ruidosos y desvergonzados; y cuando los dos

platillos se equilibraban, el órgano al que Fettes llamaba su conciencia se declaraba satisfecho”. Ahora bien, tras reconocer el cuerpo sin vida de Jane Galbraith, a la que conoce y sabe que el día anterior estaba sana, se afianzan sus sospechas de que la consecución de los muertos no es legal. También le impacta que Macfarlane haya matado a Gray, y estos dos casos despiertan en él el sentimiento de que no está obrando bien: “Una horrible sensación de oscuridad y una clara conciencia de la perfidia del destino se apoderaron del alma del infeliz estudiante”. Sin embargo, como le ha dicho Macfarlane, a los pocos días se vuelve de nuevo insensible hacia los actos que lleva a cabo (“El infierno, Dios, el demonio, el bien y el mal, el pecado, el crimen, y toda esa vieja galería de curiosidades quizá sirva para asustar a los chiquillos, pero los hombres de mundo como tú y como yo desprecian esas cosas”), ante los que se muestra cínico: “¡Brindemos por la memoria de Gray!”, dice durante la cena repleta de alimento y de alcohol de la que disfrutaban antes de desenterrar a la mujer de un granjero. Con el paso de los años, retorna su sentimiento de culpa y, durante las reuniones en la taberna de Debenham, se muestra arrepentido: “Este hombre [Macfarlane] quizá tenga una conciencia más fácil de contentar y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a hablar! Se imaginarán ustedes que he sido un buen cristiano, ¿no? Pues no, yo no [...] aunque mi cerebro funcionaba perfectamente, no saqué ninguna conclusión de las cosas que vi”. El encuentro que tiene lugar en la posada entre él y Macfarlane demuestra que su relación ya no es de camaradería; cuando este le propone que se reúnan otro día, Fettes le contesta: “No deseo saber cuál es el techo que te cobija [...] Oí tu nombre; temí que fueras tú; quería saber si, después de todo, existe un Dios; ahora ya sé que no”.

Esta actividad es de refuerzo, pues sirve para que los alumnos recuerden el concepto de “personaje redondo”, mencionado a propósito del cuento de Poe.

## **2. Contesta a las siguientes preguntas sobre la NARRACIÓN y el TIEMPO:**

**-Describe la técnica narrativa empleada en el relato. Incluye en tu respuesta una referencia al tiempo.**

En la primera cuarta parte del texto, cuenta los hechos un narrador en primera persona, que es uno de los cuatro personajes que se reúnen todas las noches en la taberna (completan el grupo el dueño de la posada, un empresario fúnebre y Fettes). El narrador detalla el encuentro que se produce entre Fettes y Macfarlane, doctor que acude adonde ellos se encuentran porque un terrateniente ha enfermado. Los allí presentes no

comprenden las palabras intercambiadas entre ellos y el afán por averiguar su significado hace que, a continuación, comience un *flash-back* que durará hasta el final. En él, el narrador ya no vive de forma directa los hechos, por lo que domina una tercera persona, que descubre a los lectores la relación que tuvieron ambos hombres de jóvenes. Las reuniones de los cuatro personajes en la taberna sirven para enmarcar la historia sobre el robo de cadáveres.

Esta actividad es de refuerzo, ya que la técnica narrativa utilizada en este relato es similar a la comentada en varios textos anteriores, por lo que todos los alumnos, si han prestado atención, serán capaces de contestarla.

**-¿Aparecen en el cuento marcas de que se trata de una historia narrada?**

Sí. Al principio del *flash-back*, el narrador apela a los lectores e introduce expresiones que impiden que estos se sientan observadores directos de la historia: “Quizá no haya en estos momentos otro ser vivo que pueda narrarles a ustedes aquellos [...] sucesos”, “Un profesor de anatomía al que designaré aquí mediante la letra K”.

En otras ocasiones (por ejemplo, a propósito de *La leyenda de Sleepy Hollow*), este aspecto se ha comentado en el apartado de preguntas sobre la forma. Igualmente, puede plantearse en este epígrafe, ya que también está relacionado con la narración.

**-¿Qué otro tipo de texto, además de la narración, aparece en este relato? Señala ejemplos.**

Se trata de la descripción, empleada tanto para referirse al aspecto físico y al carácter de Fettes, Gray y Macfarlane (de este se dice, por ejemplo, que es elegante, despierto y vigoroso; respecto a Fettes, durante sus años de estudios, se apunta que cuidaba su aspecto exterior, que era inteligente, atento y que tenía buena memoria; Gray se caracteriza como pequeño, pálido, de cabello oscuro, vulgar y mandón) como a la posada: “No había más que dos pasos desde el pequeño reservado a la puerta de la vieja posada George; la ancha escalera terminaba casi en la calle; entre el umbral y el último peldaño no había sitio más que para una alfombra turca; pero este espacio tan reducido quedaba iluminado todas las noches, no solo gracias a la luz de la escalera y al gran farol debajo del nombre de la posada, sino también debido al cálido resplandor que salía por la ventana de la cantina”.

Como en el comentario de *El retrato oval*, los alumnos se fijarán en que un texto, aunque se trate de una narración, puede contener fragmentos descriptivos. De este modo, al mismo tiempo que Literatura, analizaremos aspectos lingüísticos. Recordaremos los términos “prosopografía” y “etopeya”.

### **3. Analiza la FORMA del relato atendiendo a las siguientes preguntas:**

#### **-Señala e identifica los recursos retóricos presentes en el texto.**

Aparece una comparación al principio, cuando Fettes se sobresalta, en su estado de borrachera, al enterarse de la presencia de Macfarlane en la taberna: “Era como si un hombre hubiera resucitado de entre los muertos” (expresión acertada, teniendo en cuenta el argumento del relato). También se recurre a una metáfora y a una comparación cuando el doctor se dispone a marcharse después de que Fettes le recuerde la situación que vivieron en el pasado: “Pasó pegado a la pared y luego se dirigió hacia la puerta con la velocidad de una serpiente”, “Con las manos sobre la cabeza huyó como un ladrón”. Otra metáfora, empleada en el fragmento en que los estudiantes de Medicina están en clase, consiste en llamar al timbre del recreo “la hora de la libertad”. Se incluyen más comparaciones, en referencia a Gray (“Ojos negros como carbones”, “Daba órdenes como si fuera el gran bajá”) o al momento en que Fettes y Macfarlane se disponen a desenterrar un cuerpo (“Estaba oscuro como boca de lobo”, “De manera semejante a como dos buitres pueden caer en picado sobre un cordero agonizante, Fettes y Macfarlane iban a abatirse sobre una tumba”, “Celebraron el débil y difuso resplandor que allí había como si de la luz del sol se tratara”), parte del relato en la que también se lee una hipérbole: “La lluvia seguía cayendo como si fuera a repetirse el diluvio universal”. Hay también varias metáforas y comparaciones alrededor de la transformación de los sentimientos de Fettes hacia la labor que realizó de joven, en la que influyó Macfarlane: “Hay dos categorías de personas: los leones y los corderos. Si eres un cordero terminarás sobre una de esas mesas como Gray o Jane Galbraith; si eres un león, seguirás vivo y tendrás un caballo como tengo yo, como lo tiene K.”, “Dentro de tres días te reirás de estos espantapájaros tanto como un colegial que presencia una farsa”, “Empezó a adornarse con las plumas de su valor”, “Vio, con indecible horror, el pozo sin fondo de su debilidad, y cómo, de concesión en concesión, había descendido a cómplice indefenso y a sueldo”. Además, encontramos una personalización (“La voz de la campana”) y algunas expresiones con sentido figurado (“Me he puesto el nudo alrededor del cuello por complacerte”, “Procuren atar la lengua”, Macfarlane asegura a Fettes que no le pasará nada si tiene “la lengua quieta”).

#### **-¿Cómo se logra generar intriga en el relato?**

Al principio del texto, en el primer encuentro que mantienen Fettes y Macfarlane después de muchos años sin verse, ciertos comentarios de su conversación generan intriga, sobre la relación que mantuvieron en el pasado, tanto en los allí presentes como

en los lectores. Sus intervenciones sirven de adelanto a la historia que se desvelará después: “¿Creías que también yo estaba muerto?”, “¿Has vuelto a verlo?” (al final del cuento, se comprende que esta es una referencia al cadáver de Gray).

**-Hemos hablado de la conciencia de Fettes, elemento que aparece al plantearse un tema relacionado con la ética. ¿Se muestra el narrador neutro hacia el robo de cadáveres? Apoya tu respuesta en fragmentos del texto.**

El narrador no se muestra neutro, sino contrario a la conducta de quienes consiguen cuerpos sin vida de manera ilegal. La subjetividad se observa en diversas expresiones, especialmente en los adjetivos escogidos: “Aquellos monstruosos y abominables sucesos”, “Su frívola manera de hablar tratándose de un problema tan serio era, en sí misma, una ofensa contra las normas más elementales de la responsabilidad social”, “El aspecto abominable y los movimientos solapados de los rufianes que llamaban a su puerta”, “Tenía que abrir la puerta a aquellos hombres, [...] recoger su trágico cargamento, pagarles el sórdido precio”, “Llegaron al escenario de sus impíos trabajos”, “Como casi estaban terminando ya su aborrecible tarea”.

Introduciremos en la lista de términos el de “modalización”.

**-Describe y señala los contrastes mediante los que se logra que los actos de Fettes y de Macfarlane resulten más crueles.**

Los contrastes, que aparecen cuando ambos personajes van al cementerio, consisten en oponer su labor al estado apacible del lugar (“Estaba situado [...] lejos de toda humana habitación y bajo el follaje de seis cedros. Los balidos de las ovejas en las colinas de los alrededores; los riachuelos a ambos lados: uno cantando con fuerza entre las piedras y el otro goteando furtivamente entre remanso y remanso; el rumor del viento en los viejos castaños florecidos y, una vez a la semana, la voz de la campana y las viejas melodías del chantre”) y a las cualidades de la difunta que van a desenterrar, de la que se dice que preparaba mantequilla deliciosa y ofrecía conversación amable. Los siguientes fragmentos ejemplifican bien el contraste entre la paz de los difuntos y la acción de los exhumadores: “A cuerpos que habían sido entregados a la tierra, en gozosa expectación de un despertar bien diferente, les llegaba esa resurrección apresurada, llena de terrores, a la luz de la linterna, de la pala y el azadón”, “El lugar que le correspondía junto a su familia habría de quedar vacío hasta el día del Juicio Final; sus miembros inocentes y siempre venerables habrían de ser expuestos a la fría curiosidad del disector”.

**-¿Qué elementos contribuyen a crear un ambiente tenebroso en el relato?**

La labor de Fettes consistente en la recogida de cadáveres se describe con una expresión que dibuja un ambiente tenebroso: “Con la mano todavía temblorosa y la vista nublada, tenía que abandonar la cama en la oscuridad de las horas que preceden al alba invernal, para entenderse con los sucios y desesperados traficantes que abastecían las mesas”. La última parte del relato, en la que Fettes y Macfarlane desentierran un cadáver, está llena de elementos que configuran un ambiente de terror: es de noche, están en un cementerio, la lluvia y el viento son fuertes, los perros aúllan, las sombras se mueven, la oscuridad se acrecienta cuando Macfarlane rompe un farol, y los movimientos que experimenta el calesín provocan que el cadáver –que no es el que pretendían desenterrar– roce a los personajes. Todo esto produce miedo en los protagonistas. Incluso el caballo se agita, como el de Ichabod Crane en *La leyenda de Sleepy Hollow*. Las últimas palabras ejemplifican bien este ambiente que conduce a comportarse de forma patética: “Un violento alarido rasgó la noche; ambos a una saltaron del coche; el farol cayó y se rompió, apagándose; y el caballo, aterrado por toda aquella agitación tan fuera de lo corriente, se encabritó y salió disparado hacia Edimburgo a todo galope, llevando consigo, como único ocupante del calesín, el cuerpo de aquel Gray con el que los estudiantes de anatomía hicieran prácticas de disección meses atrás”.

Este ejercicio servirá a los alumnos para reforzar sus conocimientos sobre el tipo de atmósfera y el estilo que aparecen en los relatos de terror.

#### **4. Actividades de AMPLIACIÓN y PROFUNDIZACIÓN:**

**-Investiga la historia de Burke y señala las indicaciones del relato referidas a la realidad.**

Burke y Hare fueron dos irlandeses que se trasladaron a Edimburgo, donde llevaron a cabo dieciséis asesinatos entre noviembre de 1827 y octubre de 1828. Vendieron las víctimas como material de disección al doctor Robert Knox, investigador de anatomía que impartía clases en la escuela de Medicina del lugar. Como en aquella época escaseaban los cadáveres legalmente disponibles para la investigación médica –aquellos de criminales ejecutados, cuyo número se redujo al modificarse las leyes penales–, algunos se dedicaron al robo de cuerpos sin vida. En consecuencia, la seguridad en los cementerios aumentó, por lo que Burke y Hare pasaron a asfixiar a sus víctimas. Burke fue sentenciado a muerte y le ahorcaron en 1829. Esta historia aparece en el relato de Stevenson, en el que se hay referencias a Burke y a Mr. K. (Robert Knox). Las marcas del caso real son: “Su nombre [el de Mr. K.] llegó más adelante a ser tristemente

célebre. El hombre que lo llevaba se escabulló disfrazado por las calles de Edimburgo, mientras el gentío, que aplaudía la ejecución de Burke [...]", "Tenía que abrir la puerta a aquellos hombres [Burke y Hare] que después han alcanzado tan terrible reputación en todo el país"; se señala también el "acento irlandés" de los que entregaban los cuerpos sin vida a Fettes. Los alumnos podrán exponer ante sus compañeros lo que han averiguado.

**-Sitúa en el mapa los lugares mencionados en el relato.**

Se señalarán Londres (de donde es Macfarlane), Debenham (Inglaterra), y algunos lugares de Escocia: Edimburgo (donde estudió Fettes), y zonas como Glencorse y Panicuik (en las que él y Macfarlane desentierran cadáveres).

**Cuestiones para después de comentar los relatos**

**-¿Tienes miedo de algunos aspectos que aparecen en los cuentos? ¿Crees que, como ocurre en el texto de Bierce, la comunicación con los muertos es posible? Expresa tu opinión sobre el programa de televisión *Más allá de la vida*.**

Para poner en práctica la educación emocional, los alumnos expresarán si temen algunos de los elementos citados en los relatos (la noche, las tormentas, los espacios vacíos, etc.). Respecto a la comunicación con los muertos, podrá generarse un breve debate sobre si Anne Germain, la supuesta médium que, hasta hace poco en televisión, transmitía a sus invitados mensajes de sus familiares fallecidos, posee realmente poderes paranormales o su actuación es un engaño debido a que estudia previamente los detalles de la vida de quien acude a su programa y expone generalidades aplicables a cualquiera.

**-Retoma los comentarios realizados a propósito de la verosimilitud de los relatos. Justifica por qué este aspecto cobra importancia en los relatos de terror y señala los procedimientos con los que se logra (o no) que las obras resulten creíbles.**

El aspecto de la verosimilitud (o su carencia) resulta importante por la propia naturaleza de los relatos de terror. Al contar hechos inexplicables o sobrenaturales, caben dos posibilidades: que el narrador se esfuerce para que creamos lo que dice, a pesar de ser algo que el ser humano no acepta como corriente; o que, precisamente por tratarse de un hecho poco común en la realidad, ni siquiera él confíe en la verdad de lo que cuenta. Poe emplea dos procedimientos para que su relato resulte creíble: la narración en primera persona y el recurso al libro encontrado. El narrador de la leyenda de Bécquer

se apoya en que le ha contado la historia la demandadera del convento. Por su parte, Dickens emplea un narrador en primera persona, pero el hecho de que no esté sano mentalmente resta fiabilidad a lo que afirma. La falta de verosimilitud también está presente en el texto de Irving, en el que el narrador confiesa que no cree todo lo que cuenta (el final de *La mano* es similar, ya que el juez sabe que las mujeres no van a estar de acuerdo con su interpretación); no asegura los hechos y refleja que en torno a ellos existen versiones diferentes; es consciente de que, con el paso del tiempo, quienes cuentan historias las modifican mezclando los datos verdaderos con su imaginación. Es cierto que, en una ocasión, recurre al argumento de autoridad (“Algunos de los más fidedignos historiadores”), pero lo hace para asignar a otros lo que él no se atreve a confirmar.

Este ejercicio, de recapitulación, se realizará de forma individual y en horario extraescolar. El profesor concederá a los estudiantes dos semanas para que elaboren esta actividad y las dos siguientes. Los alumnos se apoyarán en los apuntes que han tomado a lo largo de la secuencia. El trabajo, escrito, se entregará al docente.

**-Recuerda lo que hemos analizado sobre el ambiente tenebroso de los cuentos. Investiga a qué movimiento literario pertenece este estilo, enumera sus rasgos principales y ejemplifícalos con referencias a los textos estudiados.**

El subgénero de los relatos analizados es el cuento de terror, y en él se observan rasgos propios de la Literatura del Romanticismo. El ambiente de este movimiento se refleja en los espacios apartados y misteriosos –como castillos (en el relato de Poe), mansiones (en el de Bierce), iglesias (en el de Bécquer) o cementerios (en el de Stevenson)–, en los que la acción sucede de noche. En estos lugares, muchas veces se cuentan leyendas populares (como en los textos de Irving y de Bécquer, cultivador prolífico de este subgénero). Los fantasmas aparecen de formas diversas: en un retrato, de manera visible, mediante golpes en la pared, sin alguna parte de su cuerpo o tocando el órgano. La naturaleza no es un simple decorado, sino que se convierte en una protagonista más, y aparece en su forma más violenta (hay tormentas, viento fuerte), como reflejo de los sentimientos y las emociones de los personajes. Las escenas que viven hacen que aparezcan en un estado agitado (estremecidos, espantados, pálidos, temblorosos, con pesadillas, próximos a desmayarse, etc.), que puede llegar a la máxima expresión de la locura (como en el caso del inglés de *La mano*, o en el del protagonista de *El manuscrito de un loco*). Incluso los animales se asustan, como sucede con los caballos en los cuentos de Irving y de Stevenson. Estos comportamientos se expresan mediante



un estilo efectista –en el que destacan las expresiones referidas a lo tenebroso (“lobreguez”, “profunda sombra”, “tétrico”, “misterioso suceso”)– y dinámico –repleto de exclamaciones y, en el texto de Bécquer, de descripciones detalladas de la música del órgano–. Otros rasgos del Romanticismo son la soledad de los personajes (Dampier y sir John Rowell viven solos, maese Pérez únicamente tiene a su hija, etc.), su angustia (el protagonista del relato de Dickens es consciente de que su destino es la locura) y su libertad religiosa (los personajes de Bierce se introducen en el terreno del ocultismo y, en el texto de Stevenson, Fettes dice que los preceptos de Dios no le asustan).

Este ejercicio se realizará de forma individual y en horario extraescolar. Supone una búsqueda de información (que podrá llevarse a cabo en Internet o en libros especializados en Literatura) y una recapitulación de un aspecto estudiado a lo largo de la secuencia. Los alumnos entregarán el trabajo, escrito, al profesor.

**-Escribe un relato de terror, en tres páginas como máximo, imitando los rasgos de los textos que hemos leído (ambiente tenebroso, descripción de los personajes, técnica narrativa, figuras retóricas, etc.).**

El comentario de los cuentos ha aportado a los alumnos elementos suficientes para escribir un texto de estas características. La actividad se realizará de forma individual y en horario extraescolar. Los estudiantes entregarán su trabajo al profesor y, si este lo indica, modificarán algunos aspectos. Finalmente, los relatos se recopilarán en una antología para que los adolescentes sientan que su obra tiene un valor.

#### **Duración total de la secuencia. Reflexión sobre el tiempo escolar**

Las actividades realizadas en clase ocuparán, aproximadamente, dieciséis sesiones y media. Además, el docente dedicará otra sesión y media más para que los alumnos expongan ante sus compañeros lo que han averiguado en los ejercicios voluntarios de investigación, si así se indica en estos. En total, la secuencia se desarrollará a lo largo de **dieciocho sesiones**. Si dividimos estas entre las tres horas semanales de la asignatura, obtenemos seis semanas, es decir, aproximadamente la mitad de un trimestre. En consecuencia, el resto de los contenidos –el currículo recoge doce temas– tendría que tratarse en menos tiempo o, si se diseñan secuencias largas también para otras unidades, no podría explicarse todo el temario.

A pesar de que muchos profesores se sienten presionados por analizar todos los contenidos, no es tan grave no alcanzar tal fin. Los temas no van a ser puestos a prueba

en Selectividad, porque hablamos de cuarto de ESO. Además, el currículo plantea esta materia como un “**complemento** cultural de la etapa”. En este curso, en Lengua y Literatura también se estudian el siglo XIX y autores como Dickens. Los contenidos que la extensión de la secuencia deje fuera podrán tratarse en la materia común. **Los docentes** –en este caso, el de la asignatura obligatoria y el de la optativa– **deberían coordinarse** para no repetir los contenidos y para que cada uno profundice más en algunos. El supuesto problema disminuye todavía más si se tiene en cuenta que el programa de Literatura Universal de segundo de Bachillerato es similar al de cuarto de ESO, luego podrán retomarse los temas en los que no se profundizó antes.

Se trata de que los profesores asuman una **concepción diferente del tiempo** y de la puesta en práctica en el aula. El currículo de la materia para la que está diseñada esta secuencia señala la **lectura como eje del trabajo del alumnado**, y aconseja que las obras se lean en su totalidad –la extensión de los cuentos permite que puedan analizarse varios–. La calidad del aprendizaje no es la misma si se exige a los estudiantes memorizar un sinfín de autores y de títulos que si se les propone que profundicen en las obras y disfruten de la Literatura.

En cualquier caso, si alguien considera buena esta secuencia y –aunque aprecia más la calidad de los conocimientos que su cantidad– cree que su duración es excesiva, podrá prescindir del comentario de algún relato.

## Anexos. Textos seleccionados para la secuencia de actividades

### *El retrato oval*, Edgar Allan Poe

El castillo al cual mi criado se había atrevido a entrar por la fuerza antes de permitir que, gravemente herido como estaba, pasara yo la noche al aire libre, era una de esas construcciones en las que se mezclan la lobreguez y la grandeza, y que durante largo tiempo se han alzado cejijuntas en los Apeninos, tan ciertas en la realidad como en la imaginación de Mrs. Radcliffe. Según toda apariencia, el castillo había sido recién abandonado, aunque temporariamente. Nos instalamos en uno de los aposentos más pequeños y menos suntuosos. Hallábase en una apartada torre del edificio; sus decoraciones eran ricas, pero ajadas y viejas. Colgaban tapices de las paredes, que engalanaban cantidad y variedad de trofeos heráldicos, así como un número insólitamente grande de vivaces pinturas modernas en marcos con arabescos de oro. Aquellas pinturas, no solamente emplazadas a lo largo de las paredes sino en diversos nichos que la extraña arquitectura del castillo exigía, despertaron profundamente mi interés, quizá a causa de mi incipiente delirio; ordené, por tanto, a Pedro que cerrara las pesadas persianas del aposento —pues era ya de noche—, que encendiera las bujías de un alto candelabro situado a la cabecera de mi lecho y descorriera de par en par las orladas cortinas de terciopelo negro que envolvían la cama. Al hacerlo así deseaba entregarme, si no al sueño, por lo menos a la alternada contemplación de las pinturas y al examen de un pequeño volumen que habíamos encontrado sobre la almohada y que contenía la descripción y la crítica de aquellas.

Mucho, mucho leí... e intensa, intensamente miré. Rápidas y brillantes volaron las horas, hasta llegar la profunda medianoche. La posición del candelabro me molestaba pero, para no incomodar a mi amodorrado sirviente, alargué con dificultad la mano y lo coloqué de manera que su luz cayera directamente sobre el libro.

El cambio, empero, produjo un efecto por completo inesperado. Los rayos de las numerosas bujías (pues eran muchas) cayeron en un nicho del aposento que una de las columnas del lecho había mantenido hasta ese momento en la más profunda sombra. Pude ver así, vívidamente, una pintura que me había pasado inadvertida. Era el retrato de una joven que empezaba ya a ser mujer. Miré presurosamente su retrato, y cerré los ojos. Al principio no alcancé a comprender por qué lo había hecho. Pero mientras mis párpados continuaban cerrados, cruzó por mi mente la razón de mi conducta. Era un movimiento impulsivo a fin de ganar tiempo para pensar, para asegurarme de que mi visión no me había engañado, para calmar y someter mi fantasía antes de otra contemplación más serena y más segura. Instantes después volví a mirar fijamente la pintura.

Ya no podía ni quería dudar de que estaba viendo bien, puesto que el primer destello de las bujías sobre aquella tela había disipado la soñolienta modorra que pesaba sobre mis sentidos, devolviéndome al punto a la vigilia.

Como ya he dicho, el retrato representaba a una mujer joven. Solo abarcaba la cabeza y los hombros, pintados de la manera que técnicamente se denomina *vignette*, y que se parece mucho al estilo de las cabezas favoritas de Sully. Los brazos, el seno y hasta los extremos del radiante cabello se mezclaban imperceptiblemente en la vaga pero profunda sombra que formaba el fondo del retrato. El marco era oval, ricamente dorado y afiligranado en estilo morisco. Como objeto de arte, nada podía ser más admirable que aquella pintura. Pero lo que me había emocionado de manera tan súbita y vehemente no era la ejecución de la obra, ni la inmortal belleza del retrato. Menos aún cabía pensar que mi fantasía, arrancada de su semisueño, hubiera confundido aquella

cabeza con la de una persona viviente. Inmediatamente vi que las peculiaridades del diseño, de la *vignette* y del marco tenían que haber repelido semejante idea, impidiendo incluso que persistiera un solo instante. Pensando intensamente en todo eso, quedeme tal vez una hora, a medias sentado, a medias reclinado, con los ojos fijos en el retrato. Por fin, satisfecho del verdadero secreto de su efecto, me dejé caer hacia atrás en el lecho. Había descubierto que el hechizo del cuadro residía en una absoluta posibilidad de vida en su expresión que, sobresaltándome al comienzo, terminó por confundirme, someterme y aterrarme. Con profundo y reverendo respeto, volví a colocar el candelabro en su posición anterior. Alejada así de mi vista la causa de mi honda agitación, busqué vivamente el volumen que se ocupaba de las pinturas y su historia. Abriéndolo en el número que designaba al retrato oval, leí en él las vagas y extrañas palabras que siguen:

«Era una virgen de singular hermosura, y tan encantadora como alegre. Aciaga la hora en que vio y amó y desposó al pintor. Él, apasionado, estudioso, austero, tenía ya una prometida en el Arte; ella, una virgen de sin igual hermosura y tan encantadora como alegre, toda luz y sonrisas, y traviesa como un cervatillo; amándolo y mimándolo, y odiando tan solo al Arte, que era su rival; temiendo tan solo la paleta, los pinceles y los restantes enojosos instrumentos que la privaban de la contemplación de su amante. Así, para la dama, cosa terrible fue oír hablar al pintor de su deseo de retratarla. Pero era humilde y obediente, y durante muchas semanas posó dócilmente en el oscuro y elevado aposento de la torre, donde solo desde lo alto caía la luz sobre la pálida tela. Mas él, el pintor, gloriábase de su trabajo, que avanzaba hora a hora y día a día. Y era un hombre apasionado, violento y taciturno, que se perdía en sus ensueños; tanto, que no quería ver cómo esa luz que entraba lívida, en la torre solitaria, marchitaba la salud y la vivacidad de su esposa, que se consumía a la vista de todos, salvo de la suya. Mas ella seguía sonriendo, sin exhalar queja alguna, pues veía que el pintor, cuya nombradía era alta, trabajaba con un placer fervoroso y ardiente, bregando noche y día para pintar a aquella que tanto le amaba y que, sin embargo, seguía cada vez más desanimada y débil. Y, en verdad, algunos que contemplaban el retrato hablaban en voz baja de su parecido como de una asombrosa maravilla, y una prueba tanto de la excelencia del artista como de su profundo amor por aquella a quien representaba de manera tan insuperable. Pero, a la larga, a medida que el trabajo se acercaba a su conclusión, nadie fue admitido ya en la torre, pues el pintor habíase exaltado en el ardor de su trabajo y apenas si apartaba los ojos de la tela, incluso para mirar el rostro de su esposa. Y no quería ver que los tintes que esparcía en la tela eran extraídos de las mejillas de aquella mujer sentada a su lado. Y cuando pasaron muchas semanas y poco quedaba por hacer, salvo una pincelada en la boca y un matiz en los ojos, el espíritu de la dama osciló, vacilante como la llama en el tubo de la lámpara. Y entonces la pincelada fue puesta y aplicado el matiz, y durante un momento el pintor quedó en trance frente a la obra cumplida. Pero, cuando estaba mirándola, púsose pálido y tembló mientras gritaba: “¡Ciertamente, esta es la Vida misma!”, y volviose de improviso para mirar a su amada... ¡Estaba muerta!».

### ***El manuscrito de un loco, Charles Dickens***

¡Sí...! ¡Un loco! ¡Cómo sobrecojía mi corazón esa palabra hace años! ¡Cómo habría despertado el terror que solía sobrevenirme a veces, enviando la sangre silbante y hormigueante por mis venas, hasta que el rocío frío del miedo aparecía en gruesas gotas sobre mi piel y las rodillas se entrechocaban por el espanto! Y, sin embargo, ahora me agrada. Es un hermoso nombre. Muéstrenme al monarca cuyo ceño colérico haya sido

temido alguna vez más que el brillo de la mirada de un loco... cuyas cuerdas y hachas fueran la mitad de seguras que el apretón de un loco. ¡Ja, ja! ¡Es algo grande estar loco! Ser contemplado como un león salvaje a través de los barrotes de hierro... rechinar los dientes y aullar, durante la noche larga y tranquila, con el sonido alegre de una cadena, pesada... y rodar y retorcerse entre la paja extasiado por tan valerosa música. ¡Un hurra por el manicomio! ¡Ay, es un lugar excelente!

Me acuerdo del tiempo en el que tenía miedo de estar loco; cuando solía despertarme sobresaltado, caía de rodillas y rezaba para que se me perdonara la maldición de mi raza; cuando huía precipitadamente ante la vista de la alegría o la felicidad, para ocultarme en algún lugar solitario y pasar fatigosas horas observando el progreso de la fiebre que consumiría mi cerebro. Sabía que la locura estaba mezclada con mi misma sangre y con la médula de mis huesos. Que había pasado una generación sin que apareciera la peste y que era yo el primero en quien reviviría. Sabía que tenía que ser así: que así había sido siempre, y así sería; y cuando me acobardaba en cualquier rincón oscuro de una habitación atestada, y veía a los hombres susurrar, señalarme y volver los ojos hacia mí, sabía que estaban hablando entre ellos del loco predestinado; y yo huía para embrutecerme en la soledad.

Así lo hice durante años; fueron unos años largos, muy largos. Aquí las noches son largas a veces... larguísimas; pero no son nada comparadas con las noches inquietas y los sueños aterradores que sufría en aquel tiempo. Solo recordarlo me da frío. En las esquinas de la habitación permanecían acucilladas formas grandes y oscuras de rostros insidiosos y burlones, que luego se inclinaban sobre mi cama por la noche, tentándome a la locura. Con bajos murmullos me contaban que el suelo de la vieja casa en la que murió el padre de mi padre estaba manchado por su propia sangre, que él mismo se había provocado en su furiosa locura. Me tapaba los oídos con los dedos, pero gritaban dentro de mi cabeza hasta que la habitación resonaba con los gritos que decían que una generación antes de él la locura se había dormido, pero que su abuelo había vivido durante años con las manos unidas al suelo por grilletes para impedir que se despedazara a sí mismo con ellas. Sabía que contaban la verdad... bien que lo sabía. Lo había descubierto años antes, aunque habían intentado ocultármelo. ¡Ja, ja! Era demasiado astuto para ellos, aunque me consideraran como un loco.

Finalmente llegó la locura y me maravillé de que alguna vez hubiera podido tenerle miedo. Ahora podía entrar en el mundo y reír y gritar con los mejores de entre ellos. Yo sabía que estaba loco, pero ellos ni siquiera lo sospechaban. ¡Solía palmearme a mí mismo de placer al pensar en lo bien que les estaba engañando después de todo lo que me habían señalado y de cómo me habían mirado de soslayo, cuando yo no estaba loco y solo tenía miedo de que pudiera enloquecer algún día! Y cómo solía reírme de puro placer, cuando estaba a solas, pensando lo bien que guardaba mi secreto y lo rápidamente que mis amables amigos se habrían apartado de mí de haber conocido la verdad. Habría gritado de éxtasis cuando cenaba a solas con algún estruendoso buen amigo pensando en lo pálido que se pondría, y lo rápido que escaparía, al saber que el querido amigo que se sentaba cerca de él, afilando un cuchillo brillante y reluciente, era un loco con toda la capacidad, y la mitad de la voluntad, de hundirlo en su corazón. ¡Ay, era una vida alegre!

Las riquezas fueron mías, la abundancia se derramó sobre mí y alborotaba entre placeres que multiplicaban por mil la conciencia de mi secreto bien guardado. Heredé un patrimonio. La ley, la propia ley de ojos de águila, había sido engañada, y había entregado en las manos de un loco miles de discutidas libras. ¿Dónde estaba el ingenio de los hombres listos de mente sana? ¿Dónde la habilidad de los abogados, ansiosos por descubrir un fallo? La astucia del loco los había superado a todos.

Tenía dinero. ¡Cómo me cortejaban! Lo gastaba profusamente. ¡Cómo me alababan! ¡Cómo se humillaban ante mí aquellos tres hermanos orgullosos y despóticos! ¡Y el anciano padre de cabellos blancos, qué deferencia, qué respeto, qué dedicada amistad, cómo me veneraba! El anciano tenía una hija y los hombres una hermana; y los cinco eran pobres. Yo era rico, y cuando me casé con la joven vi una sonrisa de triunfo en los rostros de sus necesitados parientes, pues pensaban que su plan había funcionado bien y habían ganado el premio. A mí me tocaba sonreír. ¡Sonreír! Reírme a carcajada limpia, arrancarme los cabellos y dar vueltas por el suelo con gritos de gozo. Bien poco se daban cuenta de que la habían casado con un loco.

Pero un momento. De haberlo sabido, ¿la habrían salvado? La felicidad de la hermana contra el oro de su marido. ¡La más ligera pluma lanzada al aire contra la alegre cadena que adornaba mi cuerpo! Pero en una cosa, pese a toda mi astucia, fui engañado. Si no hubiera estado loco, pues aunque los locos tenemos bastante buen ingenio a veces nos confundimos, habría sabido que la joven antes habría preferido que la colocaran rígida y fría en un pesado ataúd de plomo que llegar vestida de novia a mi rica y deslumbrante casa. Habría sabido que su corazón pertenecía a un muchacho de ojos oscuros cuyo nombre le oí pronunciar una vez entre suspiros en uno de sus sueños turbulentos, y que me había sido sacrificada para aliviar la pobreza del hombre anciano de cabellos blancos y de sus soberbios hermanos.

Ahora no recuerdo ni las formas ni los rostros, pero sé que ella era hermosa. Sé que lo era, pues en las noches iluminadas por la luna, cuando me despierto sobresaltado de mi sueño y todo está tranquilo a mi alrededor, veo, de pie e inmóvil en una esquina de esta celda, una figura ligera y desgastada de largos cabellos negros que le caen por el rostro, agitados por un viento que no es de esta tierra, y unos ojos que fijan su mirada en los míos y jamás parpadean o se cierran. ¡Silencio! La sangre se me congela en el corazón cuando escribo esto... ese cuerpo es el de ella; el rostro está muy pálido y los ojos tienen un brillo vidrioso, pero los conozco bien. La figura nunca se mueve; jamás gesticula o habla como las otras que llenan a veces este lugar, pero para mí es mucho más terrible, peor incluso que los espíritus que me tentaban hace muchos años... Ha salido fresca de la tumba, y por eso resulta realmente mortal.

Durante casi un año vi cómo ese rostro se iba volviendo cada vez más pálido; durante casi un año vi las lágrimas que caían rodando por sus dolientes mejillas, y nunca conocí la causa. Sin embargo, finalmente lo descubrí. No podía evitar durante mucho tiempo que me enterara. Ella nunca me había querido; por mi parte, yo nunca pensé que lo hiciera; ella despreciaba mi riqueza y odiaba el esplendor en el que vivía; pero yo no había esperado eso. Ella amaba a otro y a mí jamás se me había ocurrido pensar en tal cosa. Me sobrecogieron unos sentimientos extraños y giraron y giraron en mi cerebro pensamientos que parecían impuestos por algún poder extraño y secreto. No la odiaba, aunque odiaba al muchacho por el que lloraba. Sentía piedad, sí, piedad, por la vida desgraciada a la que la habían condenado sus parientes fríos y egoístas. Sabía que ella no podía vivir mucho tiempo, pero el pensamiento de que antes de su muerte pudiera engendrar algún hijo de destino funesto, que transmitiría la locura a sus descendientes, me decidió. Resolví matarla.

Durante varias semanas pensé en el veneno, y luego en ahogarla, y en el fuego. Era una visión hermosa la de la gran mansión en llamas, y la esposa del loco convirtiéndose en cenizas. Pensé también en la burla de una gran recompensa, y algún hombre cuerdo colgando y mecido por el viento por un acto que no había cometido... ¡y todo por la astucia de un loco! Pensé a menudo en ello, pero finalmente lo abandoné. ¡Ay! ¡El placer de afilar la navaja un día tras otro, sintiendo su borde afilado y pensando en la abertura que podía causar un golpe de su borde delgado y brillante!

Finalmente, los viejos espíritus que antes habían estado conmigo tan a menudo me susurraron al oído que había llegado el momento y pusieron la navaja abierta en mi mano. La sujeté con firmeza, la elevé suavemente desde el lecho y me incliné sobre mi esposa, que yacía dormida. Tenía el rostro enterrado en las manos. Las aparté suavemente y cayeron descuidadamente sobre su pecho. Había estado llorando, pues los rastros de las lágrimas seguían húmedos sobre las mejillas. Su rostro estaba tranquilo y plácido, y mientras lo miraba, una sonrisa tranquila iluminó sus rasgos pálidos. Le puse la mano suavemente en el hombro. Se sobresaltó... había sido tan solo un sueño pasajero. Me incliné de nuevo hacia delante y ella gritó y despertó.

Un solo movimiento de mi mano y nunca habría vuelto a emitir un grito o sonido. Pero me asusté y retrocedí. Sus ojos estaban fijos en los míos. No sé por qué, pero me acobardaban y asustaban; y gemí ante ellos. Se levantó, sin dejar de mirarme con fijeza. Yo temblaba; tenía la navaja en la mano, pero no podía moverme. Ella se dirigió hacia la puerta. Cuando estaba cerca, se dio la vuelta y apartó los ojos de mi rostro. El encantamiento se deshizo. Di un salto hacia delante y la sujeté por el brazo. Lanzando un grito tras otro, se dejó caer al suelo.

Podría haberla matado sin lucha, pero se había provocado la alarma en la casa. Oí pasos en los escalones. Dejé la cuchilla en el cajón habitual, abrí la puerta y grité en voz alta pidiendo ayuda.

Vinieron, la cogieron y la colocaron en la cama. Permaneció con el conocimiento perdido durante varias horas; y cuando recuperó la vida, la mirada y el habla, había perdido el sentido y desvariaba furiosamente.

Llamamos a varios médicos, hombres importantes que llegaron hasta mi casa en finos carruajes, con hermosos caballos y criados llamativos. Estuvieron junto a su lecho durante semanas. Celebraron una importante reunión y consultaron unos con otros, en voz baja y solemne, en otra habitación. Uno de ellos, el más inteligente y famoso, me llevó con él a un lado y me rogó que me preparara para lo peor. Me dijo que mi esposa estaba loca... ¡a mí, al loco! Permaneció cerca de mí junto a una ventana abierta, mirándome directamente al rostro y dejando una mano sobre mi hombro. Con un pequeño esfuerzo habría podido lanzarlo abajo, a la calle. Habría sido divertido hacerlo, pero mi secreto estaba en juego y dejé que se marchara. Unos días más tarde me dijeron que debía someterla a algunas limitaciones: debía proporcionarle alguien que la cuidara. ¡Me lo pedían a mí! ¡Salí al campo abierto, donde nadie pudiera escucharme, y reí hasta que el aire resonó con mis gritos!

Murió al día siguiente. El anciano de cabello blanco la siguió hasta la tumba y los orgullosos hermanos dejaron caer una lágrima sobre el cadáver insensible de aquella cuyos sufrimientos habían considerado con músculos de hierro mientras vivió. Todo aquello alimentaba mi alegría secreta, y reía oculto por el pañuelo blanco que tenía sobre el rostro mientras regresamos cabalgando a casa, hasta que las lágrimas brotaron de mis ojos.

Pero aunque había cumplido mi objetivo, y la había asesinado, me sentí inquieto y perturbado, y pensé que no tardarían mucho en conocer mi secreto. No podía ocultar la alegría y el regocijo salvaje que hervían en mi interior y que cuando estaba a solas, en casa, me hacía dar saltos y batir palmas, dando vueltas y más vueltas en un baile frenético, y gritar en voz muy alta. Cuando salía y veía a las masas atareadas que se apresuraban por la calle, o acudía al teatro y escuchaba el sonido de la música y contemplaba la danza de los demás, sentía tal gozo que me habría precipitado entre ellos y les habría despedazado miembro a miembro, aullando en el éxtasis que me produciría. Pero apretaba los dientes, afirmaba los pies en el suelo y me clavaba las afiladas uñas en las manos. Mantenía el secreto y nadie sabía aún que yo era un loco.

Recuerdo, aunque es una de las últimas cosas que puedo recordar, pues ahora la realidad se mezcla con mis sueños, y teniendo tanto que hacer, habiéndome traído siempre aquí tan presurosamente, no me queda tiempo para separar entre los dos, por la extraña confusión en la que se hallan mezclados... Recuerdo de qué manera finalmente se supo. ¡Ja, ja! Me parece ver ahora sus miradas asustadas, y sentir cómo se apartaban de mí mientras yo hundía mi puño cerrado en sus rostros blancos y luego escapaba como el viento, y los dejaba gritando atrás. Cuando pienso en ello me vuelve la fuerza de un gigante. Miren cómo se curva esta barra de hierro con mis furiosos tirones. Podría romperla como si fuera una ramita, pero sé que detrás hay largas galerías con muchas puertas; no creo que pudiera encontrar el camino entre ellas; y aunque pudiera, sé que allá abajo hay puertas de hierro que están bien cerradas con barras. Saben que he sido un loco astuto, y están orgullosos de tenerme aquí para poder mostrarme.

Veamos, sí, había sido descubierto. Era ya muy tarde y de noche cuando llegué a casa y encontré allí al más orgulloso de los tres orgullosos hermanos, esperando para verme... dijo que por un asunto urgente. Lo recuerdo bien. Odiaba a ese hombre con todo el odio de un loco. Muchas veces mis dedos deseaban despedazarlo. Me dijeron que estaba allí y subí presurosamente las escaleras. Tenía que decirme unas palabras. Despedí a los criados. Era tarde y estábamos juntos y a solas... por primera vez.

Al principio aparté cuidadosamente mis ojos de él, pues era consciente de lo que él no podía ni siquiera pensar, y me glorificaba en ese conocimiento: que la luz de la locura brillaba en mis ojos como el fuego. Permanecimos unos minutos sentados en silencio. Finalmente, habló. Mi reciente disipación, y algunos comentarios extraños hechos poco después de la muerte de su hermana, eran un insulto para la memoria de esta. Uniendo a ello otras muchas circunstancias que al principio habían escapado a su observación, había terminado por pensar que yo no la había tratado bien. Deseaba saber si tenía razón al decir que yo pensaba hacer algún reproche a la memoria de su hermana, faltando con ello al respeto a la familia. Exigía esa explicación por el uniforme que llevaba puesto.

Aquel hombre tenía un nombramiento en el ejército... ¡un nombramiento comprado con mi dinero y con la desgracia de su hermana! Él fue el que más había tramado para insidiar y quedarse con mi riqueza. Él había sido el principal instrumento para obligar a su hermana a casarse conmigo, y bien sabía que el corazón de aquella pertenecía al piadoso muchacho. ¡Por causa de su uniforme! ¡El uniforme de su degradación! Volví mis ojos hacia él... no pude evitarlo; pero no dije una sola palabra.

Vi que bajo mi mirada se produjo en él un cambio repentino. Era un hombre valiente, pero el color desapareció de su rostro y retrocedió en su silla. Acerqué la mía a la suya; y mientras reía, pues entonces estaba muy alegre, vi cómo se estremecía. Sé que la locura brotaba de mi interior. Sentí miedo de mí mismo.

-Quería usted mucho a su hermana cuando ella vivía -le dije-. Mucho.

Miró con inquietud a su alrededor, y lo vi sujetar con la mano el respaldo de la silla; pero no dije nada.

-Es usted un villano -le dije-. Lo he descubierto. Descubrí sus infernales trampas contra mí; que el corazón de ella estaba puesto en otro cuando usted la obligó a casarse conmigo. Lo sé... lo sé.

De pronto, se levantó de un salto de la silla y la blandió en alto, obligándome a retroceder, pues mientras iba hablando procuraba acercarme más a él.

Más que hablar grité, pues sentí que pasiones tumultuosas corrían por mis venas, y los viejos espíritus me susurraban y tentaban para que le sacara el corazón.

-Condenado sea -dije poniéndome en pie y lanzándome sobre él-. Yo la maté. Estoy loco. Acabaré con usted. ¡Sangre, sangre! ¡Tengo que tenerla!



Me hice a un lado para evitar un golpe que, en su terror, me lanzó con la silla, y me enzarcé con él. Produciendo un fuerte estrépito, caímos juntos al suelo y rodamos sobre él.

Fue una buena pelea, pues era un hombre alto y fuerte que luchaba por su vida, y yo un loco poderoso sediento de su destrucción. No había ninguna fuerza igual a la mía, y yo tenía la razón. ¡Sí, la razón, aunque fuera un loco! Cada vez fue debatiéndose menos. Me arrodillé sobre su pecho y le sujeté firmemente la garganta oscura con ambas manos. El rostro se le fue poniendo morado; los ojos se le salían de la cabeza y con la lengua fuera parecía burlarse de mí. Apreté todavía más.

De pronto se abrió la puerta con un fuerte estrépito y entró un grupo de gente, gritándose unos a otros que cogieran al loco.

Mi secreto había sido descubierto y ahora solo luchaba por mi libertad. Me puse en pie antes de que me tocaran una mano, me lancé entre los asaltantes y me abrí camino con mi fuerte brazo, como si llevara un hacha en la mano y los atacara con ella. Llegué a la puerta, me lancé por el pasamanos y en un instante estaba en la calle.

Corrí veloz y en línea recta, sin que nadie se atreviera a detenerme. Por detrás oía el ruido de unos pies, y redoblé la velocidad. Se fue haciendo más débil en la distancia, hasta que por fin desapareció totalmente; pero yo seguía dando saltos entre los pantanos y riachuelos, por encima de cercas y de muros, con gritos salvajes que escuchaban seres extraños que venían hacia mí por todas partes y aumentaban el sonido hasta que este horadaba el aire. Iba llevado en los brazos de demonios que corrían sobre el viento, que traspasaban las orillas y los setos, y giraban y giraban a mi alrededor con un ruido y una velocidad que me hacía perder la cabeza, hasta que finalmente me apartaron de ellos con un golpe violento y caí pesadamente sobre el suelo. Al despertar, me encontré aquí, en esta celda gris a la que raras veces llega la luz del sol, y por la que pasa la luna con unos rayos que solo sirven para mostrar a mi alrededor sombras oscuras, y para que pueda ver esa figura silenciosa en la esquina. Cuando despierto, a veces puedo oír extraños gritos procedentes de partes distantes de este enorme lugar. No sé lo que son; pero no proceden de ese cuerpo pálido, y tampoco ella les presta atención. Pues desde las primeras sombras del ocaso hasta la primera luz de la mañana, esa figura sigue en pie e inmóvil en el mismo lugar, escuchando la música de mi cadena de hierro, y viéndome saltar sobre mi lecho de paja.

### ***Al otro lado de la pared, Ambrose Bierce***

Hace muchos años, cuando iba de Hong Kong a Nueva York pasé una semana en San Francisco. Hacía mucho tiempo que no había estado en esa ciudad y durante todo aquel periodo mis negocios en Oriente habían prosperado más de lo que esperaba. Como era rico, podía permitirme volver a mi país para restablecer la amistad con los compañeros de juventud que aún vivían y me recordaban con afecto. El más importante para mí era Mohum Dampier, un antiguo amigo del colegio con quien había mantenido correspondencia irregular hasta que dejamos de escribirnos, cosa muy normal entre hombres. Es fácil darse cuenta de que la escasa disposición a redactar una sencilla carta de tono social está en razón del cuadrado de la distancia entre el destinatario y el remitente. Se trata, simple y llanamente, de una ley.

Recordaba a Dampier como un compañero, fuerte y bien parecido, con gustos semejantes a los míos, que odiaba trabajar y mostraba una señalada indiferencia hacia muchas de las cuestiones que suelen preocupar a la gente; entre ellas la riqueza, de la que, sin embargo, disponía por herencia en cantidad suficiente como para no echar nada en falta. En su familia, una de las más aristocráticas y conocidas del país, se consideraba

un orgullo que ninguno de sus miembros se hubiera dedicado al comercio o a la política, o hubiera recibido distinción alguna. Mohum era un poco sentimental y su carácter supersticioso lo hacía inclinarse al estudio de temas relacionados con el ocultismo. Afortunadamente gozaba de una buena salud mental que lo protegía contra creencias extravagantes y peligrosas. Sus incursiones en el campo de lo sobrenatural se mantenían dentro de la región conocida y considerada como certeza.

La noche que lo visité había tormenta. El invierno californiano estaba en su apogeo: una lluvia incesante regaba las calles desiertas y, al ser empujada por irregulares ráfagas de viento, se precipitaba contra las casas con una fuerza increíble. El cochero encontró el lugar, una zona residencial escasamente poblada cerca de la playa, con dificultad. La casa, bastante fea, se elevaba en el centro de un terreno en el que, según pude distinguir en la oscuridad, no había ni flores ni hierba. Tres o cuatro árboles, que se combaban y crujían a causa del temporal, parecían intentar huir de su tétrico entorno en busca de mejor fortuna, lejos, en el mar. La vivienda era una estructura de dos pisos, hecha de ladrillo, que tenía una torre en una esquina, un piso más arriba. Era la única zona iluminada. La apariencia del lugar me produjo cierto estremecimiento, sensación que se vio aumentada por el chorro de agua que sentía caer por la espalda mientras corría a buscar refugio en el portal.

Dampier, en respuesta a mi misiva informándole de mi deseo de visitarlo, había contestado: «No llames, abre la puerta y sube». Así lo hice. La escalera estaba pobremente iluminada por una luz de gas que había al final del segundo tramo. Conseguí llegar al descansillo sin destrozar nada y atravesé una puerta que daba a la iluminada estancia cuadrada de la torre. Dampier, en bata y zapatillas, se acercó, tal y como yo esperaba, a saludarme, y aunque en un principio pensé que me podría haber recibido más adecuadamente en el vestíbulo, después de verlo, la idea de su posible inhospitalidad desapareció.

No parecía el mismo. A pesar de ser de mediana edad, tenía canas y andaba bastante encorvado. Lo encontré muy delgado; sus facciones eran angulosas y su piel, arrugada y pálida como la muerte, no tenía un solo toque de color. Sus ojos, excepcionalmente grandes, centelleaban de un modo misterioso.

Me invitó a sentarme y, tras ofrecerme un cigarro, manifestó con sinceridad obvia y solemne que estaba encantado de verme. Después tuvimos una conversación trivial durante la cual me sentí dominado por una profunda tristeza al ver el gran cambio que había sufrido. Debí captar mis sentimientos porque inmediatamente dijo, con una gran sonrisa:

-Te he desilusionado: *non sum qualis eram*.

Aunque no sabía qué decir, al final señalé:

-No, qué va, bueno, no sé: tu latín sigue igual que siempre.

Sonrió de nuevo.

-No -dijo-, al ser una lengua muerta, esta particularidad va aumentando. Pero, por favor, ten paciencia y espera: existe un lenguaje mejor en el lugar al que me dirijo. ¿Tendrías algún inconveniente en recibir un mensaje en dicha lengua?

Mientras hablaba su sonrisa iba desapareciendo y, cuando terminó, me miró a los ojos con una seriedad que me produjo angustia. Sin embargo, no estaba dispuesto a dejarme llevar por su actitud ni a permitirle que descubriera lo profundamente afectado que me encontraba por su presagio de muerte.

-Supongo que pasará mucho tiempo antes de que el lenguaje humano deje de sernos útil -observé-, y para entonces su necesidad y utilidad habrán desaparecido.

Mi amigo no dijo nada y, como la conversación había tomado un giro desalentador y no sabía qué decir para darle un tono más agradable, también yo

permanecí en silencio. De repente, en un momento en que la tormenta amainó y el silencio mortal contrastaba de un modo sobrecogedor con el estruendo anterior, oí un suave golpeteo que provenía del muro que tenía a mis espaldas. El sonido parecía haber sido producido por una mano, pero no como cuando se llama a una puerta para poder entrar, sino más bien como una señal acordada, como una prueba de la presencia de alguien en una habitación contigua; creo que la mayoría de nosotros ha tenido más experiencias de este tipo de comunicación de las que nos gustaría contar. Miré a Dampier. Si había algo divertido en mi mirada no debió captarlo. Parecía haberme olvidado y observaba la pared con una expresión que no soy capaz de definir, aunque la recuerdo como si la estuviera viendo. La situación era desconcertante. Me levanté con intención de marcharme; entonces reaccionó.

-Por favor, vuelve a sentarte -dijo-, no ocurre nada, no hay nadie ahí.

El golpeteo se repitió con la misma insistencia lenta y suave que la primera vez.

-Lo siento -dije-, es tarde. ¿Quieres que vuelva mañana?

Volvió a sonreír, esta vez un poco mecánicamente.

-Es muy gentil de tu parte, pero completamente innecesario. Te aseguro que esta es la única habitación de la torre y no hay nadie ahí. Al menos...

Dejó la frase sin terminar, se levantó y abrió una ventana, única abertura que había en la pared de la que provenía el ruido.

-Mira.

Sin saber qué otra cosa podía hacer, lo seguí hasta la ventana y me asomé. La luz de una farola cercana permitía ver claramente, a través de la oscura cortina de agua que volvía a caer a raudales, que «no había nadie». Ciertamente, no había otra cosa que la pared totalmente desnuda de la torre.

Dampier cerró la ventana, señaló mi asiento y volvió a tomar posesión del suyo.

El incidente no resultaba en sí especialmente misterioso; había una docena de explicaciones posibles (ninguna de las cuales se me ha ocurrido todavía). Sin embargo me impresionó vivamente el hecho de que mi amigo se esforzara por tranquilizarme, pues ello daba al suceso una cierta importancia y significación. Había demostrado que no había nadie, pero precisamente eso era lo interesante. Y no lo había explicado todavía. Su silencio resultaba irritante y ofensivo.

-Querido amigo -dije, me temo que con cierta ironía-, no estoy dispuesto a poner en cuestión tu derecho a hospedar a todos los espectros que desees de acuerdo con tus ideas de compañerismo; no es de mi incumbencia. Pero como solo soy un simple hombre de negocios, fundamentalmente terrenales, no tengo necesidad alguna de espectros para sentirme cómodo y tranquilo. Por ello, me marchó a mi hotel, donde los huéspedes aún son de carne y hueso.

No fue una alocución muy cortés, lo sé, pero mi amigo no manifestó ninguna reacción especial hacia ella.

-Te ruego que no te vayas -observó-. Agradezco mucho tu presencia. Admito haber escuchado un par de veces con anterioridad lo que tú acabas de oír esta noche. Ahora sé que no eran ilusiones mías y esto es verdaderamente importante para mí; más de lo que te imaginas. Enciende un buen cigarro y ármate de paciencia mientras te cuento toda la historia.

La lluvia volvía a arreciar, produciendo un rumor monótono, que era interrumpido de vez en cuando por el repentino azote de las ramas agitadas por el viento. Era bastante tarde, pero la compasión y la curiosidad me hicieron seguir con atención el monólogo de Dampier, a quien no interrumpí ni una sola vez desde que empezó a hablar.

-Hace diez años -comenzó-, estuve viviendo en un apartamento, en la planta baja de una de las casas adosadas que hay al otro lado de la ciudad, en Rincon Hill. Esa zona había sido una de las mejores de San Francisco, pero había caído en desgracia, en parte por el carácter primitivo de su arquitectura, no apropiada para el gusto de nuestros ricos ciudadanos, y en parte porque ciertas mejoras públicas la habían afeado. La hilera de casas, en una de las cuales yo habitaba, estaba un poco apartada de la calle; cada vivienda tenía un diminuto jardín, separado del de los vecinos por unas cercas de hierro y dividido con precisión matemática por un paseo de gravilla bordeado de bojés, que iba desde la verja a la puerta.

»Una mañana, cuando salía, vi a una chica joven entrar en el jardín de la casa izquierda. Era un caluroso día de junio y llevaba un ligero vestido blanco. Un ancho sombrero de paja decorado al estilo de la época, con flores y cintas, colgaba de sus hombros. Mi atención no estuvo mucho tiempo centrada en la exquisita sencillez de sus ropas, pues resultaba imposible mirarla a la cara sin advertir algo sobrenatural. Pero no, no temas; no voy a deslucir su imagen describiéndola. Era sumamente bella. Toda la hermosura que yo había visto o soñado con anterioridad encontraba su expresión en aquella inigualable imagen viviente, creada por la mano del Artista Divino. Me impresionó tan profundamente que, sin pensar en lo impropio del acto, descubrí mi cabeza, igual que haría un católico devoto o un protestante de buena familia ante la imagen de la Virgen. A la doncella no parecía disgustarle mi gesto; me dedicó una mirada con sus gloriosos ojos oscuros que me dejó sin aliento y, sin más, entró en la casa. Permanecí inmóvil por un momento, con el sombrero en la mano, consciente de mi rudeza y tan dominado por la emoción que la visión de aquella belleza incomparable me inspiraba, que mi penitencia resultó menos dolorosa de lo que debería haber sido. Entonces reanudé mi camino, pero dejé el corazón en aquel lugar. Cualquier otro día habría permanecido fuera de casa hasta la caída de la noche, pero aquel, a eso de la media tarde, ya estaba de vuelta en el jardín, interesado por aquellas pocas flores sin importancia que nunca antes me había detenido a observar. Mi espera fue en vano; la chica no apareció.

»A aquella noche de inquietud le siguió un día de expectación y desilusión. Pero al día siguiente, mientras caminaba por el barrio sin rumbo, me la encontré. Desde luego no volví a hacer la tontería de descubrirme; ni siquiera me atreví a dedicarle una mirada demasiado larga para expresar mi interés. Sin embargo mi corazón latía aceleradamente. Tenía temblores y, cuando me dedicó con sus grandes ojos negros una mirada de evidente reconocimiento, totalmente desprovista de descaro o coquetería, me sonrojé.

»No te cansaré con más detalles; solo añadiré que volví a encontrármela muchas veces, aunque nunca le dirigí la palabra ni intenté llamar su atención. Tampoco hice nada por conocerla. Tal vez mi autocontrol, que requería un sacrificio tan abnegado, no resulte claramente comprensible. Es cierto que estaba locamente enamorado, pero ¿cómo puede uno cambiar su forma de pensar o transformar el propio carácter?

»Yo era lo que algunos estúpidos llaman, y otros más tontos aún gustan ser llamados, un aristócrata; y, a pesar de su belleza, de sus encantos y elegancia, aquella chica no pertenecía a mi clase. Me enteré de su nombre (no tiene sentido citarlo aquí) y supe algo acerca de su familia. Era huérfana y vivía en la casa de huéspedes de su tía, una gruesa señora de edad, inaguantable, de la que dependía. Mis ingresos eran escasos y no tenía talento suficiente como para casarme; debe de ser una cualidad que nunca he tenido. La unión con aquella familia habría significado llevar su forma de vida, alejarme de mis libros y estudios y, en el aspecto social, descender al nivel de la gente de la calle. Sé que este tipo de consideraciones son fácilmente censurables y no me encuentro preparado para defenderlas. Acepto que se me juzgue pero, en estricta justicia, todos

mis antepasados, a lo largo de generaciones, deberían ser mis codefensores y debería permitírseme invocar como atenuante el mandato imperioso de la sangre. Cada glóbulo de ella está en contra de un enlace de este tipo. En resumen, mis gustos, costumbres, instinto e incluso la sensatez que pueda quedarme después de haberme enamorado se vuelven contra él. Además, como soy un romántico incorregible, encontraba un encanto exquisito en una relación impersonal y espiritual que el conocimiento podría convertir en vulgar, y el matrimonio con toda seguridad disiparía. Ninguna criatura, argüía yo, podría ser más encantadora que esta mujer. El amor es un sueño delicioso; entonces, ¿por qué razón iba yo a procurar mi propio despertar?

»El comportamiento que se deducía de toda esta apreciación y parecer era obvio. Mi honor, orgullo y prudencia, así como la conservación de mis ideales me ordenaban huir, pero me sentía demasiado débil para ello. Lo más que podía hacer -y con gran esfuerzo- era dejar de ver a la chica, y eso fue lo que hice. Evité incluso los encuentros fortuitos en el jardín. Abandonaba la casa solo cuando sabía que ella ya se había marchado a sus clases de música, y volvía después de la caída de la noche. Sin embargo era como si estuviera en trance; daba rienda suelta a las imaginaciones más fascinantes y toda mi vida intelectual estaba relacionada con ellas. ¡Ah, querido amigo! Tus acciones tienen una relación tan clara con la razón que no puedes imaginarte el paraíso de locura en el que viví.

»Una tarde, el diablo me hizo ver que era un idiota redomado. A través de una conversación desordenada, y sin buscarlo, me enteré por la cotilla de mi casera que la habitación de la joven estaba al lado de la mía, separada por una pared medianera. Llevado por un impulso torpe y repentino, di unos golpecitos suaves en la pared. Evidentemente, no hubo respuesta, pero no tuve humor suficiente para aceptar un rechazo. Perdí la cordura y repetí esa tontería, esa infracción, que de nuevo resultó inútil, por lo que tuve el decoro de desistir.

»Una hora más tarde, mientras estaba concentrado en algunos de mis estudios sobre el infierno, oí, o al menos creí oír, que alguien contestaba mi llamada. Dejé caer los libros y de un salto me acerqué a la pared donde, con toda la firmeza que mi corazón me permitía, di tres golpes. La respuesta fue clara y contundente: uno, dos, tres, una exacta repetición de mis toques. Eso fue todo lo que pude conseguir, pero fue suficiente; demasiado, diría yo.

»Aquella locura continuó a la tarde siguiente, y en adelante durante muchas tardes, y siempre era yo quien tenía la última palabra. Durante todo aquel tiempo me sentí completamente feliz pero, con la terquedad que me caracteriza, me mantuve en la decisión de no ver a la chica. Un día, tal y como era de esperar, sus contestaciones cesaron. «Está enfadada -me dije- porque cree que soy tímido y no me atrevo a llegar más lejos»; entonces decidí buscarla y conocerla y... Bueno, ni supe entonces ni sé ahora lo que podría haber resultado de todo aquello. Solo sé que pasé días intentando encontrarme con ella, pero todo fue en vano. Resultaba imposible verla u oírla. Recorrí infructuosamente las calles en las que antes nos habíamos cruzado; vigilé el jardín de su casa desde mi ventana, pero no la vi entrar ni salir. Profundamente abatido, pensé que se había marchado; pero no intenté aclarar mi duda preguntándole a la casera, a la que tenía una tremenda ojeriza desde que me habló de la chica con menos respeto del que yo consideraba apropiado.

»Y llegó la noche fatídica. Rendido por la emoción, la indecisión y el desaliento, me acosté temprano y conseguí conciliar un poco el sueño. A media noche hubo algo, un poder maligno empeñado en acabar con mi paz para siempre, que me despertó y me hizo incorporarme para prestar atención a no sé muy bien qué. Me pareció oír unos ligeros golpes en la pared: el fantasma de una señal conocida. Un momento después se

repite: uno, dos, tres, con la misma intensidad que la primera vez, pero ahora un sentido alerta y en tensión los recibía. Estaba a punto de contestar cuando el Enemigo de la Paz intervino de nuevo en mis asuntos con una pícaro sugerencia de venganza. Como ella me había ignorado cruelmente durante mucho tiempo, yo le pagaría con la misma moneda. ¡Qué tontería! ¡Que Dios sepa perdonármela! Durante el resto de la noche permanecí despierto, escuchando y reforzando mi obstinación con cínicas justificaciones.

»A la mañana siguiente, tarde, al salir de casa me encontré con la casera, que entraba:

»-Buenos días, señor Dampier -dijo-; ¿se ha enterado usted de lo que ha pasado?

Le dije que no, de palabra, pero le di a entender con el gesto que me daba igual lo que fuera. No debió captarlo porque continuó:

-A la chica enferma de al lado. ¿Cómo? ¿No ha oído nada? Llevaba semanas enferma y ahora...

Casi salto sobre ella.

»-Y ahora... -grité-, y ahora ¿qué?

»-Está muerta.

»Pero aún hay algo más. A mitad de la noche, según supe más tarde, la chica se había despertado de un largo estupor, tras una semana de delirio, y había pedido -este fue su último deseo- que llevaran su cama al extremo opuesto de la habitación. Los que la cuidaban consideraron la petición un desvarío más de su delirio, pero accedieron a ella. Y en ese lugar aquella pobre alma agonizante había realizado la débil aspiración de intentar restaurar una comunicación rota, un dorado hilo de sentimiento entre su inocencia y mi vil monstruosidad, que se empeñaba en profesar una lealtad brutal y ciega a la ley del Ego.

»¿Cómo podía reparar mi error? ¿Se pueden decir misas por el descanso de almas que, en noches como esta, están lejos, «por espíritus que son llevados de acá para allá por vientos caprichosos», y que aparecen en la tormenta y la oscuridad con signos y presagios que sugieren recuerdos y augurios de condenación?

»Esta ha sido su tercera visita. La primera vez fui escéptico y verifiqué por métodos naturales el carácter del incidente; la segunda, respondí a los golpes, varias veces repetidos, pero sin resultado alguno. Esta noche se completa la «tríada fatal» de la que habla Parapeliús Necromantius. Es todo lo que puedo decir».

Cuando hubo terminado su relato no encontré nada importante que decir, y preguntar habría sido una impertinencia terrible. Me levanté y le di las buenas noches de tal forma que pudiera captar la compasión que sentía por él; en señal de agradecimiento me dio un silencioso apretón de manos. Aquella noche, en la soledad de su tristeza y remordimiento, entró en el reino de lo Desconocido.

### ***La leyenda de Sleepy Hollow, Washington Irving***

En el seno de uno de esos espaciosos recodos que forman la parte oriental del Hudson, en aquella parte ancha del río que los antiguos navegantes holandeses llamaban Tappaan Zee, donde los marinos prudentemente recogían sus velas e imploraban el apoyo de san Nicolás, se encuentra una pequeña ciudad o puerto en el cual se celebran con frecuencia ferias. Algunos la llaman Greensburgh, pero más propiamente la conoce la mayoría por Tarry Town. Se dice que le dieron este nombre las buenas mujeres de las regiones adyacentes por la inveterada propensión de sus maridos a pasar el tiempo en la taberna de la villa durante los días de mercado. Sea como quiera, yo no aseguro este hecho, sino que simplemente me limito a hacerlo constar para ser exacto y veraz. A una distancia de

unos tres kilómetros de esta villa se encuentra un vallecito situado entre altas colinas, que es uno de los más tranquilos lugares del mundo. Corre por él un riachuelo, cuyo murmullo es suficiente para adormecer al que lo escucha; el canto de los pájaros es casi el único sonido que rompe aquella tranquilidad uniforme. Me acuerdo, cuando era todavía joven, haberme dedicado a la caza en un bosque de nogales que da sombra a uno de los lados del valle. Había iniciado mi excursión al mediodía, cuando todo está tranquilo, tanto que me asombraban los disparos de mi propia escopeta que interrumpían la tranquilidad del sábado y el eco reproducía. Si quisiera encontrar un retiro adonde dirigirme para huir del mundo y de sus distracciones, y pasar en sueños el resto de una agitada vida, no conozco lugar más indicado que este pequeño valle.

Debido a la peculiar tranquilidad del lugar y al carácter de sus habitantes, esta región aislada ha sido llamada el Valle Dormido. En las regiones circunvecinas se llama a los muchachos de esta región las gentes del Valle Dormido. Una ensoñadora influencia parece poseer el país e invadir hasta la misma atmósfera. Algunos dicen que un doctor alemán embrujó el lugar, en los primeros días de la colonia; otros afirman que un viejo jefe indio celebraba aquí sus peculiares ceremonias, antes que estas tierras fueran descubiertas por Hendrick Hudson. Lo cierto es que el lugar continúa todavía bajo la influencia de alguna fuerza mágica, que domina las mentes de todos los habitantes, obligándolos a obrar como si se encontraran en una continua ensoñación. Crean en toda clase de cosas maravillosas, están sujetos a éxtasis y visiones, frecuentemente observan extrañas ocurrencias, oyen melodías y voces del aire. En toda la región abundan las leyendas locales, los lugares encantados y las supersticiones. Las estrellas fugaces y los meteoros aparecen con más frecuencia aquí que en ninguna otra parte del país; los monstruos parecen haber elegido este lugar como escenario favorito de sus reuniones.

Sin embargo, el espíritu dominante que aparece en estas regiones encantadas es un jinete sin cabeza. Se dice que es el espíritu de un soldado de las tropas del gran duque de Hesse al que una bala de cañón le arrancó la cabeza, en una batalla sin nombre, durante una revolución; los campesinos lo ven siempre corriendo por las noches, como si viajara en alas del viento. Sus excursiones no se limitan al valle, sino que a veces se extienden por los caminos adyacentes, especialmente hasta cerca de una iglesia cercana. Algunos de los más fidedignos historiadores de estas regiones, que han coleccionado y examinado cuidadosamente las versiones acerca de este espectro, afirman que el cuerpo del soldado fue enterrado en la iglesia, que su espíritu vuelve a caballo al escenario de la batalla en busca de su cabeza y que la fantástica velocidad con que atraviesa el valle se debe a que ha perdido mucho tiempo y tiene que apresurarse para entrar en el cementerio antes de la aurora.

Esta es la opinión general acerca de esta superstición legendaria que ha suministrado material para más de una extraña historia en aquella región de sombras. En todos los hogares de la región se conoce este espectro con el nombre de «jinete sin cabeza del Valle Dormido».

Es notable que esa propensión por las visiones no se limita a las personas nacidas en el valle, sino que se apodera inconscientemente de cualquiera que reside allí durante algún tiempo. Por muy despierto que haya sido antes de llegar a aquella región, es seguro que en poco tiempo estará sometido a la influencia encantadora del aire y comenzará a ser más imaginativo, a soñar y ver apariciones.

Menciono este pacífico lugar con todas las alabanzas posibles, pues en tales aislados valles holandeses, que se encuentran esparcidos por el Estado de Nueva York, se conservan rígidamente las maneras y las costumbres de la población, mientras que la corriente emigratoria que lleva a cabo tan incesantes cambios en otras partes de este

inquieto país barre todas esas cosas antiguas, sin que nadie se preocupe por ellas. Esos valles son pequeños remansos de agua tranquila, que pueblan las orillas del rápido río. Aunque han pasado muchos años desde que atravesé las sombras del Valle Dormido, me pregunto si no encontraría todavía los mismos árboles y las mismas familias vegetando en aquel recogido lugar.

En este apartado sitio vivió, en un remoto periodo de la historia americana, un notable individuo llamado Ichabod Crane, que residía en el Valle Dormido con el propósito de instruir a los niños de la vecindad. Había nacido en Connecticut, región que suministra a los Estados Unidos no solo aventureros de la mente sino también del bosque, y que produce anualmente legiones de leñadores y de maestros de escuela. Crane era alto, excesivamente flaco, de hombros estrechos, largo de brazos y piernas y manos que parecían estar a una legua de distancia de las mangas.

Su cabeza era pequeña, plana vista desde arriba, provista de enormes orejas, grandes ojos vidriosos y verduscos y una nariz grande, prominente, por lo que parecía un gallo de metal de una veleta, que indica el lado del cual sopla el viento. Al verle caminar en un día tormentoso, flotando el traje alrededor de su cuerpo esmirriado, se le podía haber tomado por el genio del hombre que descendía sobre la tierra.

La escuela era un edificio bajo, construido rústicamente con troncos, que se componía de un solo cuarto; algunas de las ventanas tenían vidrios; otras estaban cubiertas con hojas de viejos cuadernos de escritura. En las horas que el maestro no se encontraba en la escuela, se mantenía cerrada mediante una varilla de madera flexible, fijada al picaporte de la puerta, y barras que cerraban las contraventanas. Estaba situada en un paraje bastante solitario, pero agradable, al pie de una boscosa colina; un arroyuelo corría cerca de ella y en uno de sus extremos crecía un gran álamo. El murmullo de las voces de los alumnos recitando sus lecciones parecía, en un soñoliento día de verano, algo así como el runrún de una colmena, interrumpido de cuando en cuando por la voz autoritaria del maestro, en tono de amenaza o de orden, o quizás por el sonido de la vara, que hacía marchar por el florido sendero del conocimiento a alguno de sus discípulos. Ciertamente es que era un hombre concienzudo que siempre recordaba aquella máxima de oro: «Ahorra la vara y echa a perder al niño». Ciertamente los discípulos de Crane no se echaban a perder.

Sin embargo, no quisiera que el lector se imagine que Crane era uno de esos crueles directores de escuela que se complacen en el suplicio de sus educandos; por el contrario, administraba justicia con discreción, más bien que con severidad, evitando cargar los hombros de los débiles y echándola sobre los de los fuertes. Perdonaba a los flojos muchachos que temblaban al menor movimiento de la vara; pero las exigencias de la justicia se satisfacían suministrando una doble porción a algún chiquillo holandés obstinado, que se indignaba y se endurecía bajo el castigo. Crane decía que esto era «cumplir con su deber para con los padres»; nunca infligió una pena sin asegurar que el niño «lo recordaría para toda la vida y se lo agradecería mientras viviera», lo que era un gran consuelo para sus discípulos. Cuando terminaban las clases, Crane era el compañero de los muchachos mayores; en ciertas tardes acompañaba a sus casas a los menores que se distinguían por tener hermanas bonitas o por ser sus madres muy reputadas por la excelencia de su cocina. Le convenía estar en buenas relaciones con sus discípulos. La escuela producía muy poco, tanto que difícilmente hubiera bastado para proporcionarle el pan de cada día pues era un gran comilón y, aunque flaco, tenía la capacidad de expansión de una boa. Para ayudarlo a mantenerse, de acuerdo con la costumbre de aquellas regiones, le proporcionaban casa y comida los padres de sus discípulos. Vivía una semana en casa de cada uno de ellos, recorriendo así toda la vecindad, llevando sus efectos personales atados en un pañuelo de algodón. Para que



esta carga no fuera muy onerosa para la bolsa de sus rústicos protectores, que se inclinaban a considerar la escuela como un gasto superfluo y que tenían a los maestros por simples zánganos, Crane se valía de diferentes procedimientos para hacerse útil y agradable.

En muchas ocasiones ayudaba a los hacendados en los trabajos menos difíciles: formar las parvas, llevar los caballos al abrevadero y las vacas a las tierras de pastoreo, cortar madera para el invierno, etc. Dejaba de un lado toda aquella dignidad e imperio absoluto con los que dominaba su pequeño reino escolar. Era entonces gentil y sabía ganarse las voluntades a maravilla. Se congraciaba a los ojos de las madres, acariciando a los chiquillos, particularmente a los más pequeños; como el león que de puro magnánimo se hizo amigo de la oveja, se pasaba las horas enteras con un niño en las rodillas, mientras con el pie mecía la cuna de otro.

Además de sus otras actividades, era maestro de canto de la vecindad y ganaba buenos chelines, instruyendo a la gente joven en el canto de los salmos. Era materia de no poco orgullo para él apostarse los domingos en el coro de la iglesia acompañado por un grupo de cantores elegidos, entre los cuales se distinguía a los ojos del párroco, según su opinión. Ciertamente es que su voz se elevaba muy por encima de la del resto de la congregación. En aquella iglesia todavía se oyen los domingos trémolos que alcanzan a más de un kilómetro de distancia y que muchos tienen por descendientes legítimos de la nariz de Crane.

Mediante estos diversos procedimientos, mediante esa ingeniosa manera que el vulgo llama «por las buenas o por las malas», aquel notable pedagogo vivía bastante bien; todos los que no entienden nada del trabajo intelectual creían que su vida era maravillosamente fácil.

Generalmente, el maestro de escuela es un hombre de cierta importancia en los círculos femeninos de una región rural, por considerársele una especie de caballero que nada tiene que hacer y cuyos gustos y conocimientos son enormemente superiores a los de los rudos campesinos y cuya sabiduría es solo inferior a la del párroco. En consecuencia, en cuanto aparece a la hora del té en un hogar campesino, provoca una cierta agitación y hace aparecer sobre la mesa un plato más de pastelería o de dulces, induciendo a veces al ama de casa a sacar a relucir la tetera de plata. Todas las damiselas de la región sonreían a nuestro hombre de letras. ¡Qué buen papel hacía entre ellas, en el patio de la iglesia, durante los intervalos del oficio divino! Los galanes rurales, tímidos y torpes, se quedaban con la boca abierta y envidiaban su elegancia superior y sus habilidades.

Esta vida errante le convertía en una especie de gaceta ambulante que llevaba de casa en casa todas las murmuraciones locales, por lo cual siempre se le recibía con satisfacción. Las mujeres le estimaban por ser hombre de gran erudición, que había leído íntegramente varios libros y que dominaba a la perfección el de Cotton Mathers, *Historia de la brujería en Nueva Inglaterra*, obra en la cual él creía a pie juntillas.

Crane era una extraña mezcla de picardía aldeana e ingenua credulidad. Su apetito por lo maravilloso y su capacidad para digerirlo eran igualmente extraordinarios, cualidades ambas que había aumentado residiendo en aquella región encantada. Ningún relato era demasiado extraño o monstruoso para sus tragaderas. Después de haber terminado sus clases, se entretenía, tendido en el prado, junto al arroyuelo que pasaba al lado de su escuela, en leer el terrible libro de Mather, hasta que la página impresa era solo un conjunto de puntos negros. Se dirigía entonces a través de los arroyos y pantanos y de los sombríos bosques hasta la granja, donde le tocaba vivir aquella semana. En aquella hora embrujada, todo sonido, todo ruido de la naturaleza excitaba su calenturienta imaginación. En tales ocasiones su único recurso para cambiar de ideas o

alejar los espíritus maléficos consistía en cantar salmos; las buenas gentes del Valle Dormido, sentadas a las puertas de sus casas, se asustaban al oír sus nasales melodías que venían de alguna colina distante o seguían a lo largo del polvoriento camino.

Otra de sus terribles diversiones consistía en pasar las largas noches de invierno con las viejas mujeres holandesas, mientras hilaban al lado del fuego, donde se asaban las manzanas. Escuchaba entonces sus maravillosos relatos acerca de aparecidos, de espíritus, casas, arroyos, puentes y campos encantados, y en particular del jinete sin cabeza o el soldado de Hesse, como se le llamaba a veces. En pago de esto, las divertía igualmente con sus anécdotas de brujerías y las portentosas visiones y terribles signos y sonidos del aire que prevalecía en los primeros tiempos de Connecticut y las aterrorizaba con divagaciones acerca de los cometas y las estrellas fugaces y con la circunstancia alarmante de que el mundo daba vueltas y que la mitad de él se encontraba patas arriba.

Pero si significaba un placer sentirse bien abrigado al lado del fuego, en un cuarto en el que no se atrevería a presentarse ningún fantasma, bien caro le costaba, pues debía pagarlo con los terrores de su vuelta a casa. ¡Qué terribles formas y sombras se cruzaban en su camino, a la claridad débil y espectral de una noche de nevada! ¡Con qué ansiosa mirada observaba el más débil rayo de luz que provenía de alguna ventana distante! ¡Cuántas veces le asustó un arbusto cubierto de nieve, que parecía un espectro revestido de una sábana y que se interponía en su camino! ¡Cuántas veces retrocedió espantado al oír el ruido que hacían sus propias pisadas sobre la tierra helada! Temía mirar hacia atrás, de puro miedo de ver algún horrible monstruo. ¡Cuántas veces se sentía próximo a desmayarse por confundir el movimiento de los árboles, causado por una ráfaga de viento, con el jinete sin cabeza!

Todo esto no era más que el terror de la noche, fantasmas de la mente que se deslizan en la oscuridad; aunque había visto durante su vida numerosos espíritus y más de una vez se había sentido poseído por el mismo Satanás en diferentes formas, todo terminaba con la llegada del día; hubiera sido un hombre feliz a pesar del diablo y de sus malas obras, si no se hubiera cruzado en su camino un ser que causa más preocupaciones a los hombres mortales que los aparecidos, los espíritus y todas las brujas juntas: una mujer.

Entre los discípulos de música que se reunían una tarde por semana para aprender el canto de los salmos, se encontraba Katrina Van Tassel, hija única de un rico labrador holandés. Era una bellísima niña de dieciocho años, bien metida en carnes, madura de tez y sonrosada como una de las peras de la huerta de su padre, unánimemente estimada, no solo por su belleza sino por la riqueza que había de heredar. Era algo coquetuela, como se veía en su vestido, que era una mezcla de lo antiguo y lo moderno, muy apropiada para hacer resaltar sus encantos. Llevaba joyas de oro puro, que había traído de Saardam su bisabuela, el tentador jubón de los antiguos tiempos y una falda provocadoramente corta, tanto que descubría el más bello pie de todos los contornos.

Crane tenía corazón blando y veleidoso, que se perecía por el bello sexo. No es de extrañar que muy pronto se decidiera por un bocado tan tentador, especialmente después de haber visitado la casa paterna.

El viejo Baltus Van Tassel era el más perfecto ejemplar de granjero próspero, contento con el mundo y consigo mismo. Ciertamente es que sus miradas o sus pensamientos nunca pasaban más allá de las fronteras de su propia granja, pero dentro de ella todo estaba limpio, en buen orden y bien arreglado. Sentíase satisfecho de su riqueza, pero no orgulloso de ella, y se vanagloriaba más de la abundancia en que vivía que de su estilo de vida. Su granja estaba situada a orillas del Hudson y en uno de esos rincones fértiles

en los cuales gustan tanto de hacer sus nidos los labradores holandeses. Daba sombra a la casa un árbol de gran tamaño, al pie del cual brotaba una fuente de la más límpida agua que, formando un estanque, se deslizaba después entre los pastos, corriendo hasta un arroyuelo cercano. Cerca de la vivienda se encontraba un depósito tan grande que hubiera podido servir de capilla y que parecía estallar de puro cargado con los tesoros que producía la tierra. Allí se oía continuamente, de la mañana a la noche, el ruido de los instrumentos de labranza; cantaban sin interrupción los pájaros; las palomas, que parecían vigilar el tiempo metían la cabeza entre las alas, mientras otras la ocultaban entre las plumas de la pechuga, y otras cortejaban a sus damas, emitiendo los gritos propios de su raza e hinchando el pecho, además de estar todas ellas dedicadas a la importante tarea de tomar el sol. Los cerdos, bien alimentados, gruñían reposadamente, sin moverse, en la tranquilidad y abundancia de sus zahúrdas, de donde salían, de cuando en cuando, pjaras de lechones, como si quisieran tomar un poco de aire fresco. Un numeroso escuadrón de gansos, blancos como la nieve, nadaba en un estanque adyacente, arrastrando detrás de sí su numerosa prole. Los pavos recorrían en procesión la granja. Ante la puerta del depósito hacía guardia el valiente gallo, ese modelo de esposo, de soldado y de caballero, batiendo sus relucientes alas y cacareando todo su orgullo y la alegría de su corazón. Algunas veces se dedicaba a escarbar la tierra, llamando entonces generosamente a su siempre hambrienta familia para que compartiera el riquísimo bocado que acababa de descubrir.

Al pobre pedagogo se le hacía la boca agua al observar toda aquella riqueza. Su mente, continuamente torturada por el hambre, le hacía imaginarse todo lechón sabrosamente metido en un pastel y con una manzana en la boca; las palomas se las representaba sin esa fruta; los gansos nadaban en su propia grasa, y los patos por pares, como marido y mujer, envueltos en salsa de cebolla. Veía a los puercos desprovistos de su grasa y de los jamones, los pavos presentados a la mesa como es costumbre, sin faltarles un collar de sabrosos embutidos; todo cantaclaro aparecía en el plato con una expresión como si pidiera el cuartel que nunca había querido dar en vida.

Mientras la imaginación de Crane pintaba todas estas cosas, sus ojos verdes recorrían los ricos pastos, las abundantes plantaciones de trigo, centeno y maíz y la huerta llena de árboles frutales que rodeaba la casa de Van Tassel. Su corazón ardía por la damisela que había de heredar todo aquello, imaginándose lo fácil que sería transformarlo en dinero contante y sonante, que podría invertirse en inmensas extensiones de tierras vírgenes y palacios de madera en otras soledades. Su fantasía le llevaba tan lejos que lo daba todo por hecho, y ya se veía con la bella Katrina y una tropa de chiquillos, en una carreta, cargada con toda clase de utensilios domésticos, galopando él mismo al lado en una yegua a la que seguía un potrillo, rumbo a Kentucky, Tennessee, o Dios sabe adónde.

Cuando entró en la casa, quedó completada la conquista de su corazón. Era uno de esos espaciosos hogares aldeanos, construido en el estilo de los primeros colonos holandeses. El techo se prolongaba más allá de los muros, formando una especie de galería a lo largo del frente de la casa que podía cerrarse en caso de mal tiempo. Allí se encontraban guadañas, arcos de montar y diversos instrumentos agrícolas, así como redes para pescar en el río cercano. A lo largo del muro había bancos, que se utilizaban solo en verano. En un rincón se encontraba una rueca y en otro una máquina para hacer manteca, lo que demuestra los diversos usos a que se destinaba aquel porche. De aquí el admirado Crane pasó al vestíbulo que formaba el centro de la casa y que era el lugar de residencia habitual. En un armario de cristales relucían hileras de fina porcelana. En un rincón había un fardo de lana, listo para hilar; en otro, el lino esperaba lo mismo; guirnalda de manzanas y peras secas mezcladas con pimientos colgaban de los muros;

una puerta abierta le permitió observar la sala de las visitas, donde las sillas y los muebles de caoba brillaban como espejos; decoraban la habitación naranjas de yeso y diversas conchas marinas; huevos de diferentes colores formaban otras guirnaldas; en el centro del cuarto colgaba un gran huevo de avestruz y un esquinero mostraba enormes tesoros de plata vieja y rica porcelana.

Desde el mismo momento en que Crane puso sus ojos sobre estas regiones celestiales, terminó la paz de su espíritu y el solo objeto de sus estudios consistía en ganar el afecto de la hija única de Van Tassel. En esta empresa encontró dificultades mayores que las de los caballeros andantes del año de Maricastaña, que rara vez tenían que vérselas con gigantes, encantadores, fieros dragones y otras cosas del mismo jaez, fáciles de vencer, y a los que les era preciso abrirse camino simplemente a través de puertas de hierro y bronce y muros de diamante, hasta la parte interior del castillo, donde estaba confinada la dama de sus pensamientos. Todo esto aquellos luchadores lo hacían tan fácilmente como partir un pastel de Navidad, ante lo cual la dama les concedía su mano, como si fuera la cosa más natural del mundo. En cambio, Crane tenía que encontrar su camino hasta el corazón de una coqueta campesina, que poseía un verdadero laberinto de caprichos y ocurrencias y que cada día presentaba nuevas dificultades e impedimentos; además tenía que habérselas con numerosos y formidables adversarios, seres de carne y hueso, rústicos admiradores que guardaban celosamente todas las puertas que conducían a su corazón, vigilándose mutuamente, prontos para hacer causa común contra algún nuevo competidor.

Entre estos, el más formidable era un muchachón, ancho de espaldas, bullicioso, jovial, que se llamaba Abrahán, o de acuerdo con la abreviatura holandesa, Brom Van Brunt, héroe de los contornos, en los cuales llevaba a cabo sus hazañas de fuerza y de resistencia. Su pelo era negro, ondulado y lo llevaba muy corto; su rostro reflejaba una expresión burlona, pero no desagradable, mezcla de mofa y arrogancia. Por su cuerpo hercúleo y fuertes brazos le llamaban Brom Bones, nombre por el cual era generalmente conocido. Tenía fama de ser gran caballista y de dominar su caballo como un tártaro. Era el primero en todas las carreras y riñas de gallos; con el ascendiente que presta la fortaleza física en la vida rural, era el juez indiscutido de todas las disensiones. Entonces echaba su sombrero hacia un lado y daba su opinión con un aire que no admitía broma o réplica.

Siempre estaba dispuesto para una pelea o una fiesta, pero todas sus acciones tenían más de traviesas que de malvadas. A pesar de toda su rudeza, poseía en el fondo un carácter bromista. Tenía tres o cuatro compañeros, amigos íntimos suyos, que le tomaban como modelo y a la cabeza de los cuales recorría la región, presentándose en todo lugar donde se prometiera una pelea o una fiesta. En tiempo frío se distinguía por un gorro de piel, rematado en una orgullosa cola de zorro; cuando las gentes, reunidas por cualquier motivo, distinguían a la distancia esta bien conocida cresta, entre otros jinetes, se disponían para una tormenta. Algunas veces se oía a él y a sus compañeros, pasando a caballo a lo largo de las granjas, gritar y cantar como una tropa de cosacos del Don; las mujeres de edad, arrancadas al sueño por aquel barullo, escuchaban el desordenado ruido hasta que se perdía en la lejanía, y exclamaban entonces: «¡Ah! Ahí van Brom Bones y sus amigos». Los vecinos le consideraban con una mezcla de terror, admiración y buena voluntad; en cuanto ocurría alguna pelea u otro desorden en la vecindad, sacudían la cabeza y afirmaban que Brom Bones era la causa de todo.

Este héroe teatral eligió a Katrina como objeto de sus galanterías y, aunque sus escauceos amorosos se parecían a las gentiles caricias de un oso, se decía que ella no le había desahuciado completamente. Lo cierto es que sus avances eran la señal para que se retiraran sus rivales, que no sentían ninguna inclinación por entrometerse en los

amores de un león, tanto que cuando observaban el caballo de Brom Bones atado en el terreno de Van Tassel, signo seguro que él se encontraba allí cortejando, todos los otros admiradores de Katrina seguían desesperados y se apresuraban a dar batalla en otros cuarteles.

Este era el formidable rival con el cual tenía que habérselas Crane; examinando la situación desde todos los puntos de vista, un hombre más fuerte que él hubiera retrocedido; otro más sabio hubiera perdido toda esperanza. Felizmente, su naturaleza era una extraña mezcla de flexibilidad y perseverancia; aunque se doblaba, nunca se rompía; aunque se inclinaba ante la más leve presión, en cuanto esta desaparecía, se erguía otra vez, levantando su cabeza tan altiva como antes.

Hubiera sido locura invadir abiertamente el campo que el enemigo creía suyo, pues no era hombre que sufriera desengaños de amor, como Aquiles, aquel otro apasionado amante. En consecuencia, Crane llevó a cabo sus avances de una manera suave e insinuante. Pretextando sus clases de canto, visitó con frecuencia la granja, sin tener nada que temer de la engorrosa intervención de los padres de Katrina. Balt van Tassel era un hombre indulgente y bondadoso; amaba a su hija más que a su pipa, y como persona razonable y excelente padre, la dejaba hacer lo que quisiera. Su mujer estaba demasiado ocupada con la casa y el cuidado del gallinero, pues, como decía muy sabiamente, los patos y los gansos son tontos y hay que vigilarles, mientras que las muchachas pueden cuidarse a sí mismas. Mientras esta diligente mujer daba vueltas por la casa o trabajaba en la rueca, el honrado Balt fumaba su pipa, observando la veleta de madera que coronaba el depósito. Entretanto, Crane proseguía haciendo la corte a su hija, al lado de la fuente o caminando lentamente, a media luz, en esa hora tan favorable para la elocuencia del amante.

Confieso que no sé cómo se corteja y se gana el corazón de una mujer. Para mí ha sido siempre materia de reflexiones y admiración. Algunas parecen tener solo un punto vulnerable o puerta de entrada, mientras que otras parecen tener millares de avenidas, por lo que pueden ser conquistadas de mil maneras distintas. Es un gran triunfo de habilidad ganar a una de las primeras, pero una demostración mejor de estrategia mantener la posesión de una de las segundas, pues un hombre debe defender toda puerta y toda ventana de su fortaleza. El que gana mil corazones corrientes tiene derecho a una cierta fama, pero el que mantiene posesión indiscutible del de una coqueta es un héroe. No ocurrió así con el temible Brom Bones; su interés declinó visiblemente en cuanto Crane hizo sus primeros avances; en las noches de los domingos, ya no se observaba a su caballo atado en las tierras de Van Balten; gradualmente se produjo un odio mortal entre él y el pedagogo del Valle Dormido.

Brom, que a su manera era un rudo caballero, hubiera llevado las cosas por la tremenda hasta la guerra abierta y arreglado aquel asunto como los caballeros errantes de antaño, por combate entre los dos. Pero Crane estaba demasiado convencido de la superioridad de su adversario para aceptar ese procedimiento. Había oído una afirmación de Bones, según la cual iba «a doblar al dómine en dos y meterlo en un cajón de algún armario de la escuela» y deseaba ardientemente no darle oportunidad de cumplir su amenaza. Había algo extremadamente provocador en este sistema obstinadamente pacífico; no le quedaba a Brom otro recurso que proceder con la rusticidad de su naturaleza y hacer a su rival objeto de toda clase de bromas. Crane se convirtió en la víctima de las juguetonas persecuciones de Bones y sus amigos. Estos invadieron sus hasta entonces pacíficos dominios y disolvieron una reunión de su clase de canto, tapando desde afuera la chimenea. A pesar de sus formidables cerrojos y precauciones, entraron una noche en su escuela y pusieron todo patas arriba, por lo cual, a la mañana siguiente, el pobre maestro de escuela empezó a creer que todas las brujas

de los contornos se habían reunido allí. Pero lo que era aun más molesto, Brom no desperdiciaba oportunidad de ponerle en ridículo delante de la elegida de su corazón. Trajo un perro, verdadero campeón de los sinvergüenzas entre los de su raza, al que había enseñado a aullar de la manera más afrentosa, y lo presentó como rival de Crane, capaz de darle a ella lecciones de canto.

De este modo prosiguieron las cosas, sin producirse ningún choque entre ambas potencias beligerantes. En una bella tarde de otoño, Crane, bastante pensativo, estaba sentado en su trono, una silla alta, desde la cual vigilaba todos los negocios de su pequeño imperio literario. Tenía en la mano la palmeta, símbolo de su despótico poder.

La vara con que se administraba justicia reposaba detrás del trono, desde donde era perfectamente visible como perpetua advertencia para los malos. Sobre la mesa se veían numerosos artículos de contrabando y armas prohibidas, secuestradas a los chiquillos: manzanas a medio morder, hondas, trompos, jaulas para moscas, y toda una colección de gallos de pelea, lindamente cortados en papel. Aparentemente, hacía poco que se había administrado algún terrible acto de justicia, pues todos los escolares estudiaban sus libros con extraordinario ahínco, o hablaban en voz muy baja entre ellos, sin perder de vista al maestro. Reinaba en toda la escuela un silencio como el de una colmena de abejas. Fue interrumpido por la aparición de un negro, que llevaba un resto de sombrero redondo, como el casco de Mercurio; montaba un infame caballejo, que por lo visto no sabía lo que era la doma, y al que manejaba con un ronzal, en lugar de brida. Cayó a la escuela con una invitación para Crane a asistir a una reunión que se celebraría aquella noche en casa de Mynheer Van Tassel. Después de haber entregado su mensaje con ese aire de importancia y ese esfuerzo por hablar de lo fino que es propio de un negro en embajadas de esa clase, cruzó el arroyuelo y se le vio dirigirse hacia el extremo del valle, lleno de la importancia y urgencia de su misión.

Todo era ahora prisa y tumulto en la escuela. Crane instó a los alumnos a que ganasen tiempo en sus lecciones, sin preocuparse de niñerías. Los que eran ágiles se tragarón la mitad; los remisos recibieron, de cuando en cuando, unos golpes suaves, allí donde termina la espalda, para que se apresuraran o pudiesen leer una palabra larga. Se dejaron a un lado los libros, sin guardarlos en los cajones, se volcaron los tinteros, los bancos quedaron patas arriba, y toda la escuela quedó en libertad una hora antes del tiempo usual. Todos los diablos encerrados en ella salieron al campo, aullando y haciendo toda clase de maldades, alegres por su pronta emancipación.

El galante Crane pasó por lo menos una media hora extraordinaria, arreglando y cepillando su ropa: un único traje negro. También se arregló sus tirabuzones, delante de un pedazo de espejo, que colgaba de uno de los muros de la escuela. Para poder aparecer ante la elegida de su corazón como un verdadero caballero, pidió prestado un caballo al granjero en cuya casa se aposentaba por aquellos días, que era un colérico viejo holandés, llamado Hans Van Ripper. Provisto de caballería, salió, como un caballero errante, en busca de entuertos que deshacer. Conforme al verdadero espíritu de una historia romántica, debo describir algunos detalles de mi héroe y su cabalgadura. El animal que montaba era un caballo de arar, medio deshecho, que había sobrevivido a todo, excepto a sus propias malas intenciones. Era flaco y su pelo nunca había sido cuidado; tenía el cuello de un borrego y una cabeza como un martillo; sus crines formaban toda clase de nudos; uno de sus ojos había perdido la pupila, por lo que parecía incoloro y espectral, pero el otro brillaba como el de un verdadero demonio. A juzgar por el nombre de Pólvora, debía haber tenido fuego y brío en su juventud. Había sido el caballo de silla favorito de su amo, el colérico Van Ripper, que era un jinete furioso y que muy probablemente había infundido al animal algo de su propio espíritu,

pues aunque parecía viejo y matalón había en él más de un demonio en acecho que en cualquier potrillo de aquellos lugares.

Crane era una figura digna de tal cabalgadura. Montaba con estribos cortos; sacaba los codos hacia afuera como un saltamontes; llevaba el látigo perpendicularmente, como un cetro; cuando el caballo se movía, el movimiento de sus brazos recordaba las alas de un ave. Un mechón de pelo le caía sobre la nariz, pues así se podía llamar a su estrecha frente. Los faldones de su levita flotaban al aire, haciendo la competencia a la cola del jamelgo. Tal era el aspecto que ofrecían jinete y cabalgadura cuando salieron de los campos de Van Ripper: aparición que no es corriente encontrar en pleno día.

Como ya lo he hecho notar, era una bella tarde de otoño: el cielo estaba claro y sereno y la naturaleza llevaba aquel ropaje rico y áureo que siempre asociamos con la idea de la abundancia. El bosque tenía un color amarillo y pardo; algunos árboles menos resistentes, a los que habían herido los crudos fríos, mostraban una intensa coloración: anaranjada, púrpura y escarlata. Empezaban a aparecer bandadas de patos silvestres.

Los pajarillos se despedían. Recorrían al son de su propia música todo el bosque, de árbol en árbol y de arbusto en arbusto. Mientras proseguía lentamente su camino, sus ojos siempre despiertos a todos los síntomas de la abundancia culinaria, recorría con la imaginación todos los atrayentes tesoros propios de la estación. Veía por todas partes una gran cosecha de manzanas: algunas colgaban opulentas de los árboles; otras se encontraban ya en cestos, prontas para ser enviadas al mercado; otras se amontonaban para la prensa de sidra. Más allá veía extensos campos de maíz cuyas doradas panojas sobresalían entre el follaje, y que prometían dorados pasteles y maíz tostado; debajo de ellos veía los melones que exponían al sol sus tambaleantes vientres, y que prometían succulentos pasteles; enseguida pasó por fragantes campos de trigo, y respiró más allá el aroma de una colmena, ante lo cual se le anticipó el desayuno, bien provisto de manteca y miel por la delicada mano de Katrina van Tassel. Alimentando así su mente con dulces pensamientos y azucaradas hipótesis, prosiguió su viaje por unas colinas que permiten contemplar el más bello paisaje del poderoso Hudson. Gradualmente el sol hundía su ancho disco por occidente. El amplio seno del Tappaan Zee yacía inmóvil y vidrioso, si se exceptúa alguna suave ondulación que prolongaba la sombra azul de las distantes montañas. Unas pocas nubes de ámbar flotaban en el cielo, sin que las moviera ninguna brisa. El horizonte era de un fino tinte áureo, que se transformaba gradualmente en un verde manzana y de ahí en un profundo azul. Un rayo de luz se detenía en el boscoso límite de los precipicios que en algunos puntos forman la costa del río, dando mayor profundidad al gris oscuro y al púrpura de las rocas. A la distancia una pequeña embarcación avanzaba lentamente, llevada por la corriente de la marea; sus velas colgaban inútiles de los mástiles. La imagen del cielo sobre las tranquilas aguas inducía a creer que la embarcación estaba suspendida en el aire.

Crane llegó al castillo de Heer Van Tassel, a la caída de la tarde. Estaba ya lleno de la flor y nata de las regiones adyacentes. Los viejos granjeros, una raza taciturna de rasgos enérgicos, vestían levitas y pantalones cuyo tejido habían hilado en casa, medias azules y zapatos grandes. Sus mujeres llevaban cofias, jubones cortos, faldas, cuyo tejido habían hilado ellas mismas, y bolsas de indiana a los costados. Las jovencitas, gordezuelas, vestían de una manera tan anticuada como sus madres, excepto que algunas llevaban un sombrero de paja, un cintajo o una falda blanca, síntomas de la influencia de la ciudad. Los muchachos usaban levitas, llenas de brillantes botones de bronce, llevando el pelo atado en una coleta sobre la nuca, de acuerdo con la moda de la época.

Brom Bones era el héroe de la fiesta, a la que había llegado en su cabalgadura favorita, Diablo Audaz, la que, como él, estaba llena de malas artes y de brío, y que nadie sino él podía manejar. Prefería siempre los caballos viciosos, aficionados a toda clase de mañas, sobre los cuales el jinete se encuentra en constante riesgo de romperse los huesos, pues era de opinión que un caballo bien domado y dócil es indigno de un verdadero hombre. Me gustaría detenerme sobre el conjunto de encantos que se presentó a la entusiasmada mirada de mi héroe cuando entró en la sala de visitas de la casa de Van Tassel. No los de aquella compañía de muchachas gordezuelas con su lujoso despliegue de blanco y rojo, sino los de una verdadera mesa holandesa en los ricos tiempos de otoño. Tal era el conjunto de pasteles, los unos encima de los otros, de variadísimas y casi indescriptibles clases, solo conocidas por las experimentadas cocineras holandesas. Allí se encontraban todos los miembros de la amplia familia de la repostería. No faltaba tampoco la de las empanadas, además de tajadas de jamón y de carne de ternera ahumada, sin contar los deleitables platos de ciruelas, peras y otras frutas en compota. Tampoco faltaba el pescado cocido y los pollos asados, sin contar los cuencos de leche y de crema, todo entreverado lo uno con lo otro, casi en el mismo orden que lo he enumerado, presidido por la maternal tetera que arrojaba nubes de vapor. Debo tomar aliento y tiempo para detallar este banquete como se merece, y tengo los mejores deseos de proseguir rápidamente con mi historia. Felizmente, Crane no tenía tanta prisa como su cronista, por lo que hizo los más cumplidos honores a todos los platos.

Era una criatura bondadosa y agradecida cuyo corazón se dilataba en proporción a la cantidad de alimento ingerido y cuyo espíritu se elevaba comiendo, exactamente como les ocurre a otros hombres cuando beben. No podía menos de entusiasmarse con la posibilidad de que algún día fuera dueño y señor de este lujo y esplendor casi inimaginable. Pensó cuánto tiempo tardaría entonces en despedirse de la vieja escuela, castañeteando los dedos en señal de despedida en la misma cara de Hans Van Ripper y cualquier otro de sus otros tacaños protectores, así como en echar a puntapiés a cualquier pedagogo andante que se atreviera a llamarle colega.

El viejo Baltus Van Tassel se movía entre sus huéspedes con una cara dilatada por la satisfacción y el buen humor. Su hospitalidad como jefe de la casa era corta pero expresiva, limitándose a estrechar la mano, dar una palmada en los hombros, reírse fuertemente e insistir en que los invitados se acercaran a la mesa y se sirvieran ellos mismos.

En aquel momento se oyó en el cuarto mayor la música que invitaba al baile. Tocaba un anciano de color, de pelo gris, que era la orquesta ambulante de los contornos desde hacía más de medio siglo. Su instrumento era tan viejo y había recibido tantos golpes como él mismo. La mayor parte del tiempo se limitaba a rascar dos o tres cuerdas, acompañando todo movimiento del arco con otro de la cabeza, inclinándose casi hasta el suelo y golpeando con el pie cuando una nueva pareja iba a empezar.

Crane se enorgullecía tanto de su habilidad en el baile como de su arte para cantar. Ni un hueso ni un músculo de su cuerpo quedaba en inactividad al danzar; quien le viese cómo movía su osamenta podía imaginarse que el mismísimo san Vito, bendito patrón de los bailarines, bailaba delante de uno. Era la admiración de los negros de todo pelo y condición que viniendo de la granja y de todas las cercanas formaban pirámides de brillantes caras negras en todas las puertas y ventanas, mirando asombrados la escena mientras mostraban el blanco de los ojos e hileras de marfil de oreja a oreja. ¿Cuál había de ser el estado de espíritu de aquel inquisidor de chiquillos, sino alegre y animado? La dueña de sus pensamientos bailaba con él y sonreía graciosamente a todos sus



galanteos, mientras que Brom Bones, poseído de amor y de celos, reflexionaba en un rincón.

Cuando terminó el baile, Crane se acercó a un grupo de gente más sensata que junto con Van Tassel fumaba en el porche, charlando sobre tiempos pasados y contando largas historias acerca de la guerra.

Esta región, en la época a que me refiero, era un lugar altamente favorecido, con abundancia de crónicas de grandes hombres. Las líneas británicas y norteamericanas habían pasado muy cerca de ella durante la guerra, por lo que había sido escenario de saqueos y había sufrido una epidemia de refugiados, *cowboys* y toda clase de caballeros de la frontera. Había transcurrido justamente el tiempo necesario para que todo el que relatará una historia pudiera aderezarla con un poco de fantasía, y como sus recuerdos ya no eran muy claros, se convertía en el héroe de aquellas hazañas.

Por ejemplo, se contó la historia de Doffue Martling, un holandés gigantesco de barba negra que casi tomó una fragata británica con un viejo cañón de nueve libras, colocado detrás de un parapeto bajo de barro; solo que el cañón estalló al sexto disparo. También se encontraba allí un viejo caballero, cuyo nombre no daremos por ser un *mynheer* demasiado rico para que lo mencionemos a la ligera, quien en la batalla de Whiteplains, siendo un excelente maestro de esgrima, paró una bala de mosquete con un espadín: la oyó silbar contra la hoja y pasó por la empuñadura, en prueba de lo cual estaba dispuesto a mostrar aquella arma blanca, cuya taza estaba ligeramente encorvada. Hablaron otros notables más, que se habían distinguido igualmente en el campo de batalla, ninguno de los cuales dejaba de creer que en gran parte se debía a él que la guerra hubiera terminado felizmente.

Pero todo esto no era nada en comparación con los relatos de espíritus y aparecidos que se contaron después. La región es muy rica en tesoros legendarios de esta clase. Los cuentos locales y las supersticiones florecen mejor en estos lugares apartados, lejos del ruido del mundo, en los que viven poblaciones largo tiempo asentadas. Pero ese mismo folklore desaparece bajo las pisadas de la población de nuestras localidades rurales. Además, en nuestras ciudades no se fomenta de ninguna manera la actividad de los espíritus, pues apenas han tenido tiempo de echar un buen sueño y darse vuelta en sus tumbas cuando sus amigos sobrevivientes se alejan de la región, por lo que, cuando aquellos se dedican a rondar de noche, no les queda ningún amigo a quien visitar. Tal vez esta sea la razón por la cual oímos hablar tan rara vez de aparecidos, excepto en la colonia holandesa, hace tanto tiempo establecida entre nosotros.

Sin embargo, la causa inmediata del predominio de las historias sobrenaturales en estas regiones se debía sin duda a la vecindad del Valle Dormido. El mismo aire que provenía de aquella región encantada producía el contagio, pues inspiraba una atmósfera de sueños y fantasías que infectaba todo el país. Habían acudido a la fiesta de Van Tassel varias personas radicadas allí que, como era su costumbre, empezaron a contar sus leyendas maravillosas. Se relataron muchas tétricas observaciones de desfiles funerarios, de gritos plañideros y de lamentaciones, cosas todas vistas y oídas alrededor del árbol donde fue tomado prisionero el desdichado mayor André, y el cual existía todavía en la vecindad. Alguien mencionó la mujer vestida de blanco que aparecía cerca de la Roca de los Cuervos, y que hacía oír sus lamentaciones en las noches de invierno, antes de una tormenta, por haber perecido allí en la nieve. Sin embargo, la mayor parte de los relatos se referían al espectro favorito del Valle Dormido: el jinete sin cabeza, que últimamente había aparecido muchas veces, recorriendo la región, y del cual se decía que se paseaba de noche por el cementerio, llevando su caballo atado a un cabestro.

La situación aislada de esta iglesia parecía convertirla en el refugio favorito de inquietos espíritus. Estaba erigida sobre una colina, rodeada de árboles entre los cuales sus muros pintados de blanco relucían modestamente, como un símbolo de la pureza cristiana irradiando a través de las sombras del retiro. La colina descende suavemente hacia un plateado lago rodeado de árboles, entre los cuales se distinguen a lo lejos las montañas que bordean el Hudson. Cuando se observa el cementerio adyacente, invadido por la hierba y donde los rayos del sol parecen dormirse, uno se siente inclinado a creer que por lo menos allí los muertos pueden descansar en paz. A un lado de la iglesia se extiende un pequeño valle boscoso a través del cual corre un arroyuelo entre rocas y troncos de árboles caídos. Sobre una oscura parte de la corriente, no lejos de la iglesia, se construyó un puente de madera; tanto el camino que conducía a él como este mismo estaban sumergidos en la profunda sombra que daban los árboles que lo rodeaban, aun en pleno día, y que de noche producía una terrible obscuridad. Este era uno de los refugios favoritos del jinete sin cabeza y el lugar donde se le encontraba más frecuentemente. Se contó la historia del viejo Brouwer, y de cómo encontró al jinete al volver de una excursión al Valle Dormido, cómo tuvo que seguirle, cómo galoparon a través de los bosques y de las praderas, de las colinas y de los pantanos, hasta que llegaron al puente, donde el jinete se convirtió repentinamente en un esqueleto, que arrojó al viejo Brouwer al arroyo y desapareció por encima de las copas de los árboles con el ruido de un trueno.

Sobrepasó esta historia Brom Bones, quien contó otra maravillosa, en la cual se burló del descabezado, como buen jinete. Afirmó que al volver una noche de la cercana villa de Sing-Sing, se encontró con este jinete nocturno, que se ofreció a correr una carrera con él, por un vaso de ponche, y que la hubiera ganado, pues Diablo Audaz, su caballo, le llevaba ya varios cuerpos de ventaja al espectro equino sobre el que montaba el fantasma, a no ser porque al llegar al puente de la iglesia el soldado de Hesse desapareció en un mar de fuego.

Todos estos relatos, contados en ese bajo tono de voz con el cual la gente habla en la obscuridad, así como el aspecto de los oyentes, a los que solo iluminaba algún destello casual de las pipas, impresionaron profundamente a Crane. Pagó generosamente en la misma moneda con amplios extractos de su autor predilecto, Cotton Mather, agregando varios hechos maravillosos ocurridos en su estado natal, Connecticut, y las terribles visiones que había observado durante sus paseos nocturnos por el Valle Dormido.

La gente empezaba a retirarse. Los viejos granjeros metían a sus familiares en los carros y durante algún tiempo se les oyó recorrer los caminos y las distintas colinas. Algunas de las damiselas montaron sobre almohadones detrás de sus festejantes favoritos, y sus alegres carcajadas, mezcladas con el golpear de herraduras, se oían a lo largo de los bosques silenciosos, percibiéndose cada vez más débilmente hasta que eran inaudibles. Finalmente, aquel escenario de ruidosa alegría quedó también silencioso y desierto. Solo Crane retardaba todavía su partida de acuerdo con la costumbre vigente en el país de tener una conversación a solas con la heredera, completamente convencido de que estaba ahora en el camino del éxito. No pretendo decir lo que pasó en aquel coloquio, pues realmente no lo sé. Sin embargo, temo que algo debió andar mal, pues se fue casi enseguida con aire desolado y alicaído. ¡Oh, estas mujeres, estas mujeres! ¿Había estado jugando con él aquella coquetuela? ¿Eran las insinuaciones hechas al pobre pedagogo simplemente una comedia para asegurar la conquista de su rival? Solo Dios lo sabe, yo no. Baste decir que Crane abandonó la casa sin que nadie lo notara, con cara de aquel que se ha prendido a un palo del gallinero, y no del que ha querido conquistar el corazón de una bella mujer. Sin mirar a derecha e izquierda ni fijarse en la

riqueza que le rodeaba, a la cual había echado tantas miradas envidiosas, se dirigió al establo y a patadas y severos golpes hizo que se levantara su cabalgadura, que dormía profundamente, soñando tal vez con montañas de maíz y avena y valles enteros de trébol.

En esta hora embrujada de la noche, Crane, alicaído y con el corazón lacerado, emprendió el viaje hacia su casa, a lo largo de las colinas que se levantan más arriba de Tarry Town y que había atravesado aquella tarde con tanto entusiasmo. La hora era tan descorazonadora como su estado de ánimo. Muy lejos de él, allá abajo, el Tappaan Zee extendía sus oscuras e indistintas aguas, donde aquí y allí aparecía una embarcación de altos mástiles, que se mantenía anclada a lo largo de la costa. En el silencio completo de la noche, Crane podía oír los ladridos de un perro, al otro lado del Hudson, pero era tan vago y débil que solo daba una idea de la distancia a que se encontraba este fiel compañero del hombre. De cuando en cuando, el quiquiriquí de un gallo, que se había despertado por casualidad, resonaba a lo lejos, muy lejos, en alguna granja entre las colinas, pero era como los ruidos imprecisos que se oyen en sueños. Ningún signo de vida aparecía cerca de él, sino ocasionalmente el canto de un pájaro o el croar de una rana de un pantano cercano, como si durmiera incómodamente y se diera vuelta en la cama.

Todas las historias de aparecidos y de espíritus que había oído aquella tarde se acumulaban ahora en su memoria. La noche se hacía cada vez más oscura; las estrellas parecían hundirse más profundamente en el cielo, y las nubes las ocultaban a veces a su vista. Nunca se había sentido tan solo y acobardado. Además se acercaba al mismísimo lugar en el cual habían ocurrido tantas escenas de aparecidos. En el centro del camino se levantaba un árbol enorme que se destacaba como un gigante entre sus congéneres y que era una especie de punto de referencia. Sus ramas eran retorcidas y fantásticas, suficientemente grandes para formar el tronco de un árbol corriente, y se inclinaban hacia la tierra, para elevarse nuevamente en el aire. Estaba relacionado con la trágica historia del desdichado André, que fue tomado prisionero muy cerca de él. Se le conocía generalmente por el árbol del mayor André. La gente lo consideraba con una mezcla de respeto y superstición, en parte por simpatía con la persona cuyo nombre llevaba y, en parte, por las historias de extrañas visiones y terribles lamentaciones que se contaban acerca de él.

Cuando Crane se acercó a este árbol terrible, empezó a silbar; le pareció que alguien respondía, pero era solo el viento que soplaba entre las ramas secas. Cuando se acercó más, creyó ver algo blanco que colgaba del árbol: se detuvo y cesó de silbar; mirando más atentamente comprobó que era un lugar donde el rayo había atacado el árbol dejando al descubierto la madera blanca. De repente oyó un gemido, le castañetearon los dientes y sus rodillas chocaron violentamente contra la silla: era solo el frotamiento de una rama grande contra otra. Pasó en seguridad el árbol, pero nuevos peligros le esperaban. A una cierta distancia de allí cruzaba el camino un arroyuelo que iba a dar a una hondonada fangosa muy poblada de árboles, conocida por el pantano de Wiley. Unos pocos troncos, colocados los unos al lado de los otros, servían de puente sobre esta corriente de agua. Allí donde el arroyo pasaba bajo el puente, un grupo de árboles crecía tan densamente que arrojaba una oscuridad cavernosa sobre él. Pasar este puente era la prueba más severa. En este mismo lugar fue apresado el infortunado André y bajo aquellos mismos árboles se habían ocultado los que le sorprendieron. Desde entonces, se le consideraba un arroyo encantado. Era terrible lo que sentía un muchacho que tenía que pasarlo después de la puesta del sol.

Cuando se aproximó al arroyo, su corazón empezó a latir violentamente, a pesar de lo cual reunió todo su valor. Fustigó reciamente a su caballo e intentó atravesar el

puede a galope tendido, pero en lugar de avanzar, aquel perverso y viejo animal hizo un movimiento lateral y se echó contra la empalizada. Crane, cuyo miedo aumentó con esa pérdida de tiempo, golpeó al animal del otro lado y le dio algunas enérgicas patadas con el otro pie, pero todo en vano. Su cabalgadura se echó al otro lado del camino cerrado por un bosquecillo de arbustos. El maestro de escuela empleó ahora tanto el látigo como los tacones contra los flacos ijares de Pólvora, que seguía avanzando con grandes bufidos, pero que se detuvo al lado del puente tan repentinamente que casi arrojó al suelo a su jinete. En aquel preciso momento un ruido como de algo que se movía en el agua, al lado del puente, llegó al sensible oído de Crane. Entre las oscuras sombras del bosque, al borde del arroyo, observó una cosa grande, mal conformada, negra y alta. No se movía, pero parecía acechar en la oscuridad, como un monstruo gigantesco, pronto a echarse sobre el viajero.

Al pobre pedagogo se le pusieron los pelos de punta. ¿Qué debía hacer? Era demasiado tarde para volver grupas y huir y, además, ¿cómo escapar de un caballo fantasma que corría en alas del viento? Haciendo acopio de todo su valor, preguntó con voz temblorosa: «¿Quién es usted?» Nadie le respondió. Repitió su pregunta con voz aun más alterada. Tampoco recibió ninguna respuesta. Aporreó en los costados al viejo Pólvora y, cerrando los ojos, empezó a cantar un salmo con involuntario fervor. Parecía que aquel objeto, causa de todas sus alarmas, había esperado solo eso para ponerse en movimiento, y de un salto se colocó en el medio del camino. Aunque la noche era oscura, podía distinguirse algo de la forma del desconocido. Parecía ser un gigantesco jinete, montado en un caballo negro de no menores dimensiones. No se presentó ni saludó, sino que se mantuvo solitario en un lado del camino, hasta que avanzó lentamente al lado de Pólvora, que había sobrepasado ya su miedo y sus mañas.

Crane, que no tenía mucha confianza en aquel extraño compañero que le regalaba la medianoche y que se acordaba de la aventura de Brom Bones con el jinete sin cabeza, espoleó a su cabalgadura, esperando dejarle atrás. El extraño hizo exactamente lo mismo, por lo que se encontró a la par de Crane. El corazón de este se le quería salir por la boca; intentó proseguir cantando el salmo que había empezado, pero su lengua reseca estaba pegada al paladar y no pudo pronunciar una palabra. Había algo en el opresivo y terco silencio de aquel pertinaz compañero que era misterioso y enloquecedor. Pronto quedó explicado. Cuando el camino empezó a ascender, la figura de su acompañante se destacó sobre el cielo más claro: era un gigante. Crane se quedó aterrorizado al observar que no tenía cabeza, pero su horror llegó al máximo cuando se percató de que la cabeza, que debía estar sobre los hombros, se encontraba sobre la silla, delante del jinete: su miedo llegó a la desesperación. Cayó sobre Pólvora un diluvio de golpes y de espolazos, en la esperanza de dejar atrás a su compañero. Pero el espectro avanzó a la misma velocidad. Corrían sacando chispas del suelo. La levita de Crane volaba por el aire, mientras este, con el flaco cuerpo inclinado sobre la cabeza del caballo, trataba de huir a todo galope.

Finalmente llegaron al cruce de caminos de donde se desprende el que va al Valle Dormido. Pero Pólvora, que parecía poseído por el mismo demonio, en lugar de seguir por allí, se desvió y entró por el camino que conducía a las colinas.

Este está rodeado de árboles durante un trecho de casi medio kilómetro, donde cruza el puente famoso de la historia del aparecido. Más allá se levanta la pequeña colina, sobre la que se encuentra la iglesia de blancos muros.

Hasta ahora el pánico de su cabalgadura había dado una ventaja aparente a Crane, que no era muy hábil jinete. Cuando había atravesado la mitad del valle, cedió la cincha y sintió que se deslizaba por debajo de él. La agarró con una mano tratando de asegurarla, pero todo fue en vano. Tuvo tiempo de agarrarse al cuello de Pólvora, la silla

cayó a tierra y oyó cómo el caballo de su perseguidor la pisoteaba. Por un momento le asustó el pensamiento de la rabia que sentiría Hans Van Ripper, pues era su montura de paseo, que utilizaba solo los domingos, pero no tenía ahora tiempo para ocuparse de niñerías. El espectro se acercaba cada vez más y, como era muy mal jinete, le costaba enormes esfuerzos mantenerse sobre el caballo: algunas veces se deslizaba hacia un costado; otras, al opuesto; y, a veces, caía sobre el animal con tal violencia que temía iba a quedar hecho pedazos.

Por la relativa escasez de árboles, se imaginó que estaba cerca del puente de la iglesia. Una plateada estrella que se reflejaba en el agua le confirmó en esta creencia. Distinguió los blancos muros, que relucían entre los árboles a la distancia. Recordó el lugar donde había desaparecido el espíritu que había corrido una carrera con Brom Bones. «Si puedo llegar al puente -pensó Crane- estoy salvado». En aquel momento oyó muy cerca de él la negra cabalgadura de su perseguidor, y hasta se imaginó que sentía su cálido aliento. Otro golpe en las costillas y el viejo Pólvora saltó hacia el puente, cuyas tablas resonaron bajo sus pisadas, llegó al lado opuesto, desde donde Crane miró hacia atrás para ver si su perseguidor, de acuerdo con todos los relatos, desaparecía entre llamaradas de fuego y azufre. Vio entonces que el fantasma se ponía de pie sobre el caballo y se disponía a tirarle con su testa. Crane trató de hurtar el cuerpo a tan horrible proyectil, pero era demasiado tarde: la cabeza del jinete que carecía de ella, dio en la suya con tal fuerza que lo arrojó del caballo al suelo, desde donde pudo ver pasar a Pólvora y al caballo negro con su jinete como una exhalación.

A la mañana siguiente, Pólvora apareció sin silla y con la brida entre las patas, mordiendo tranquilamente el pasto en los terrenos de su dueño. Crane no se presentó a la hora del desayuno, ni tampoco a la de la comida. Los escolares, que se encontraron en la escuela a la hora acostumbrada, pasaron el tiempo en la orilla del arroyuelo, pero el maestro no aparecía. Hans van Ripper empezó a sentir preocupación por el pobre Crane y por su silla. Se inició una diligente investigación que pronto permitió descubrir algunos hechos. Se encontró la montura en un cierto lugar del camino que conducía a la iglesia, pero estaba completamente inservible. Las huellas de los caballos se marcaban profundamente en el suelo, lo que demostraba que habían corrido a una velocidad fantástica. Llegaban hasta el puente, donde se encontró, junto al arroyo, el sombrero del infortunado Crane y pedazos de un melón.

Se rastreó el río, pero no pudo descubrirse el cuerpo del maestro de escuela. Hans van Ripper, en cuya casa se encontraban sus efectos, los examinó. Consistían en dos camisas y media, dos cuellos, un par de calcetines de lana, un par de trajes viejos, una enmohecida navaja de afeitar, un libro de salmos lleno de marcas, y un silbato roto que utilizaba en sus clases de canto. En cuanto a los muebles y libros de la escuela, pertenecían a la comunidad, excepto la *Historia de la brujería en Nueva Inglaterra*, de Cotton Mather, un almanaque de Nueva Inglaterra y un libro de sueños y adivinación, entre cuyas hojas se encontraba un papel que contenía una infortunada tentativa de escribir unos versos en honor de la heredera de Van Tassel. Hans van Ripper arrojó a las llamas aquellos libros junto con la tentativa poética. Desde aquella fecha se decidió a no mandar más sus hijos a la escuela, en pro de lo cual alegaba que no había visto nunca que el leer o escribir condujera a nada bueno. Como el maestro de escuela había recibido su paga uno o dos días antes, cualquiera que fuera su haber debía tenerlo consigo cuando desapareció.

En la iglesia se comentó mucho este extraño hecho. Se discutió el asunto y se expusieron toda clase de hipótesis en el cementerio, en el puente y en el lugar donde se había encontrado el sombrero y el destrozado melón. Se recordaron las historias de Brouwer, de Bones y muchos otros. Después de considerarlas atentamente y

compararlas con las circunstancias del presente caso, llegaron a la aflictiva conclusión de que el jinete sin cabeza se había llevado a Crane. Como era soltero y no tenía deudas, nadie se preocupó más por él. Se trasladó la escuela a otra parte del valle y otro pedagogo asumió el puesto en su lugar.

Cierto es que un viejo granjero que estuvo en Nueva York varios años después, y por el cual se conoce esta historia, contó al volver que Ichabod Crane vivía y que había abandonado el valle, en parte por miedo al fantasma y a Hans van Ripper y, en parte, por haberle mortificado muchísimo la negativa de la heredera. Agregaba que se había trasladado a una parte distante del país, que había seguido enseñando e iniciado el estudio de la jurisprudencia, combinando ambas cosas, hasta que recibió su título de abogado; que se había dedicado después a la política y al periodismo y que finalmente había ingresado en la magistratura con un grado subalterno. Brom Bones se casó con la bella Katrina, poco después de la desaparición del maestro. Algunos observaron que cuando se contaba la historia de Crane, Brom Bones estallaba en carcajadas al oír mencionar el melón, lo que inducía a muchos a pensar que sabía más que lo que quería decir.

Las viejas, sin embargo, los mejores jueces en esta materia, afirman hasta el día de hoy que Crane desapareció por medios sobrenaturales, lo que constituye su historia favorita de las noches de invierno. La novia se convirtió en el objeto de un terror supersticioso, razón por la cual se cambió también el camino, para poder llegar a la iglesia sin pasar por el puente. Como la escuela no se utilizaba, pronto empezó a convertirse en una ruina; se murmuraba que aparecía por allí el espíritu del infortunado pedagogo, y más de un joven labrador que se dirigía a su casa, al pasar por allí, en una tranquila noche de verano, creía oír la voz de Crane que entonaba un melancólico salmo, en la tranquila soledad del Valle Dormido.

#### *«Post scriptum»*

*Encontrado entre los manuscritos del señor Knickerbocker.*

*He reproducido el cuento que antecede casi exactamente como me lo contaron en una reunión del municipio de la noble ciudad de Manhattan, a la cual se presentaron muchos de sus más prudentes e ilustres burgers. El que lo contó era un hombre agradable, de traje raído, ya entrado en años, de aspecto señorial, y cuyo rostro tenía una expresión a la vez burlona y triste. Sospecho que era pobre, pues hacía tantos esfuerzos por parecer agradable. Cuando terminó su cuento, todos se rieron, distinguiéndose por sus sonoras carcajadas dos o tres concejales, que habían estado dormidos casi todo el tiempo. Entre nosotros se encontraba además un caballero de edad, enjuto, de espesas cejas, y que durante todo el relato se mantuvo serio y hasta grave. Cruzaba los brazos, inclinaba la cabeza y miraba al suelo, como si reflexionara sobre una duda. Era uno de esos hombres precavidos que nunca se ríen, sino cuando tienen razón y la ley de su parte. Terminadas las carcajadas de los presentes y luego que se hubo restablecido el silencio, apoyó un brazo en la silla y preguntó con un leve pero sabio movimiento de la cabeza, contrayendo al mismo tiempo las cejas, cuál era la moraleja de la historia y qué pretendía demostrar.*

*El que había contado este relato, y que se disponía a llevar a los labios un vaso de vino para refrescarse después del esfuerzo cumplido, miró al otro con un aire de infinita cortesía y, colocando lentamente el vaso sobre la mesa, explicó que el cuento tendía a demostrar de la manera más lógica lo siguiente:*

*No existe ninguna situación en la vida que no tenga sus ventajas y sus alegrías, siempre que seamos capaces de aguantar una broma.*

*En consecuencia, el que se atreve a correr una carrera con un fantasma es probable que salga bastante mal parado.*

*Ergo, que es una suerte que un maestro de escuela reciba una negativa al pedir la mano de una heredera holandesa, puesto que así se le abre el camino para más elevadas actividades.*

*El cauto caballero enarcó diez veces las cejas ante esta explicación, quedando muy extrañado de la racionalidad del silogismo. Me pareció notar que el narrador de esta historia le observaba con mirada triunfadora. Finalmente, su contradictor dijo que todo eso estaba muy bien, pero que creía que el relato era bastante extravagante y que había uno o dos puntos sobre los cuales tenía sus dudas.*

*«Palabra de honor -replicó el que había contado la historia-, en lo que a eso respecta, yo mismo no creo ni la mitad». D. K.*

### **Maese Pérez el organista, Gustavo Adolfo Bécquer**

En Sevilla, en el mismo atrio de Santa Inés, y mientras esperaba que comenzase la misa del gallo, oí esta tradición a una demandadera del convento.

Como era natural, después de oírla, aguardé impaciente que comenzara la ceremonia, ansioso de asistir a un prodigio.

Nada menos prodigioso, sin embargo, que el órgano de Santa Inés, ni nada más vulgar que los insulsos motetes que nos regaló su organista aquella noche.

Al salir de la misa, no pude por menos de decirle a la demandadera con aire de burla:

-¿En qué consiste que el órgano de maese Pérez suena ahora tan mal?

-¡Toma! -me contestó la vieja-. En que este no es el suyo.

-¿No es el suyo? ¿Pues qué ha sido de él?

-Se cayó a pedazos, de puro viejo, hace una porción de años.

-¿Y el alma del organista?

-No ha vuelto a aparecer desde que colocaron el que ahora le substituye.

Si a alguno de mis lectores se le ocurriese hacerme la misma pregunta después de leer esta historia ya sabe por qué no se ha continuado el milagroso portento hasta nuestros días.

- I -

-¿Veis ese de la capa roja y la pluma blanca en el fieltro, que parece que trae sobre su justillo todo el oro de los galeones de Indias; aquel que baja en este momento de su litera para dar la mano a esa otra señora, que después de dejar la suya se adelanta hacia aquí, precedida de cuatro pajes con hachas? Pues ese es el marqués de Moscoso, galán de la condesa viuda de Villapineda. Se dice que antes de poner sus ojos sobre esta dama había pedido en matrimonio a la hija de un opulento señor; mas el padre de la doncella, de quien se murmura que es un poco avaro... Pero, ¡calle!, en hablando del ruin de Roma, cátales aquí que asoma. ¿Veis aquel que viene por debajo del arco de San Felipe, a pie, embozado en una capa oscura, y precedido de un solo criado con una linterna? Ahora llega frente al retablo.

»¿Reparasteis, al desembozarse para saludar a la imagen, la encomienda que brilla en su pecho?

»A no ser por ese noble distintivo, cualquiera le creería un lonjista de la calle de Culebras... Pues ese es el padre en cuestión; mirad cómo la gente del pueblo le abre paso y le saluda.

»Toda Sevilla le conoce por su colosal fortuna. Él solo tiene más ducados de oro en sus arcas que soldados mantiene nuestro señor el rey don Felipe, y con sus galeones podría formar una escuadra suficiente a resistir a la del Gran Turco.

»Mirad, mirad ese grupo de señores graves: esos son los caballeros veinticuatro. ¡Hola, hola! También está aquí el flamencote, a quien se dice que no han echado ya el guante los señores de la cruz verde merced a su influjo con los magnates de Madrid... Este no viene a la iglesia más que a oír música... No, pues si maese Pérez no le arranca con su órgano lágrimas como puños bien se puede asegurar que no tiene su alma en su almario, sino friéndose en las calderas de Pedro Botero... ¡Ay, vecina! Malo..., malo... Presumo que vamos a tener jarana; yo me refugio en la iglesia pues, por lo que veo, aquí van a andar más de sobra los cintarazos que los paternóster. Mirad, mirad: las gentes del duque de Alcalá doblan la esquina de la plaza de San Pedro, y por el callejón de las Dueñas se me figura que he columbrado a las del de Medinasidonia... ¿No os lo dije?

»Ya se han visto, ya se detienen unos y otros, sin pasar de sus puestos... Los grupos se disuelven... Los ministriles, a quienes en estas ocasiones apalean amigos y enemigos, se retiran... Hasta el señor asistente, con su vara y todo, se refugia en el atrio... ¡Y luego dicen que hay justicia! Para los pobres...

»Vamos, vamos, ya brillan los broqueles en la obscuridad... ¡Nuestro Señor del Gran Poder nos asista! Ya comienzan los golpes... ¡Vecina! ¡vecina! Aquí..., antes que cierren las puertas. Pero, ¡calle! ¿Qué es eso? ¿Aún no ha comenzado cuando lo dejan? ¿Qué resplandor es aquel?... ¡Hachas encendidas! ¡Literas! Es el señor arzobispo...

»La Virgen Santísima del Amparo, a quien invocaba ahora mismo con el pensamiento, lo trae en mi ayuda... ¡Ay! ¡Si nadie sabe lo que yo debo a esta Señora!... ¡Con cuánta usura me paga la candelilla que le enciendo los sábados!... Vedlo, qué hermosote está con sus hábitos morados y su birrete rojo... Dios le conserve en su silla tantos siglos como yo deseo de vida para mí. Si no fuera por él, media Sevilla hubiera ya ardido con estas disensiones de los duques. Vedlos, vedlos, los hipocritones, cómo se acercan ambos a la litera del prelado para besarle el anillo... Cómo le siguen y le acompañan, confundiéndose con sus familiares. Quién diría que esos dos que parecen tan amigos si dentro de media hora se encuentran en una calle oscura... Es decir, ¡ellos..., ellos!... Líbreme Dios de creerlos cobardes; buena muestra han dado de sí peleando en algunas ocasiones contra los enemigos de Nuestro Señor... Pero es la verdad que si se buscaran... y, si se buscaran con ganas de encontrarse, se encontrarían, poniendo fin de una vez a estas continuas reyertas en las cuales los que verdaderamente baten el cobre de firme son sus deudos, sus allegados y su servidumbre.

»Pero vamos, vecina, vamos a la iglesia antes que se ponga de bote en bote..., que algunas noches como esta suele llenarse de modo que no cabe ni un grano de trigo... Buena ganga tienen las monjas con su organista... ¿Cuándo se ha visto el convento tan favorecido como ahora?... De las otras comunidades puedo decir que le han hecho a maese Pérez proposiciones magníficas; verdad que nada tiene de extraño, pues hasta el señor arzobispo le ha ofrecido montes de oro por llevarle a la catedral... Pero él, nada... Primero dejaría la vida que abandonar su órgano favorito... ¿No conocéis a maese Pérez? Verdad es que sois nueva en el barrio... Pues es un santo varón; pobre, sí, pero limosnero cual no otro... Sin más parientes que su hija ni más amigo que su órgano, pasa su vida entera en velar por la inocencia de la una y componer los registros del otro... ¡Cuidado que el órgano es viejo!... Pues, nada, él se da tal maña en arreglarlo y cuidarlo que suena que es una maravilla... Como que le conoce de tal modo que a tientas..., porque no sé si os lo he dicho, pero el pobre señor es ciego de nacimiento... Y ¡con qué paciencia lleva su desgracia!... Cuando le preguntan que cuánto daría por ver responde: “Mucho, pero no tanto como creéis, porque tengo esperanzas”. “¿Esperanzas



de ver?». “Sí, y muy pronto -añade, sonriéndose como un ángel-; ya cuento setenta y seis años; por muy larga que sea mi vida, pronto veré a Dios...”.

»¡Pobrecito! Y sí lo verá..., porque es humilde como las piedras de la calle, que se dejan pisar de todo el mundo... Siempre dice que no es más que un pobre organista de convento, y puede dar lecciones de solfa al mismo maestro de la capilla de la Primada; como que echó los dientes en el oficio... Su padre tenía la misma profesión que él; yo no le conocí, pero mi señora madre, que santa gloria haya, dice que le llevaba siempre al órgano consigo para darle a los fuelles. Luego el muchacho mostró tales disposiciones, que, como era natural, a la muerte de su padre heredó el cargo... ¡Y qué manos tiene! Dios se las bendiga. Merecía que se las llevaran a la calle de Chicarreros y se las engarzasen en oro... Siempre toca bien, siempre; pero en semejante noche como esta es un prodigio... Él tiene una gran devoción por esta ceremonia de la misa del gallo, y cuando levantan la Sagrada Forma, al punto y hora de las doce, que es cuando vino al mundo Nuestro Señor Jesucristo..., las voces de su órgano son voces de ángeles...

»En fin, ¿para qué tengo de ponderarle lo que esta noche oirá? Baste el ver cómo todo lo más florido de Sevilla, hasta el mismo señor arzobispo, viene a un humilde convento para escucharle; y no se crea que solo la gente sabida y a la que se le alcanza esto de la solfa conoce su mérito, sino hasta el populacho. Todas esas bandadas que veis llegar con teas encendidas entonando villancicos con gritos desaforados al compás de los panderos, las sonajas y las zambombas, contra su costumbre, que es la de alborotar las iglesias, callan como muertos cuando pone maese Pérez las manos en el órgano... Y cuando alzan..., cuando alzan, no se siente una mosca...; de todos los ojos caen lagrimones tamaños, y al concluir se oye como un suspiro inmenso, que no es otra cosa que la respiración de los circunstantes, contenida mientras dura la música... Pero vamos, vamos, ya han dejado de tocar las campanas, y va a comenzar la misa, vamos dentro...

»Para todo el mundo es esta noche Nochebuena, pero para nadie mejor que para nosotros».

Esto diciendo, la buena mujer que había servido de cicerone a su vecina atravesó el atrio del convento de Santa Inés, y codazo en este, empujón en aquel, se internó en el templo, perdiéndose entre la muchedumbre que se agolpaba en la puerta.

## - II -

La iglesia estaba iluminada con una profusión asombrosa. El torrente de luz que se desprendía de los altares para llenar sus ámbitos chispeaba en los ricos joyeles de las damas, que, arrodillándose sobre los cojines de terciopelo que tendían los pajes y tomando el libro de oraciones de manos de las dueñas, vinieron a formar un brillante círculo alrededor de la verja del presbiterio. Junto a aquella verja, de pie, envueltos en sus capas de color galoneadas de oro, dejando entrever con estudiado descuido las encomiendas rojas y verdes, en la una mano el fieltro, cuyas plumas besaban los tapices; la otra sobre los bruñidos gavilanes del estoque o acariciando el pomo del cincelado puñal, los caballeros veinticuatro, con gran parte de lo mejor de la nobleza sevillana, parecían formar un muro, destinado a defender a sus hijas y a sus esposas del contacto de la plebe. Esta, que se agitaba en el fondo de las naves, con un rumor parecido al del mar cuando se alborota, prorrumpió en una aclamación de júbilo, acompañada del discordante sonido de las sonajas y los panderos, al mirar aparecer al arzobispo, el cual, después de sentarse junto al altar mayor bajo un solio de grana que rodearon sus familiares, echó por tres veces la bendición al pueblo.

Era la hora de que comenzase la misa.

Transcurrieron, sin embargo, algunos minutos sin que el celebrante apareciese. La multitud comenzaba a rebullirse, demostrando su impaciencia; los caballeros

cambiaban entre sí algunas palabras a media voz y el arzobispo mandó a la sacristía a uno de sus familiares a inquirir por qué no comenzaba la ceremonia.

-Maese Pérez se ha puesto malo, muy malo, y será imposible que asista esta noche a la misa.

Esta fue la respuesta del familiar.

La noticia cundió instantáneamente entre la muchedumbre. Pintar el efecto desagradable que causó en todo el mundo sería cosa imposible; baste decir que comenzó a notarse tal bullicio en el templo que el asistente se puso de pie y los alguaciles entraron a imponer silencio, confundiéndose entre las apiñadas olas de la multitud.

En aquel momento un hombre mal trazado, seco, huesudo y bisojo por añadidura se adelantó hasta el sitio que ocupaba el prelado.

-Maese Pérez está enfermo -dijo-; la ceremonia no puede empezar. Si queréis yo tocaré el órgano en su ausencia; que ni maese Pérez es el primer organista del mundo ni a su muerte dejará de usarse ese instrumento por falta de inteligente...

El arzobispo hizo una señal de asentimiento con la cabeza, y ya algunos de los fieles que conocían a aquel personaje extraño por un organista envidioso, enemigo del de Santa Inés, comenzaban a prorrumpir en exclamaciones de disgusto, cuando de improviso se oyó en el atrio un ruido espantoso.

-¡Maese Pérez está aquí!... ¡Maese Pérez está aquí!...

A estas voces de los que estaban apiñados en la puerta todo el mundo volvió la cara.

Maese Pérez, pálido y desencajado, entraba, en efecto, en la iglesia, conducido en un sillón, que todos se disputaban el honor de llevar en sus hombros.

Los preceptos de los doctores, las lágrimas de su hija, nada había sido bastante a detenerle en el lecho.

-No -había dicho-; esta es la última, lo conozco, lo conozco, y no quiero morir sin visitar mi órgano, y esta noche sobre todo, la Nochebuena. Vamos, lo quiero, lo mando; vamos a la iglesia.

Sus deseos se habían cumplido; los concurrentes le subieron en brazos a la tribuna y comenzó la misa.

En aquel momento sonaban las doce en el reloj de la catedral.

Pasó el introito, y el Evangelio, y el ofertorio, y llegó el instante solemne en que el sacerdote toma con la extremidad de sus dedos la Sagrada Forma y después de haberla consagrado comienza a elevarla.

Una nube de incienso que se desenvolvía en ondas azuladas llenó el ámbito de la iglesia; las campanillas repicaron con un sonido vibrante, y maese Pérez puso sus crispadas manos sobre las teclas del órgano.

Las cien voces de sus tubos de metal resonaron en un acorde majestuoso y prolongado, que se perdió poco a poco, como si una ráfaga de aire hubiese arrebatado sus últimos ecos.

A este primer acorde, que parecía una voz que se elevaba desde la tierra al cielo, respondió otro lejano y suave que fue creciendo, creciendo, hasta convertirse en un torrente de atronadora armonía. Era la voz de los ángeles que atravesando los espacios llegaba al mundo.

Después comenzaron a oírse como unos himnos distantes que entonaban las jerarquías de serafines; mil himnos a la vez, al confundirse, formaban uno solo, que, no obstante, era no más el acompañamiento de una extraña melodía, que parecía flotar sobre aquel océano de misteriosos ecos como un jirón de niebla sobre las olas del mar.

Luego fueron perdiéndose unos cantos, después otros; la combinación se simplificaba. Ya no eran más que dos voces cuyos ecos se confundían entre sí; luego

quedó una aislada, sosteniendo una nota brillante como un hilo de luz... El sacerdote inclinó la frente y, por encima de su cabeza cana y como a través de una gasa azul que fingía el humo del incienso, apareció la hostia a los ojos de los fieles. En aquel instante la nota que maese Pérez sostenía trinando se abrió, se abrió, y una explosión de armonía gigante estremeció la iglesia, en cuyos ángulos zumbaba el aire comprimido y cuyos vidrios de colores se estremecían en sus angostos ajimeces.

De cada una de las notas que formaban aquel magnífico acorde se desarrolló un tema, y unos cerca, otros lejos, estos brillantes, aquellos sordos, diríase que las aguas y los pájaros, las brisas y las frondas, los hombres y los ángeles, la tierra y los cielos, cantaban cada cual en su idioma un himno al nacimiento del Salvador.

La multitud escuchaba atónica y suspendida. En todos los ojos había una lágrima; en todos los espíritus, un profundo recogimiento.

El sacerdote que oficiaba sentía temblar sus manos, porque Aquel que levantaba en ellas, Aquel a quien saludaban hombres y arcángeles era su Dios, era su Dios, y le parecía haber visto abrirse los cielos y transfigurarse la hostia.

El órgano proseguía sonando, pero sus voces se apagaban gradualmente como una voz que se pierde de eco en eco y se aleja y se debilita al alejarse cuando de pronto sonó un grito de mujer.

El órgano exhaló un sonido disorde y extraño, semejante a un sollozo, y quedó mudo.

La multitud se agolpó a la escalera de la tribuna, hacia la que, arrancados de su éxtasis religioso, volvieron la mirada con ansiedad todos los fieles.

-¿Qué ha sucedido? ¿Qué pasa? -se decían unos a otros. Y nadie sabía responder y todos se empeñaban en adivinarlo, y crecía la confusión y el alboroto comenzaba a subir de punto, amenazando turbar el orden y el recogimiento propios de la iglesia.

-¿Qué ha sido eso? -preguntaban las damas al asistente, que, precedido de los ministriles, fue uno de los primeros en subir a la tribuna, y que, pálido y con muestras de profundo pesar, se dirigía al puesto en donde le esperaba el arzobispo, ansioso, como todos, por saber la causa de aquel desorden.

-¿Qué hay?

-Que maese Pérez acaba de morir.

En efecto, cuando los primeros fieles, después de atropellarse por la escalera, llegaron a la tribuna vieron al pobre organista caído de boca sobre las teclas de su viejo instrumento, que aún vibraba sordamente, mientras su hija, arrodillada a sus pies, le llamaba en vano entre suspiros y sollozos.

### - III -

-Buenas noches, mi señora doña Baltasara: ¿también usarced viene esta noche a la misa del gallo? Por mi parte, tenía hecha intención de ir a oír a la parroquia; pero lo que sucede... ¿Dónde va Vicente? Donde va la gente. Y eso que, si he de decir verdad, desde que murió maese Pérez parece que me echan una losa sobre el corazón cuando entro en Santa Inés... ¡Pobrecito! ¡Era un santo!... Yo de mí sé decir que conservo un pedazo de su jubón como una reliquia, y lo merece, pues en Dios y en mi ánima que si el señor arzobispo tomara mano en ello es seguro que nuestros nietos le verían en los altares... Mas ¡cómo ha de ser!... A muertos y a idos no hay amigos... Ahora lo que priva es la novedad... Ya me entiende usarced. ¡Qué! ¿No sabe nada de lo que pasa? Verdad que nosotras nos parecemos en eso: de nuestra casita a la iglesia y de la iglesia a nuestra casita, sin cuidarnos de lo que se dice o déjase de decir... Solo que yo, así..., al vuelo..., una palabra de acá, otra de acullá..., sin ganas de enterarme siquiera, suelo estar al corriente de algunas novedades... Pues, sí, señor; parece cosa hecha que el organista de

San Román, aquel bisojo, que siempre está echando pestes de los otros organistas; aquel perdulariote, que más parece jifero de la puerta de la Carne que maestro de solfa, va a tocar esta Nochebuena en lugar de maese Pérez. Ya sabrá usarced, porque esto lo ha sabido todo el mundo y es cosa pública en Sevilla, que nadie quería comprometerse a hacerlo. Ni aun su hija, que es profesora, y después de la muerte de su padre entró en el convento de novicia. Y era natural: acostumbrados a oír aquellas maravillas cualquiera otra cosa había de parecernos mala, por más que quisieran evitarse las comparaciones. Pues cuando ya la comunidad había decidido que, en honor del difunto y como muestra de respeto a su memoria, permanecería callado el órgano en esta noche, hete aquí que se presenta nuestro hombre diciendo que él se atreve a tocarlo... No hay nada más atrevido que la ignorancia... Ciertamente que la culpa no es suya, sino de los que le consienten esta profanación...; pero así va el mundo...; y digo, no es cosa la gente que acude...; cualquiera diría que nada ha cambiado desde un año a otro. Los mismos personajes, el mismo lujo, los mismos empujones en la puerta, la misma animación en el atrio, la misma multitud en el templo... ¡Ay, si levantara la cabeza el muerto se volvía a morir por no oír su órgano tocado por manos semejantes! Lo que tiene que, si es verdad lo que me han dicho las gentes del barrio, le preparan una buena al intruso. Cuando llegue el momento de poner la mano sobre las teclas va a comenzar una algarabía de sonajas, panderos y zambombas que no haya más que oír... Pero, ¡calle!, ya entra en la iglesia el héroe de la función. ¡Jesús, qué ropilla de colorines, qué gorguera de cañutos, qué aires de personaje! Vamos, vamos, que ya hace rato que llegó el arzobispo y va a comenzar la misa... Vamos, que me parece que esta noche va a darnos que contar para muchos días.

Esto diciendo la buena mujer, que ya conocen nuestros lectores por sus exabruptos de locuacidad, penetró en Santa Inés, abriéndose, según costumbre, camino entre la multitud a fuerza de empujones y codazos.

Ya se había dado principio a la ceremonia.

El templo estaba tan brillante como el año anterior.

El nuevo organista, después de atravesar por en medio de los fieles que ocupaban las naves para ir a besar el anillo del prelado, había subido a la tribuna, donde tocaba unos tras otros los registros del órgano con una gravedad tan afectada como ridícula.

Entre la gente menuda que se apiñaba a los pies de la iglesia se oía un rumor sordo y confuso, cierto presagio de que la tempestad comenzaba a fraguarse y no tardaría mucho en dejarse sentir.

-Es un truhán, que, por no hacer nada bien, ni aun mira a derechas -decían los unos.

-Es un ignorantón, que, después de haber puesto el órgano de su parroquia peor que una carraca, viene a profanar el de maese Pérez -decían los otros.

Y mientras este se desembarazaba del capote para prepararse a darle de firme a su pandero y aquel apercibía sus sonajas y todos se disponían a hacer bulla a más y mejor, solo alguno que otro se aventuraba a defender tibiamente al extraño personaje, cuyo porte orgulloso y pedantesco hacía tan notable contraposición con la modesta apariencia y la afable bondad del difunto maese Pérez.

Al fin llegó el esperado momento, el momento solemne en que el sacerdote, después de inclinarse y murmurar algunas palabras santas, tomó la hostia en sus manos... Las campanillas repicaron, semejando su repique una lluvia de notas de cristal; se elevaron las diáfanas ondas de incienso, y sonó el órgano.

Una estruendosa algarabía llenó los ámbitos de la iglesia en aquel instante y ahogó su primer acorde.

Zampoñas, gaitas, sonajas, panderos, todos los instrumentos del populacho alzaron sus discordantes voces a la vez; pero la confusión y el estrépito solo duró algunos segundos. Todos a la vez, como habían comenzado, enmudecieron de pronto.

El segundo acorde, amplio, valiente, magnífico, se sostenía aún brotando de los tubos de metal del órgano, como una cascada de armonía inagotable y sonora.

Cantos celestes como los que acarician los oídos en los momentos de éxtasis; cantos que percibe el espíritu y no los puede repetir el labio; notas sueltas de una melodía lejana, que suenan a intervalos, traídas en las ráfagas del viento; rumor de hojas que se besan en los árboles con un murmullo semejante al de la lluvia; trinos de alondras que se levantan gorjeando de entre las flores como una saeta despedida a las nubes; estruendos sin nombre, imponentes como los rugidos de una tempestad; coros de serafines sin ritmo ni cadencia, ignota música del cielo, que solo la imaginación comprende; himnos alados, que parecían remontarse al trono del Señor como una tromba de luz y de sonidos..., todo lo expresaban las cien voces del órgano con más pujanza, con más misteriosa poesía, con más fantástico color que lo habían expresado nunca...

Cuando el organista bajó de la tribuna la muchedumbre que se agolpó a la escalera fue tanta y tanto su afán por verle y admirarle que el asistente, temiendo, no sin razón, que le ahogaran entre todos, mandó a algunos de sus ministriles para que, vara en mano, le fueran abriendo camino hasta llegar al altar mayor, donde el prelado le esperaba.

-Ya veis -le dijo este último cuando le trajeron a su presencia-: vengo desde mi palacio aquí solo por escucharos. ¿Seréis tan cruel como maese Pérez, que nunca quiso excusarme el viaje, tocando la Nochebuena en la misa de la catedral?

-El año que viene -respondió el organista-, prometo daros gusto, pues por todo el oro de la tierra no volvería a tocar este órgano.

-¿Y por qué? -interrumpió el prelado.

-Porque... -añadió el organista, procurando dominar la emoción que se revelaba en la palidez de su rostro-, porque es viejo y malo y no puede expresar todo lo que se quiere.

El arzobispo se retiró, seguido de sus familiares. Unas tras otras, las literas de los señores fueron desfilando y perdiéndose en las revueltas de las calles vecinas; los grupos del atrio se disolvieron, dispersándose los fieles en distintas direcciones, y ya la demandadera se disponía a cerrar las puertas de la entrada del atrio cuando se divisaban aún dos mujeres que, después de persignarse y murmurar una oración ante el retablo del arco de San Felipe, prosiguieron su camino, internándose en el callejón de las Dueñas.

-¿Qué quiere usarced, mi señora doña Baltasara? -decía la una-, yo soy de este genial. Cada loco con su tema... Me lo habían de asegurar capuchinos descalzos y no lo creería del todo... Ese hombre no puede haber tocado lo que acabamos de escuchar... Si yo lo he oído mil veces en San Bartolomé, que era su parroquia, y de donde tuvo que echarle el señor cura por malo, y era cosa de taparse los oídos con algodones... Yo me acuerdo, pobrecito, como si lo estuviera viendo, me acuerdo de la cara de maese Pérez cuando en semejante noche como esta bajaba de la tribuna después de haber suspendido el auditorio con sus primores... ¡Qué sonrisa tan bondadosa, qué color tan animado!... Era viejo y parecía un ángel... No este que ha bajado las escaleras a trompicones, como si le ladrara un perro en la meseta, y con un color de difunto y unas... Vamos, mi señora doña Baltasara, créame usarced, y créame con todas veras..., yo sospecho que aquí hay busilis...

Comentando las últimas palabras, las dos mujeres doblaban la esquina del callejón y desaparecían. Creemos inútil decir a nuestros lectores quién era una de ellas.

Había transcurrido un año más. La abadesa del convento de Santa Inés y la hija de maese Pérez hablaron en voz baja, medio ocultas entre las sombras del coro de la iglesia. El esquilón llamaba a voz herida a los fieles desde la torre, y alguna que otra rara persona atravesaba el atrio silencioso y desierto esta vez, y después de tomar el agua bendita en la puerta escogía un puesto en un rincón de las naves, donde unos cuantos vecinos del barrio esperaban tranquilamente que comenzara la misa del gallo.

-Ya lo veis -decía la superiora-: vuestro temor es sobremanera pueril; nadie hay en el templo; toda Sevilla acude en tropel a la catedral esta noche. Tocad vos el órgano y tocadle sin desconfianza de ninguna clase; estaremos en comunidad... Pero... proseguís callando, sin que cesen vuestros suspiros. ¿Qué os pasa? ¿Qué tenéis?

-Tengo... miedo -exclamó la joven con un acento profundamente conmovido.

-¿Miedo! ¿De qué?

-No sé..., de una cosa sobrenatural... Anoche, mirad, yo os había oído decir que teníais empeño en que tocara el órgano en la misa y, ufana con esta distinción, pensé arreglar sus registros y templarle, al fin de que hoy os sorprendiese... Vine al coro... sola..., abrí la puerta que conduce a la tribuna... En el reloj de la catedral sonaba en aquel momento una hora..., no sé cuál... Pero las campanas eran tristísimas y muchas..., muchas...; estuvieron sonando todo el tiempo que yo permanecí como clavada en el dintel, y aquel tiempo me pareció un siglo.

»La iglesia estaba desierta y oscura... Allá lejos, en el fondo, brillaba, como una estrella perdida en el cielo de la noche, una luz moribunda... la luz de la lámpara que arde en el altar mayor... A sus reflejos debilísimos, que solo contribuían a hacer más visible todo el profundo horror de las sombras, vi..., le vi, madre, no lo dudéis, vi un hombre que en silencio y vuelto de espaldas hacia el sitio en que yo estaba recorría con una mano las teclas del órgano mientras tocaba con la otra sus registros... y el órgano sonaba, pero sonaba de una manera indescriptible. Cada una de sus notas parecía un sollozo ahogado dentro del tubo de metal, que vibraba con el aire comprimido en su hueco, y reproducía el tono sordo, casi imperceptible, pero justo.

»Y el reloj de la catedral continuaba dando la hora y el hombre aquel proseguía recorriendo las teclas. Yo oía hasta su respiración.

»El horror había helado la sangre de mis venas; sentía en mi cuerpo como un frío glacial; y en mis sienes, fuego... Entonces quise gritar, pero no pude. El hombre aquel había vuelto la cara y me había mirado...; digo mal, no me había mirado, porque era ciego... ¡Era mi padre!».

-¡Bah!, hermana, desechad esas fantasías con que el enemigo malo procura turbar las imaginaciones débiles... Rezad un paternóster y un avemaría al arcángel san Miguel, jefe de las milicias celestiales, para que os asista contra los malos espíritus. Llevad al cuello un escapulario tocado en la reliquia de san Pacomio, abogado contra las tentaciones, y marchad, marchad a ocupar la tribuna del órgano; la misa va a comenzar, y ya esperan con impaciencia los fieles. Vuestro padre está en el cielo, y desde allí, antes que daros sustos, bajará a inspirar a su hija en esta ceremonia solemne, para el objeto de tan especial devoción.

La priora fue a ocupar su sillón en el coro en medio de la comunidad. La hija de maese Pérez abrió con mano temblorosa la puerta de la tribuna para sentarse en el banquillo del órgano, y comenzó la misa.

Comenzó la misa y prosiguió sin que ocurriese nada de notable hasta que llegó la consagración. En aquel momento sonó el órgano, y al mismo tiempo que el órgano un grito de la hija de maese Pérez...

La superiora, las monjas y algunos de los fieles corrieron a la tribuna.

-¡Miradle! ¡Miradle! -decía la joven fijando sus desencajados ojos en el banquillo, de donde se había levantado asombrada para agarrarse con sus manos convulsas al barandal de la tribuna.

Todo el mundo fijó sus miradas en aquel punto. El órgano estaba solo y, no obstante, el órgano seguía sonando..., sonando como solo los arcángeles podrían imitarlo en sus raptos de místico alborozo.

-¿No os lo dije yo una y mil veces, mi señora doña Baltasara, no os lo dije yo?... ¡Aquí hay busilis...! Oído; qué, ¿no estuvisteis anoche en la misa del gallo? Pero, en fin, ya sabréis lo que pasó. En toda Sevilla no se habla de otra cosa... El señor arzobispo está hecho, y con razón, una furia... Haber dejado de asistir a Santa Inés; no haber podido presenciar el portento... ¿Y para qué? Para oír una cencerrada; porque personas que lo oyeron dicen que lo que hizo el dichoso organista de San Bartolomé, en la catedral, no fue otra cosa... Si lo decía yo. Eso no puede haberlo tocado el bisojo, mentira... Aquí hay busilis; y el busilis era, en efecto, el alma de maese Pérez.

### ***La mano, Guy de Maupassant***

Estaban en círculo en torno al señor Bermutier, juez de instrucción, que daba su opinión sobre el misterioso suceso de Saint-Cloud. Desde hacía un mes, aquel inexplicable crimen conmovía a París. Nadie entendía nada del asunto.

El señor Bermutier, de pie, de espaldas a la chimenea, hablaba, reunía las pruebas, discutía las distintas opiniones, pero no llegaba a ninguna conclusión.

Varias mujeres se habían levantado para acercarse y permanecían de pie, con los ojos clavados en la boca afeitada del magistrado, de donde salían las graves palabras. Se estremecían, vibraban, crispadas por su miedo curioso, por la ansiosa e insaciable necesidad de espanto que atormentaba su alma; las torturaba como el hambre.

Una de ellas, más pálida que las demás, dijo durante un silencio:

-Es horrible. Esto roza lo sobrenatural. Nunca se sabrá nada.

El magistrado se dio la vuelta hacia ella:

-Sí, señora, es probable que no se sepa nunca nada. En cuanto a la palabra «sobrenatural» que acaba de emplear, no tiene nada que ver con esto. Estamos ante un crimen muy hábilmente concebido, muy hábilmente ejecutado, tan bien envuelto en misterio que no podemos despejarlo de las circunstancias impenetrables que lo rodean. Pero yo, antaño, tuve que encargarme de un suceso en que verdaderamente parecía que había algo fantástico. Por lo demás, tuvimos que abandonarlo, por falta de medios para esclarecerlo.

Varias mujeres dijeron a la vez, tan deprisa que sus voces no fueron sino una:

-¡Oh! Cuéntenoslo.

El señor Bermutier sonrió gravemente, como debe sonreír un juez de instrucción. Prosiguió:

-Al menos, no vayan a creer que he podido, incluso un instante, suponer que había algo sobrehumano en esta aventura. No creo sino en las causas naturales. Pero sería mucho más adecuado si en vez de emplear la palabra «sobrenatural» para expresar lo que no conocemos, utilizáramos simplemente la palabra «inexplicable». De todos modos, en el suceso que voy a contarles, fueron sobre todo las circunstancias circundantes, las circunstancias preparatorias las que me turbaron. En fin, estos son los hechos:

»Entonces era juez de instrucción en Ajaccio, una pequeña ciudad blanca que se extiende al borde de un maravilloso golfo rodeado por todas partes por altas montañas.

»Los sucesos de los que me ocupaba eran sobre todo los de *vendettas*. Los hay soberbios, dramáticos al extremo, feroces, heroicos. En ellos encontramos los temas de venganza más bellos con que se pueda soñar, los odios seculares, apaciguados un momento, nunca apagados, las astucias abominables, los asesinatos convertidos en matanzas y casi en acciones gloriosas. Desde hacía dos años no oía hablar más que del precio de la sangre, del terrible prejuicio corso que obliga a vengar cualquier injuria en la propia carne de la persona que la ha hecho, de sus descendientes y de sus allegados. Había visto degollar a ancianos, a niños, a primos; tenía la cabeza llena de aquellas historias.

»Ahora bien, me enteré un día de que un inglés acababa de alquilar para varios años un pequeño chalé en el fondo del golfo. Había traído con él a un criado francés, a quien había contratado al pasar por Marsella.

»Pronto todo el mundo se interesó por aquel singular personaje, que vivía solo en su casa y que no salía sino para cazar y pescar. No hablaba con nadie, no iba nunca a la ciudad, y cada mañana se entrenaba durante una o dos horas en disparar con la pistola y la carabina.

»Se crearon leyendas en torno a él. Se pretendió que era un alto personaje que huía de su patria por motivos políticos; luego se afirmó que se escondía tras haber cometido un espantoso crimen. Incluso se citaban circunstancias particularmente horribles.

»Quise, en mi calidad de juez de instrucción, tener algunas informaciones sobre aquel hombre; pero me fue imposible enterarme de nada. Se hacía llamar sir John Rowell.

»Me contenté, pues, con vigilarlo de cerca; pero, en realidad, no me señalaban nada sospechoso respecto a él.

»Sin embargo, al seguir, aumentar y generalizarse los rumores acerca de él, decidí intentar ver por mí mismo al extranjero, y me puse a cazar con regularidad en los alrededores de su dominio.

»Esperé durante mucho tiempo una oportunidad. Se presentó finalmente en forma de una perdiz a la que disparé y maté delante de las narices del inglés. Mi perro me la trajo; pero, cogiendo enseguida la caza, fui a excusarme por mi inconveniencia y a rogar a sir John Rowell que aceptara el pájaro muerto.

»Era un hombre grande con el pelo rojo, la barba roja, muy alto, muy ancho, una especie de Hércules plácido y cortés. No tenía nada de la rigidez llamada británica, y me dio las gracias vivamente por mi delicadeza en un francés con un acento de más allá de la Mancha. Al cabo de un mes habíamos charlado unas cinco o seis veces.

»Finalmente una noche, cuando pasaba por su puerta, lo vi en el jardín, fumando su pipa a horcajadas sobre una silla. Lo saludé y me invitó a entrar para tomar una cerveza. No fue necesario que me lo repitiera.

»Me recibió con toda la meticulosa cortesía inglesa; habló con elogios de Francia, de Córcega, y declaró que le gustaba mucho este país, y esta costa.

»Entonces, con grandes precauciones y como si fuera resultado de un interés muy vivo, le hice unas preguntas sobre su vida y sus proyectos. Contestó sin apuros y me contó que había viajado mucho por África, las Indias y América. Añadió riéndose:

»-Tuve muchas aventuras, ¡oh! yes.

»Luego volví a hablar de caza y me dio los detalles más curiosos sobre la caza del hipopótamo, del tigre, del elefante e incluso la del gorila. Dije:

»-Todos esos animales son temibles.

»Sonrió:

»-¡Oh, no! El más malo es el hombre.



»Se echó a reír abiertamente, con una risa franca de inglés gordo y contento:

»-He cazado mocho al hombre también.

»Después habló de armas y me invitó a entrar en su casa para enseñarme escopetas con diferentes sistemas.

»Su salón estaba tapizado de negro, de seda negra bordada con oro. Grandes flores amarillas corrían sobre la tela oscura, brillaban como el fuego. Dijo:

»-Eso ser un tela japonesa.

»Pero, en el centro del panel más amplio, una cosa extraña atrajo mi mirada. Sobre un cuadrado de terciopelo rojo se destacaba un objeto rojo. Me acerqué: era una mano, una mano de hombre. No una mano de esqueleto, blanca y limpia, sino una mano negra reseca, con uñas amarillas, los músculos al descubierto y rastros de sangre vieja, sangre semejante a roña, sobre los huesos cortados de un golpe, como de un hachazo, hacia la mitad del antebrazo.

»Alrededor de la muñeca una enorme cadena de hierro, remachada, soldada a aquel miembro desaseado, la sujetaba a la pared con una argolla bastante fuerte como para llevar atado a un elefante. Pregunté:

»-¿Qué es esto?

»El inglés contestó tranquilamente:

»-Era mejor enemigo de mí. Era de América. Ello había sido cortado con el sable y arrancado la piel con un piedra cortante, y secado al sol durante ocho días. ¡Aoh!, muy buena para mí, esta.

»Toqué aquel despojo humano que debía de haber pertenecido a un coloso. Los dedos, desmesuradamente largos, estaban atados por enormes tendones que sujetaban tiras de piel a trozos. Era horroroso ver esa mano, despellejada de esa manera; recordaba inevitablemente alguna venganza de salvaje. Dije:

»-Ese hombre debía de ser muy fuerte.

»El inglés dijo con dulzura:

»-Aoh, yes; pero fui más fuerte que él. Yo había puesto ese cadena para sujetarle.

»Creí que bromeaba. Dije:

»-Ahora esta cadena es completamente inútil, la mano no se va a escapar.

»Sir John Rowell prosiguió con tono grave:

»-Ella siempre quería irse. Ese cadena era necesario.

»Con una ojeada rápida, escudriñé su rostro, preguntándome: "¿Estará loco o será un bromista pesado?"

»Pero el rostro permanecía impenetrable, tranquilo y benévolo. Cambié de tema de conversación y admiré las escopetas.

»Noté sin embargo que había tres revólveres cargados encima de unos muebles, como si aquel hombre viviera con el temor constante de un ataque.

»Volví varias veces a su casa. Después dejé de visitarlo. La gente se había acostumbrado a su presencia; ya no interesaba a nadie.

»Transcurrió un año entero; una mañana, hacia finales de noviembre, mi criado me despertó anunciándome que sir John Rowell había sido asesinado durante la noche.

»Media hora más tarde entraba en casa del inglés con el comisario jefe y el capitán de la gendarmería. El criado, enloquecido y desesperado, lloraba delante de la puerta. Primero sospeché de ese hombre, pero era inocente.

»Nunca pudimos encontrar al culpable.

»Cuando entré en el salón de sir John, al primer vistazo distinguí el cadáver extendido boca arriba, en el centro del cuarto.

»El chaleco estaba desgarrado, colgaba una manga arrancada, todo indicaba que había tenido lugar una lucha terrible.

»¡El inglés había muerto estrangulado! Su rostro negro e hinchado, pavoroso, parecía expresar un espanto abominable; llevaba algo entre sus dientes apretados; y su cuello, perforado con cinco agujeros que parecían haber sido hechos con puntas de hierro, estaba cubierto de sangre.

»Un médico se unió a nosotros. Examinó durante mucho tiempo las huellas de dedos en la carne y dijo estas extrañas palabras:

»-Parece que lo ha estrangulado un esqueleto.

»Un escalofrío me recorrió la espalda y eché una mirada hacia la pared, en el lugar donde otrora había visto la horrible mano despellejada. Ya no estaba allí. La cadena, quebrada, colgaba.

»Entonces me incliné hacia el muerto y encontré en su boca crispada uno de los dedos de la desaparecida mano, cortada o más bien serrada por los dientes justo en la segunda falange.

»Luego se procedió a las comprobaciones. No se descubrió nada. Ninguna puerta había sido forzada, ninguna ventana, ningún mueble. Los dos perros de guardia no se habían despertado.

»Esta es, en pocas palabras, la declaración del criado:

»Desde hacía un mes su amo parecía estar agitado. Había recibido muchas cartas, que había quemado a medida que iban llegando.

»A menudo, preso de una ira que parecía demencia, cogiendo una fusta, había golpeado con furor aquella mano reseca, lacrada en la pared, y que había desaparecido, no se sabe cómo, en la misma hora del crimen.

»Se acostaba muy tarde y se encerraba cuidadosamente. Siempre tenía armas al alcance de la mano. A menudo, por la noche, hablaba en voz alta, como si discutiera con alguien.

»Aquella noche daba la casualidad de que no había hecho ningún ruido, y hasta que no fue a abrir las ventanas el criado no había encontrado a sir John asesinado. No sospechaba de nadie.

»Comuniqué lo que sabía del muerto a los magistrados y a los funcionarios de la fuerza pública, y se llevó a cabo en toda la isla una investigación minuciosa. No se descubrió nada.

»Ahora bien, tres meses después del crimen, una noche, tuve una pesadilla horrorosa. Me pareció que veía la mano, la horrible mano, correr como un escorpión o como una araña a lo largo de mis cortinas y de mis paredes. Tres veces me desperté, tres veces me volví a dormir, tres veces volví a ver el odioso despojo galopando alrededor de mi habitación y moviendo los dedos como si fueran patas.

»Al día siguiente me la trajeron; la habían encontrado en el cementerio, sobre la tumba de sir John Rowell; lo habían enterrado allí, ya que no habían podido descubrir a su familia. Faltaba el índice.

»Esta es, señoras, mi historia. No sé nada más.»

Las mujeres, enloquecidas, estaban pálidas, temblaban. Una de ellas exclamó:

-¡Pero esto no es un desenlace, ni una explicación! No vamos a poder dormir si no nos dice lo que según usted ocurrió.

El magistrado sonrió con severidad:

-¡Oh! Señoras, sin duda alguna, voy a estropear sus terribles sueños. Pienso simplemente que el propietario legítimo de la mano no había muerto, que vino a buscarla con la que le quedaba. Pero no he podido saber cómo lo hizo. Este caso es una especie de *vendetta*.

Una de las mujeres murmuró:

-No, no debe de ser así.

Y el juez de instrucción, sin dejar de sonreír, concluyó:

-Ya les había dicho que mi explicación no les gustaría.

### ***El ladrón de cadáveres, Robert Louis Stevenson***

Todas las noches nos sentábamos los cuatro en el reservado de la posada George en Debenham: el empresario fúnebre, el dueño, Fettes y yo. A veces había más gente; pero tanto si hacía viento como si no, si llovía, nevaba o helaba, los cuatro nos instalábamos en nuestros respectivos sillones. Fettes era un viejo escocés dado a la bebida; culto, sin duda, y también acomodado, porque vivía sin hacer nada. Había llegado a Debenham años atrás y se había convertido en hijo adoptivo del pueblo. Su capa azul era una antigüedad, igual que la torre de la iglesia. Su sitio fijo en el reservado de la posada, su conspicua ausencia de la iglesia y sus vicios vergonzosos eran cosas sabidas en Debenham. Mantenía opiniones vagamente radicales y cierto escepticismo religioso que sacaba a relucir periódicamente, dando énfasis con imprecisos manotazos sobre la mesa. Bebía ron: cinco vasos todas las veladas; y durante la mayor parte de su visita a la posada permanecía en un estado de melancólico estupor alcohólico, siempre con el vaso de ron en la mano derecha. Le llamábamos el doctor, porque se le atribuían ciertos conocimientos de medicina y en casos de emergencia había sido capaz de entablillar una fractura o reducir una luxación, pero, al margen de estos pocos detalles, carecíamos de información sobre su personalidad y antecedentes.

Una oscura noche de invierno -alrededor de las nueve- fuimos informados de que un gran terrateniente de los alrededores había enfermado en la posada, atacado de apoplejía, cuando iba hacia Londres y el Parlamento; y por telégrafo se había solicitado la presencia, a la cabecera del gran hombre, de su médico de la capital, personaje todavía más famoso. Era la primera vez que pasaba una cosa así en Debenham (hacía muy poco tiempo que se había inaugurado el ferrocarril) y todos estábamos convenientemente impresionados.

-Ya ha llegado -dijo el dueño, después de encender la pipa.

-¿Quién? -dije yo-. ¿El médico?

-Precisamente -contestó nuestro posadero.

-¿Cómo se llama?

-Doctor Macfarlane -dijo el dueño.

Fettes terminaba su tercer vaso, sumido ya en la borrachera, unas veces asintiendo con la cabeza, otras con la mirada perdida en el vacío; pero con el sonido de las últimas palabras pareció despertarse y repitió dos veces el apellido Macfarlane: la primera con entonación tranquila, pero con repentina emoción la segunda.

-Sí -dijo el dueño-, así se llama: doctor Wolfe Macfarlane.

Fettes se serenó; sus ojos se aclararon, su voz se hizo firme y sus palabras más vigorosas. Todos nos quedamos sorprendidos ante aquella transformación, era como si un hombre hubiera resucitado de entre los muertos.

-Les ruego que me disculpen -dijo-, mucho me temo que no prestaba atención a sus palabras. ¿Quién es ese tal Wolfe Macfarlane? -y añadió, después de oír las explicaciones del dueño-: No puede ser, claro que no; y, sin embargo, me gustaría ver a ese hombre cara a cara.

-¿Le conoce usted, doctor? -preguntó el empresario de pompas fúnebres.

-¡Dios no lo permita! –respondió-. Sin embargo, el nombre no es nada corriente, sería demasiado imaginar que hubiera dos. Dígame, posadero, ¿se trata de un hombre viejo?

-No es un hombre joven. Tiene el pelo blanco; pero sí parece más joven que usted.

-Es mayor que yo, varios años mayor. Pero -dando un manotazo sobre la mesa- es el ron lo que ve usted en mi cara; el ron y mis pecados. Este hombre quizá tenga una conciencia más fácil de contentar y haga bien las digestiones. ¡Conciencia! ¡De qué cosas me atrevo a hablar! Se imaginarán ustedes que he sido un buen cristiano, ¿no? Pues no, yo no; nunca me ha dado por la hipocresía. Quizá Voltaire habría cambiado si se hubiera visto en mi caso; pero, aunque mi cerebro -y se dio un manotazo sobre la calva-, aunque mi cerebro funcionaba perfectamente, no saqué ninguna conclusión de las cosas que vi.

-Si este doctor es la persona que usted conoce -me aventuré a apuntar, después de una pausa bastante penosa-, ¿debemos deducir que no comparte la buena opinión del posadero?

Fettes no me hizo el menor caso.

-Sí -dijo, con repentina firmeza-, tengo que verlo cara a cara.

Se produjo otra pausa; luego una puerta se cerró en el primer piso y se oyeron pasos en la escalera.

-Es el doctor -exclamó el dueño-. Si se da prisa podrá alcanzarle.

No había más que dos pasos desde el pequeño reservado a la puerta de la vieja posada George; la ancha escalera terminaba casi en la calle; entre el umbral y el último peldaño no había sitio más que para una alfombra turca; pero este espacio tan reducido quedaba iluminado todas las noches, no solo gracias a la luz de la escalera y al gran farol debajo del nombre de la posada, sino también debido al cálido resplandor que salía por la ventana de la cantina. La posada llamaba así la atención de los que cruzaban por la calle en las frías noches de invierno. Fettes llegó sin vacilaciones hasta el vestíbulo y los demás, quedándonos retrasados, nos dispusimos a presenciar el encuentro entre aquellos dos hombres, encuentro que uno de ellos había definido como cara a cara.

El doctor Macfarlane era un hombre despierto y vigoroso. Sus cabellos blancos servían para resaltar la calma y la palidez de su rostro, nada desprovisto de energía. Iba elegantemente vestido, y lucía una gruesa cadena de oro para el reloj y gemelos y anteojos del mismo metal precioso. La corbata, ancha y con muchos pliegues, era blanca con lunares de color lila, y llevaba al brazo un abrigo de pieles para defenderse del frío durante el viaje. No hay duda de que lograba dar dignidad a sus años envuelto en aquella atmósfera de riqueza y respetabilidad; y no dejaba de ser todo un contraste sorprendente ver a nuestro borrachín -calvo, sucio, lleno de granos y arropado en su vieja capa azul de camelote- enfrentarse con él al pie de la escalera.

-¡Macfarlane! -dijo con voz resonante, más propia de un heraldo que de un amigo.

El gran doctor se detuvo bruscamente en el cuarto escalón, como si la familiaridad de aquel saludo sorprendiera y en cierto modo ofendiera su dignidad.

-¡Toddy Macfarlane! -repitió Fettes.

El londinense se tambaleó. Lanzó una mirada rápida al hombre que tenía delante, volvió hacia atrás unos ojos atemorizados y luego susurró con voz llena de sorpresa:

-¡Fettes! ¡Tú!

-¡Yo, sí! -dijo el otro-. ¿Creías que también yo estaba muerto? No resulta tan fácil dar por terminada nuestra relación.

-¡Calla, por favor! -exclamó el ilustre médico-. ¡Calla! Este encuentro es tan inesperado. Ya veo que te has ofendido. Confieso que no te había conocido; pero me alegro mucho, me alegro mucho de tener esta oportunidad. Hoy solo vamos a poder decirnos hola y hasta la vista; me espera el calesín y debo tomar el tren; pero debes... veamos, sí... debes darme tu dirección y te aseguro que tendrás muy pronto noticias mías. Hemos de hacer algo por ti, Fettes. Mucho me temo que estás algo apurado; pero ya nos ocuparemos de eso en recuerdo de los viejos tiempos, como solíamos cantar durante nuestras cenas.

-¡Dinero! -exclamó Fettes-. ¡Dinero tuyo! El dinero que me diste estará todavía donde lo arrojé aquella noche de lluvia.

Hablando, el doctor Macfarlane había conseguido recobrar la confianza en sí mismo, pero la desacostumbrada energía de aquella negativa lo sumió de nuevo en su primitiva confusión.

Una horrible expresión atravesó por un momento sus facciones casi venerables.

-Mi querido amigo -dijo-, haz como gustes; nada más lejos de mi intención que ofenderte. No quisiera entrometerme. Pero sí que te dejaré mi dirección...

-No. No deseo saber cuál es el techo que te cobija -le interrumpió el otro-. Oí tu nombre; temí que fueras tú; quería saber si, después de todo, existe un Dios; ahora ya sé que no. ¡Sal de aquí!

Pero Fettes seguía en el centro de la alfombra, entre la escalera y la puerta; y para escapar, el gran médico londinense iba a verse obligado a dar un rodeo. Estaban claras sus vacilaciones ante lo que a todas luces consideraba una humillación. A pesar de su palidez, había un brillo amenazador en sus anteojos; pero, mientras seguía sin decidirse, se dio cuenta de que el cochero de su calesín contemplaba con interés desde la calle aquella escena tan poco común y advirtió también cómo le mirábamos nosotros, los del pequeño grupo del reservado, apelotonados en el rincón más próximo a la cantina. La presencia de tantos testigos le decidió a emprender la huida. Pasó pegado a la pared y luego se dirigió hacia la puerta con la velocidad de una serpiente. Pero sus dificultades no habían terminado aún, porque antes de salir Fettes le agarró del brazo y, de sus labios, aunque en un susurro, salieron con toda claridad estas palabras:

-¿Has vuelto a verlo?

El famoso doctor dejó escapar un grito ahogado, dio un empujón al que lo interrogaba y con las manos sobre la cabeza huyó como un ladrón. Antes de que a ninguno se nos ocurriera hacer el menor movimiento, el calesín traqueteaba camino de la estación. La escena había terminado como podría hacerlo un sueño; pero aquel sueño había dejado pruebas y rastros de su paso. Al día siguiente la criada encontró los anteojos de oro en el umbral, rotos, y aquella noche todos permanecemos en pie, sin aliento, junto a la ventana de la cantina, con Fettes a nuestro lado, sereno, pálido y con aire decidido.

-¡Que Dios nos tenga en su seno, Mr. Fettes! -dijo el posadero, el primero en recobrar el uso de sus sentidos-. ¿A qué obedece todo esto? Son cosas bien extrañas las que usted ha dicho.

Fettes se volvió hacia nosotros; nos fue mirando a la cara sucesivamente.

-Procuren atar la lengua -dijo-. Es arriesgado enfrentarse con Macfarlane; los que lo han hecho se han arrepentido demasiado tarde.

Después, sin terminar el tercer vaso, ni mucho menos quedarse para consumir los otros dos, nos dijo adiós y se perdió en la noche.

Nosotros tres regresamos a los sillones, con un buen fuego y cuatro velas nuevas. A medida que recapitulábamos, el primer escalofrío se convirtió muy pronto en curiosidad. Nos quedamos hasta muy tarde; no recuerdo ninguna otra noche que se

prolongara tanto. Antes de separarnos, cada uno tenía una teoría que se había comprometido a probar, y no había para nosotros asunto más urgente en este mundo que rastrear el pasado de nuestro misterioso contertulio y descubrir el secreto que compartía con el famoso doctor londinense. No es un gran motivo de gloria, pero creo que me di mejor maña que mis compañeros para desvelar la historia; y quizá no haya en estos momentos otro ser vivo que pueda narrarles a ustedes aquellos monstruosos y abominables sucesos.

De joven, Fettes había estudiado Medicina en Edimburgo. Tenía un cierto talento, que le permitía retener lo que oía y asimilarlo enseguida. Trabajaba poco; pero era cortés, atento e inteligente en presencia de sus maestros. Pronto se fijaron en él por su capacidad de atención y su buena memoria; y, aunque a mí me pareció bien extraño cuando lo oí por primera vez, Fettes era en aquellos días bien parecido y cuidaba mucho de su aspecto exterior. Existía por entonces fuera de la universidad un profesor de anatomía al que designaré aquí mediante la letra K. Su nombre llegó más adelante a ser tristemente célebre. El hombre que lo llevaba se escabulló disfrazado por las calles de Edimburgo, mientras el gentío, que aplaudía la ejecución de Burke, pedía a gritos la sangre de su patrón. Pero Mr. K. estaba entonces en la cima de su popularidad; disfrutaba de la fama debido en parte a su propio talento, y en parte a la incompetencia de su rival, el profesor universitario. Los estudiantes, al menos, tenían absoluta fe en él y el mismo Fettes creía, e hizo creer a otros, que había puesto los cimientos de su éxito al lograr el favor de este hombre meteóricamente famoso. Mr. K. era un *bon vivant* además de un excelente profesor; y apreciaba tanto una hábil ilusión como una preparación cuidadosa. En ambos campos Fettes disfrutaba de su merecida consideración, y durante el segundo año de sus estudios recibió el encargo semioficial de segundo profesor de prácticas o subasistente en su clase.

Debido a este empleo, el cuidado del anfiteatro y del aula recaía sobre Fettes. Era responsable de la limpieza y del comportamiento de los estudiantes y también constituía parte de su deber proporcionar, recibir y dividir los diferentes cadáveres. Con vistas a esta última ocupación, Mr. K. hizo que se alojase primero en el mismo callejón y más adelante en el mismo edificio donde estaban instaladas las salas de disección. Allí, después de una noche de turbulentos placeres, con la mano todavía temblorosa y la vista nublada, tenía que abandonar la cama en la oscuridad de las horas que preceden al alba invernal, para entenderse con los sucios y desesperados traficantes que abastecían las mesas. Tenía que abrir la puerta a aquellos hombres que después han alcanzado tan terrible reputación en todo el país, recoger su trágico cargamento, pagarles el sórdido precio y quedarse solo, al marcharse los otros, con aquellos desagradables despojos de humanidad. Terminada tal escena, Fettes volvía a adormilarse por espacio de una o dos horas para reparar así los abusos de la noche y refrescarse un tanto para los trabajos del día siguiente.

Pocos muchachos podrían haberse mostrado más insensibles a las impresiones de una vida pasada bajo los emblemas de la moralidad. Su mente estaba impermeabilizada contra cualquier consideración de carácter general. Era incapaz de sentir interés por el destino y los reveses de fortuna de cualquier persona, esclavo total de sus propios deseos y ambiciones. Frío, superficial y egoísta, no carecía de ese mínimo de prudencia, a la que se da equivocadamente el nombre de moralidad, que mantiene a un hombre alejado de borracheras inconvenientes o latrocinios castigables. Como Fettes deseaba además que sus maestros y condiscípulos tuvieran de él una buena opinión, se esforzaba en guardar las apariencias. Decidió también destacar en sus estudios y día tras día servía a su patrón impecablemente en las cosas más visibles y que más podían reforzar su reputación de buen estudiante. Para indemnizarse de sus días de

trabajo, se entregaba por las noches a placeres ruidosos y desvergonzados; y cuando los dos platillos se equilibraban, el órgano al que Fettes llamaba su conciencia se declaraba satisfecho.

La obtención de cadáveres era continua causa de dificultades. En aquella clase con tantos alumnos y en la que se trabajaba mucho, la materia prima de las disecciones estaba siempre a punto de acabarse; y las transacciones que esta situación hacía necesarias no solo eran desagradables en sí mismas, sino que podían tener consecuencias muy peligrosas para todos los implicados. La norma de Mr. K. era no hacer preguntas en el trato con los de la profesión. Ellos consiguen el cuerpo y nosotros pagamos el precio, solía decir, recalcando la aliteración: *quid pro quo*. Y de nuevo, y con cierto cinismo, les repetía a sus asistentes que no hicieran preguntas por razones de conciencia. No es que se diera por sentado implícitamente que los cadáveres se conseguían mediante el asesinato. Si tal idea se le hubiera formulado mediante palabras, Mr. K. se habría horrorizado; pero su frívola manera de hablar tratándose de un problema tan serio era, en sí misma, una ofensa contra las normas más elementales de la responsabilidad social y una tentación ofrecida a los hombres con los que negociaba. Fettes, por ejemplo, no había dejado de advertir que, con frecuencia, los cuerpos que le llevaban habían perdido la vida muy pocas horas antes. También le sorprendían una y otra vez el aspecto abominable y los movimientos solapados de los rufianes que llamaban a su puerta antes del alba; y, atando cabos para sus adentros, quizá atribuía un significado demasiado inmoral y demasiado categórico a las imprudentes advertencias de su maestro. En resumen: Fettes entendía que su deber constaba de tres apartados: aceptar lo que le traían, pagar el precio y pasar por alto cualquier indicio de un posible crimen.

Una mañana de noviembre esta consigna de silencio se vio puesta a prueba. Fettes, después de pasar la noche en vela debido a un atroz dolor de muelas, y caer ya de madrugada en ese sueño profundo e intranquilo que con tanta frecuencia es la consecuencia de una noche de dolor, se vio despertado por la tercera o cuarta impaciente repetición de la señal convenida. La luna, aunque menguante, derramaba abundante luz; hacía frío y la ciudad dormía, pero una indefinible agitación preludiaba ya el ruido y el tráfico del día. Los profanadores habían llegado más tarde de lo normal y parecían tener más prisa por marcharse que otras veces. Fettes, muerto de sueño, les fue alumbrando escaleras arriba. Oía sus roncadas voces, con fuerte acento irlandés, como formando parte de un sueño; y mientras aquellos hombres vaciaban el lúgubre contenido de su saco, él dormitaba, con un hombro apoyado contra la pared; tuvo que hacer luego verdaderos esfuerzos para encontrar el dinero con que pagar a aquellos hombres. Al ponerse en movimiento sus ojos tropezaron con el rostro del cadáver. No pudo disimular su sobresalto; dio dos pasos hacia adelante, con la vela en alto.

-¡Santo cielo! -exclamó- ¡Si es Jane Galbraith!

Los hombres no respondieron pero se movieron imperceptiblemente en dirección a la puerta.

-La conozco -continuó Fettes-. Ayer estaba viva y muy contenta. Es imposible que haya muerto; es imposible que hayan conseguido este cuerpo de forma correcta.

-Está usted completamente equivocado, señor -dijo uno de los hombres.

Pero el otro lanzó a Fettes una mirada amenazadora y pidió que se les diera el dinero inmediatamente.

Era imposible malinterpretar su expresión o el peligro que implicaba. Al muchacho le faltó valor. Tartamudeó, contó la suma convenida y acompañó a sus visitantes hasta la puerta. Tan pronto como desaparecieron, Fettes se apresuró a confirmar sus sospechas. Mediante una docena de marcas que no dejaban lugar a dudas,

identificó a la muchacha con la que había bromeado el día anterior. Vio, con horror, señales sobre aquel cuerpo que podían muy bien ser pruebas de una muerte violenta. Se sintió dominado por el pánico y buscó refugio en su habitación. Una vez allí reflexionó sobre el descubrimiento; consideró la importancia de las instrucciones de Mr. K. y el peligro para su persona; finalmente, lleno de dudas, determinó esperar y pedir consejo a su inmediato superior, el primer asistente.

Era un médico joven, Wolfe Macfarlane, favorito de los estudiantes temerarios, hombre inteligente, disipado y absolutamente falto de escrúpulos. Había viajado y estudiado en el extranjero. Sus modales eran agradables y atrevidos. Se le consideraba una autoridad en cuestiones teatrales y no había nadie más hábil para patinar sobre el hielo ni que manejara con más destreza los palos de golf; vestía con audacia y, como toque final de distinción, era propietario de un calesín y de un robusto trotón. Su relación con Fettes había llegado a ser muy íntima; de hecho, sus cargos respectivos hacían necesaria una cierta comunidad; y cuando escaseaban los cadáveres, los dos se adentraban por las zonas rurales en el calesín de Macfarlane, para visitar y profanar algún cementerio y, antes del alba, presentarse con su botín en la puerta de la sala de disección.

Aquella mañana Macfarlane apareció un poco antes de lo que solía. Fettes le oyó, salió a recibirle a la escalera, le contó su relato y terminó mostrándole la causa de su alarma. Macfarlane examinó las señales que presentaba el cadáver.

-Sí -dijo-, parece sospechoso.

-¿Qué debería hacer? -preguntó Fettes.

-¿Hacer? -repitió el otro- ¿Es que quieres hacer algo? Cuanto menos se diga, antes se arreglará, diría yo.

-Quizá la reconozca alguna otra persona -objetó Fettes-. Era tan conocida...

-Esperemos que no -dijo Macfarlane-, y si alguien lo hace, bien, tú no la reconociste, ¿comprendes?, y no hay más que hablar. Lo cierto es que esto lleva demasiado tiempo sucediendo. Remueve el cieno y colocarás a K. en una situación desesperada; tampoco tú saldrías bien librado, ni yo. Me gustaría saber cómo quedaríamos, o qué demonios podríamos decir si nos llamaran como testigos. Porque hay una cosa cierta: prácticamente, todo nuestro material han sido personas asesinadas.

-¡Macfarlane! -exclamó Fettes.

-¡Vamos, vamos! -se burló el otro-. ¡Como si no lo hubieras sospechado!

-Sospechar es una cosa...

-Y probar otra. Lo sé; y siento tanto como tú que esto haya llegado hasta aquí -dando unos golpes en el cadáver con su bastón-. Pero en esta situación, lo mejor que puedo hacer es no reconocerla; y así es: no la reconozco. Tú puedes, si es tu deseo. No voy a decirte lo que tienes que hacer, pero creo que un hombre de mundo haría lo mismo que yo; y me atrevería a añadir que eso es lo que K. esperaba de nosotros. La cuestión es ¿por qué nos eligió a nosotros como asistentes? Y yo respondo: porque no quería viejas chismosas.

Aquella manera de hablar era la que más efecto podía tener en la mente de un muchacho como Fettes. Accedió a imitar a Macfarlane. El cuerpo de la desgraciada pasó a la mesa de disección como era costumbre y nadie hizo el menor comentario ni pareció reconocerla.

Una tarde, después de haber terminado su trabajo, Fettes entró en una taberna y encontró allí a Macfarlane sentado con un extraño. Era un hombre pequeño, pálido y de cabellos muy oscuros, y ojos negros como carbones. Su cara parecía prometer una inteligencia y un refinamiento que sus modales se encargaban de desmentir, porque nada más empezar a tratarle, se ponía de manifiesto su vulgaridad. Aquel hombre



ejercía, sin embargo, un extraordinario control sobre Macfarlane; le daba órdenes como si fuera el gran bajá; se indignaba ante el menor inconveniente o retraso, y hacía groseros comentarios sobre el servilismo con que era obedecido. Esta persona manifestó una inmediata simpatía hacia Fettes, trató de ganárselo invitándolo a beber y le honró con extraordinarias confidencias sobre su pasado. Si una décima parte de lo que confesó era verdad, se trataba de un bribón de lo más odioso; y la vanidad del muchacho se sintió halagada por el interés de un hombre de tanta experiencia.

-Yo no soy precisamente un ángel -hizo notar el desconocido-, pero Macfarlane... Toddy Macfarlane le llamo yo. Toddy, pide otra copa para tu amigo -y también le ordenó-: Toddy, levántate y cierra la puerta.

-Toddy me odia -dijo después-. Sí, Toddy, ¡claro que me odias!

-No me gusta ese maldito nombre, y usted lo sabe -gruñó Macfarlane.

-¡Escúchalo! ¿Has visto a los muchachos tirar al blanco con sus cuchillos? A él le gustaría hacer eso por todo mi cuerpo -explicó el desconocido.

-Nosotros, la gente de medicina, tenemos un sistema mejor -dijo Fettes-. Cuando no nos gusta un amigo muerto, lo llevamos a la mesa de disección.

Macfarlane le miró enojado, como si aquella broma fuera muy poco de su agrado.

Pasó la tarde. Gray, porque tal era el nombre del desconocido, invitó a Fettes a cenar con ellos, encargando un festín tan suntuoso que la taberna entera tuvo que movilizarse, y cuando terminó mandó a Macfarlane que pagara la cuenta. Se separaron ya de madrugada; el tal Gray estaba completamente borracho. Macfarlane, sereno sobre todo a causa de la indignación, reflexionaba sobre el dinero que se había visto obligado a malgastar y las humillaciones que había tenido que soportar. Fettes, con diferentes licores cantándole dentro de la cabeza, volvió a su casa con pasos inciertos. Al día siguiente Macfarlane faltó a clase y Fettes sonrió para sus adentros al imaginárselo todavía acompañando al insoportable Gray de taberna en taberna. Tan pronto como quedó libre de sus obligaciones, se puso a buscar por todas partes a sus compañeros de la noche anterior. Pero no consiguió encontrarlos en ningún sitio; de manera que volvió pronto a su habitación, se acostó enseguida, y durmió el sueño de los justos.

A las cuatro de la mañana le despertó la señal acostumbrada. Al bajar a abrir la puerta, grande fue su asombro cuando descubrió a Macfarlane con su calesín y dentro del vehículo uno de aquellos horrendos bultos alargados que tan bien conocía.

-¡Cómo! -exclamó-. ¿Has salido tú solo?

Pero Macfarlane le hizo callar bruscamente, pidiéndole que se ocupara del asunto que tenían entre manos. Después de subir el cuerpo y depositarlo sobre la mesa, Macfarlane hizo primero un gesto como de marcharse. Después se detuvo y pareció dudar.

-Será mejor que le veas la cara -dijo después lentamente, como si le costara cierto trabajo hablar-. Será mejor -repitió, al ver que Fettes se le quedaba mirando, asombrado.

-¿Dónde, cómo y cuándo ha llegado a tus manos? -exclamó el otro.

-Mírale la cara -fue la única respuesta.

Fettes titubeó. Contempló al joven médico y después el cuerpo; luego volvió otra vez la vista hacia Macfarlane. Finalmente hizo lo que se le pedía. Casi estaba esperando el espectáculo con el que se tropezaron sus ojos, pero de todas formas el impacto fue violento. Ver, inmovilizado por la rigidez de la muerte y desnudo sobre el basto tejido de arpillera, al hombre del que se había separado dejándolo bien vestido y con el estómago satisfecho en el umbral de una taberna despertó, hasta en el atolondrado Fettes, algunos de los terrores de la conciencia. Dos personas que había conocido habían

terminado sobre las heladas mesas de disección. Con todo, aquellas eran solo preocupaciones secundarias. Lo que más le importaba era Wolfe. Falto de preparación para enfrentarse con un desafío de tanta importancia, Fettes no sabía cómo mirar a la cara a su compañero. No se atrevía a cruzar la vista con él y le faltaban tanto las palabras como la voz con que pronunciarlas.

Fue Macfarlane mismo quien dio el primer paso. Se acercó tranquilamente por detrás y puso una mano, con suavidad pero con firmeza, sobre el hombro del otro.

-Richardson -dijo- puede quedarse con la cabeza.

Richardson era un estudiante que desde tiempo atrás se venía mostrando muy deseoso de disponer de esa porción del cuerpo humano para sus prácticas de disección. No recibió ninguna respuesta, y el asesino continuó:

-Hablando de negocios, debes pagarme.

Fettes encontró una voz que no era más que una sombra de la suya:

-¡Pagar! -exclamó-. ¿Pagarte por eso?

-No tienes más remedio. Desde cualquier punto de vista que lo consideres. Yo no me atrevería a darlo gratis; ni tú a aceptarlo sin pagar, nos comprometería a los dos. Este es otro caso como el de Jane Galbraith. Cuantos más cabos sueltos, más razones para actuar como si todo estuviera en perfecto orden. ¿Dónde guarda su dinero el viejo K.?

-Allí -contestó Fettes con voz ronca, señalando al armario.

-Entonces, dame la llave -dijo el otro, extendiendo la mano.

Después de un momento de vacilación, Macfarlane no pudo suprimir un estremecimiento, manifestación insignificante de un inmenso alivio, al sentir la llave entre los dedos. Abrió el armario, sacó pluma, tinta y el libro diario que descansaban sobre una de las baldas, y del dinero que había en un cajón tomó la suma adecuada para el caso.

-Ahora, mira -dijo Macfarlane-, ya se ha hecho el pago, primera prueba de tu buena fe, primer escalón hacia la seguridad. Pero todavía tienes que asegurarlo con un segundo paso. Anota el pago en el diario y estarás ya en condiciones de hacer frente al mismo demonio.

La mente de Fettes fue un torbellino de ideas; pero al contrastar sus terrores, terminó triunfando el más inmediato. Cualquier dificultad le pareció casi insignificante comparada con una confrontación con Macfarlane en aquel momento. Dejó la vela que había sostenido todo aquel tiempo y con mano segura anotó la fecha, la naturaleza y el importe de la transacción.

-Y ahora -dijo Macfarlane-, lo justo es que te quedes con el dinero. Yo he cobrado ya mi parte. Por cierto, cuando un hombre de mundo tiene suerte y se encuentra en el bolsillo con unos cuantos chelines extras, me da vergüenza hablar de ello, pero hay una regla de conducta para esos casos. No hay que dedicarse a invitar, ni a comprar libros caros para las clases, ni a pagar viejas deudas; hay que pedir prestado en lugar de prestar.

-Macfarlane -empezó Fettes, con voz todavía un poco ronca-, me he puesto el nudo alrededor del cuello por complacerte.

-¿Por complacerme? -exclamó Wolfe-. ¡Vamos! No has hecho más que lo que estabas obligado a hacer. Supongamos que yo tuviera dificultades, ¿qué sería de ti? Este segundo accidente sin importancia procede sin duda alguna del primero. Mr. Gray es la continuación de Miss Galbraith. No es posible empezar y pararse luego. Si empiezas, tienes que seguir adelante; esa es la verdad. Los malvados nunca encuentran descanso.

Una horrible sensación de oscuridad y una clara conciencia de la perfidia del destino se apoderaron del alma del infeliz estudiante.

-¡Dios mío! -exclamó-. ¿Qué es lo que he hecho? ¿Cuándo puede decirse que haya empezado todo esto? ¿Qué hay de malo en que a uno lo nombren asistente? Service quería ese puesto; Service podía haberlo conseguido. ¿Se encontraría él en la situación en la que yo me encuentro ahora?

-Mi querido amigo -dijo Macfarlane-, ¡qué ingenuidad! ¿Acaso te ha pasado algo malo? ¿Es que puede pasarte algo malo si tienes la lengua quieta? ¿Es que todavía no te has enterado de lo que es la vida? Hay dos categorías de personas: los leones y los corderos. Si eres un cordero terminarás sobre una de esas mesas como Gray o Jane Galbraith; si eres un león, seguirás vivo y tendrás un caballo como tengo yo, como lo tiene K.; como todas las personas con inteligencia o con valor. Al principio se titubea. Pero ¡mira a K.! Mi querido amigo, eres inteligente, tienes valor. Yo te aprecio y K. también te aprecia. Has nacido para ir a la cabeza, dirigiendo la cacería; y yo te aseguro, por mi honor y mi experiencia de la vida, que dentro de tres días te reirás de estos espantapájaros tanto como un colegial que presencia una farsa.

Y con esto Macfarlane se despidió y abandonó el callejón con su calesín para ir a recogerse antes del alba. Fettes se quedó solo con los remordimientos. Vio los peligros que le amenazaban. Vio, con indecible horror, el pozo sin fondo de su debilidad, y cómo, de concesión en concesión, había descendido a cómplice indefenso y a sueldo. Hubiera dado el mundo entero por haberse mostrado un poco más valiente en el momento oportuno, pero no se le ocurrió que la valentía estuviera aún a su alcance. El secreto de Jane Galbraith y la maldita entrada en el libro diario habían cerrado su boca definitivamente.

Pasaron las horas; los alumnos empezaron a llegar; se fue haciendo entrega de los miembros del infeliz Gray a unos y otros, y los estudiantes los recibieron sin hacer el menor comentario. Richardson manifestó su satisfacción al dársele la cabeza; y, antes de que sonara la hora de la libertad, Fettes temblaba, exultante, al darse cuenta de lo mucho que había avanzado en el camino hacia la seguridad.

Durante dos días siguió observando, con creciente alegría, el terrible proceso de enmascaramiento.

Al tercer día Macfarlane reapareció. Había estado enfermo, dijo; pero compensó el tiempo perdido con la energía que desplegó dirigiendo a los estudiantes. Consagró su ayuda y sus consejos a Richardson de manera especial, y el alumno, animado por los elogios del asistente, trabajó muy deprisa, lleno de esperanzas, viéndose dueño ya de la medalla a la aplicación.

Antes de que terminara la semana se había cumplido la profecía de Macfarlane. Fettes había sobrevivido a sus terrores. Empezó a adornarse con las plumas de su valor y logró reconstruir la historia de tal manera que podía rememorar aquellos sucesos con malsano orgullo. A su cómplice lo veía poco. Se encontraban en las clases, por supuesto; también recibían juntos las órdenes de Mr. K. A veces, intercambiaban una o dos palabras en privado y Macfarlane se mostraba de principio a fin particularmente amable y jovial. Pero estaba claro que evitaba cualquier referencia a su común secreto; e incluso cuando Fettes susurraba que había decidido unir su suerte a la de los leones y rechazar la de los corderos, se limitaba a indicarle con una sonrisa que guardara silencio.

Finalmente se presentó una ocasión para que los dos trabajaran juntos de nuevo. En la clase de Mr. K. volvían a escasear los cadáveres; los alumnos se mostraban impacientes y una de las aspiraciones del maestro era estar siempre bien provisto. Al mismo tiempo llegó la noticia de que iba a efectuarse un entierro en el rústico cementerio de Glencorse. El paso del tiempo ha modificado muy poco el sitio en cuestión. Estaba situado, como ahora, en un cruce de caminos, lejos de toda humana

habitación y bajo el follaje de seis cedros. Los balidos de las ovejas en las colinas de los alrededores; los riachuelos a ambos lados: uno cantando con fuerza entre las piedras y el otro goteando furtivamente entre remanso y remanso; el rumor del viento en los viejos castaños florecidos y, una vez a la semana, la voz de la campana y las viejas melodías del chanfre eran los únicos sonidos que turbaban el silencio de la iglesia rural. El resurreccionista -por usar un término de la época- no se sentía coartado por ninguno de los aspectos de la piedad tradicional. Parte integrante de su trabajo era despreciar y profanar los pergaminos y las trompetas de las antiguas tumbas, los caminos trillados por pies devotos y afligidos, y las ofrendas e inscripciones que testimonian el afecto de los que aún siguen vivos. En las zonas rústicas, donde el amor es más tenaz de lo corriente y donde lazos de sangre o camaradería unen a toda la sociedad de una parroquia, el ladrón de cadáveres, en lugar de sentirse repelido por natural respeto, agradece la facilidad y ausencia de riesgo con que puede llevar a cabo su tarea. A cuerpos que habían sido entregados a la tierra, en gozosa expectación de un despertar bien diferente, les llegaba esa resurrección apresurada, llena de terrores, a la luz de la linterna, de la pala y el azadón. Forzado el ataúd y rasgada la mortaja, los melancólicos restos, vestidos de arpillera, después de dar tumbos durante horas por caminos apartados, privados incluso de la luz de la luna, eran finalmente expuestos a las mayores indignidades ante una clase de muchachos boquiabiertos.

De manera semejante a como dos buitres pueden caer en picado sobre un cordero agonizante, Fettes y Macfarlane iban a abatirse sobre una tumba en aquel tranquilo lugar de descanso, lleno de verdura. La esposa de un granjero, una mujer que había vivido sesenta años y había sido conocida por su excelente mantequilla y bondadosa conversación, había de ser arrancada de su tumba a medianoche y transportada, desnuda y sin vida, a la lejana ciudad que ella siempre había honrado poniéndose, para visitarla, sus mejores galas dominicales; el lugar que le correspondía junto a su familia habría de quedar vacío hasta el día del Juicio Final; sus miembros inocentes y siempre venerables habrían de ser expuestos a la fría curiosidad del disector.

A última hora de la tarde los viajeros se pusieron en camino, envueltos en sus capas y provistos con una botella de formidables dimensiones. Llovía sin descanso: una lluvia densa y fría que se desplomaba sobre el suelo con inusitada violencia. De vez en cuando soplaba una ráfaga de viento, pero la cortina de lluvia acababa con ella. A pesar de la botella, el trayecto hasta Panicuik, donde pasarían la velada, resultó triste y silencioso. Se detuvieron en un espeso bosque no lejos del cementerio para esconder sus herramientas; y volvieron a pararse en la posada Fisher's Tryst, para brindar delante del fuego e intercalar una jarra de cerveza entre los tragos de whisky. Cuando llegaron al final de su viaje, el calesín fue puesto a cubierto, se dio de comer al caballo y los jóvenes doctores se acomodaron en un reservado para disfrutar de la mejor cena y del mejor vino que la casa podía ofrecerles. Las luces, el fuego, el golpear de la lluvia contra la ventana, el frío y absurdo trabajo que les esperaba, todo contribuía a hacer más placentera la comida. Con cada vaso que bebían su cordialidad aumentaba. Muy pronto Macfarlane entregó a su compañero un montoncito de monedas de oro.

-Un pequeño obsequio -dijo.

Fettes se guardó el dinero y aplaudió con gran vigor el sentir de su colega.

-Eres un verdadero filósofo -exclamó-. Yo no era más que un ignorante hasta que te conocí. Tú y K. ¡Por Belcebú que entre los dos haréis de mí un hombre!

-Por supuesto que sí -asintió Macfarlane-. Aunque si he de serte franco, se necesitaba un hombre para respaldarme el otro día. Hay algunos cobardes de cuarenta años, muy corpulentos y pendencieros, que se hubieran puesto enfermos al ver el cadáver; pero tú no, tú no perdiste la cabeza. Te estuve observando.

-¿Y por qué tenía que haberla perdido? -presumió Fettes-. No era asunto mío. Hablar no me hubiera producido más que molestias, mientras que si callaba podía contar con tu gratitud, ¿no es cierto? -y golpeó el bolsillo con la mano, haciendo sonar las monedas de oro.

Macfarlane sintió una punzada de alarma ante aquellas desagradables palabras. Puede que lamentara la eficacia de sus enseñanzas en el comportamiento de su joven colaborador, pero no tuvo tiempo de intervenir porque el otro continuó en la misma línea jactanciosa.

-Lo importante es no asustarse. Confieso, entre nosotros, que no quiero que me cuelguen, y eso no es más que sentido práctico; pero la mojigatería, Macfarlane, nací ya despreciándola. El infierno, Dios, el demonio, el bien y el mal, el pecado, el crimen, y toda esa vieja galería de curiosidades quizá sirva para asustar a los chiquillos, pero los hombres de mundo como tú y como yo desprecian esas cosas. ¡Brindemos por la memoria de Gray!

Para entonces se estaba haciendo tarde. Pidieron que les trajeran el calesín delante de la puerta con los dos faroles encendidos y una vez cumplimentada su orden emprendieron la marcha. Explicaron que iban camino de Peebles y tomaron aquella dirección hasta perder de vista las últimas casas del pueblo; luego, apagando los faroles, dieron la vuelta y siguieron un atajo que les devolvía a Glencorse. No había otro ruido que el de su carruaje y el incesante y estridente caer de la lluvia. Estaba oscuro como boca de lobo; tenían que avanzar al paso y casi a tientas mientras atravesaban aquella ruidosa oscuridad en dirección hacia su destino. En la zona de bosques tupidos que rodea el cementerio la oscuridad se hizo total y no tuvieron más solución que volver a encender uno de los faroles del calesín. De esta manera, bajo los árboles goteantes y rodeados de grandes sombras que se movían continuamente, llegaron al escenario de sus impíos trabajos.

Los dos eran expertos en aquel asunto y muy eficaces con la pala; y cuando apenas llevaban veinte minutos de tarea se vieron recompensados con el sordo retumbar de sus herramientas sobre la tapa del ataúd. Al mismo tiempo, Macfarlane, al hacerse daño en la mano con una piedra, la tiró hacia atrás por encima de su cabeza sin mirar. La tumba, en la que, cavando, habían llegado a hundirse ya casi hasta los hombros, estaba situada muy cerca del borde del camposanto; y para que iluminara mejor sus trabajos habían apoyado el farol del calesín contra un árbol casi en el límite del empinado terraplén que descendía hasta el arroyo. La casualidad dirigió certeramente aquella piedra. Se oyó en el acto un estrépito de vidrios rotos; la oscuridad les envolvió; ruidos secos y vibrantes sirvieron para anunciarles la trayectoria del farol terraplén abajo, y las veces que chocaba con árboles encontrados en su camino. Una piedra o dos, desplazadas por el farol en su caída, le siguieron dando tumbos hasta el fondo del vallecillo; y luego el silencio, como la oscuridad, se apoderó de todo; y por mucho que aguzaron el oído no se oía más que la lluvia, que tan pronto llevaba el compás del viento como caía sin altibajos sobre millas y millas de campo abierto.

Como casi estaban terminando ya su aborrecible tarea, juzgaron prudente acabarla a oscuras. Desenterraron el ataúd y rompieron la tapa; introdujeron el cuerpo en el saco, que estaba completamente mojado, y entre los dos lo transportaron hasta el calesín; uno se montó para sujetar el cadáver y el otro, llevando al caballo por el bocado, fue a tientas junto al muro y entre los árboles hasta llegar a un camino más ancho cerca de la posada Fisher's Tryst. Celebraron el débil y difuso resplandor que allí había como si de la luz del sol se tratara; con su ayuda consiguieron poner el caballo a buen paso y empezaron a traquetear alegremente camino de la ciudad.

Los dos se habían mojado hasta los huesos y ahora, al saltar el calesín entre los profundos surcos de la senda, el objeto que sujetaban entre los dos caía con todo su peso primero sobre uno y luego sobre el otro. A cada repetición del horrible contacto ambos rechazaban instintivamente el cadáver con más violencia; y aunque los tumbos del vehículo bastaban para explicar aquellos contactos, su repetición terminó por afectar a los dos compañeros. Macfarlane hizo un chiste de mal gusto sobre la mujer del granjero que brotó ya sin fuerza de sus labios y que Fettes dejó pasar en silencio. Pero su extraña carga seguía chocando a un lado y a otro; tan pronto la cabeza se recostaba confianzudamente sobre un hombro como un trozo de empapada arpillera aleteaba gélidamente delante de sus rostros. Fettes empezó a sentir frío en el alma. Al contemplar el bulto tenía la impresión de que hubiera aumentado de tamaño. Por todas partes, cerca del camino y también a lo lejos, los perros de las granjas acompañaban su paso con trágicos aullidos; y el muchacho se fue convenciendo más y más de que algún inconcebible milagro había tenido lugar; que en aquel cuerpo muerto se había producido algún cambio misterioso y que los perros aullaban debido al miedo que les inspiraba su terrible carga.

-Por el amor de Dios -dijo, haciendo un gran esfuerzo para hablar-, por el amor de Dios, ¡encendamos una luz!

Macfarlane, al parecer, se veía afectado por los acontecimientos de manera muy similar y, aunque no dio respuesta alguna, detuvo al caballo, entregó las riendas a su compañero, se apeó y procedió a encender el farol que les quedaba. No habían llegado más allá del cruce de caminos que conduce a Auchenclynny. La lluvia seguía cayendo como si fuera a repetirse el diluvio universal, y no era nada fácil encender fuego en aquel mundo de oscuridad y de agua. Cuando por fin la vacilante llama azul fue traspasada a la mecha y empezó a ensancharse y a hacerse más luminosa, creando un amplio círculo de imprecisa claridad alrededor del calesín, los dos jóvenes fueron capaces de verse el uno al otro y también el objeto que acarreaban. La lluvia había ido amoldando la arpillera al contorno del cuerpo que cubría, de manera que la cabeza se distinguía perfectamente del tronco, y los hombros se recortaban con toda claridad; algo a la vez espectral y humano les obligaba a mantener los ojos fijos en aquel horrible compañero de viaje.

Durante algún tiempo Macfarlane permaneció inmóvil, sujetando el farol. Un horror inexpresable envolvía el cuerpo de Fettes como una sábana humedecida, crispando al mismo tiempo sus lívidas facciones, un miedo que no tenía sentido, un horror que no podía existir se iba apoderando de su cerebro. Un segundo más y hubiera hablado. Pero su compañero se le adelantó.

-Esto no es una mujer -dijo Macfarlane en un susurro.

-Era una mujer cuando la subimos -respondió Fettes.

-Sostén el farol -dijo el otro-. Tengo que verle la cara.

Y mientras Fettes mantenía en alto el farol, su compañero desató el saco y dejó la cabeza al descubierto. La luz iluminó las moldeadas facciones y afeitadas mejillas de un rostro demasiado familiar, que ambos jóvenes habían contemplado con frecuencia en sus sueños. Un violento alarido rasgó la noche; ambos a una saltaron del coche; el farol cayó y se rompió, apagándose; y el caballo, aterrado por toda aquella agitación tan fuera de lo corriente, se encabritó y salió disparado hacia Edimburgo a todo galope, llevando consigo, como único ocupante del calesín, el cuerpo de aquel Gray con el que los estudiantes de anatomía hicieran prácticas de disección meses atrás.

## Bibliografía

- . BÉCQUER, G. A. (1988): *Leyendas*. Espasa Calpe. Madrid.
- . BERTOCHI, D. (1995): “La aproximación al texto literario en la enseñanza obligatoria”. *Textos de didáctica de la Lengua y la Literatura*, 4. Barcelona.
- . BORDONS, G. y DÍAZ-PLAJA, A. (coords.) (2006): *Enseñar Literatura en Secundaria*. Editorial Graó. Barcelona.
- . COLOMER, T. (1995): “La adquisición de la competencia literaria”. *Textos de didáctica de la Lengua y la Literatura*, 4. Barcelona.
- . COOPER, J. D. (1990): *Cómo mejorar la comprensión lectora*. Visor-MEC. Madrid.
- . DICKENS, C. (2010): *Los papeles póstumos del Club Pickwick*. Debolsillo. Barcelona.
- . Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura (2007): *Currículo de Literatura Universal* (cuarto de ESO). Pamplona.
- . Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura (2008): *Currículo de Literatura Universal* (segundo de Bachillerato). Pamplona.
- . Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura (1995): *La atención a la diversidad en el Primer Ciclo de la Educación Secundaria Obligatoria*. Pamplona.
- . Gobierno de Navarra. Departamento de Educación y Cultura (2002): *La orientación educativa en la Educación Secundaria Obligatoria*. Pamplona.
- . HAWTHORNE, P. (comp.) (2009): *Gritos y escalofríos. Cuentos clásicos de misterio y terror*. Editorial Juventud. Barcelona.
- . MARTÍN, E. y MAURI, T. (coords.) (1996): *La atención a la diversidad en la educación secundaria*. Editorial Horsori. Barcelona.
- . MATA, J. y VILLARRUBIA, A. (2011): “La literatura en las aulas. Apuntes sobre educación literaria en la enseñanza secundaria”. *Textos de didáctica de la Lengua y la Literatura*, 58. Barcelona.
- . MAUPASSANT, G. (1998): *Cuentos fantásticos*. Unidad Editorial. Madrid.
- . MUÑOZ PUELLES, V. (comp.) (2011): *Cuentos de fantasmas*. Oxford University Press. Madrid.
- . Recursos en Internet: Ciudad Seva, DRAE, Wikipedia, etc.
- . SOLÉ, I. (1992): *Estrategias de lectura*. Editorial Graó. Barcelona.